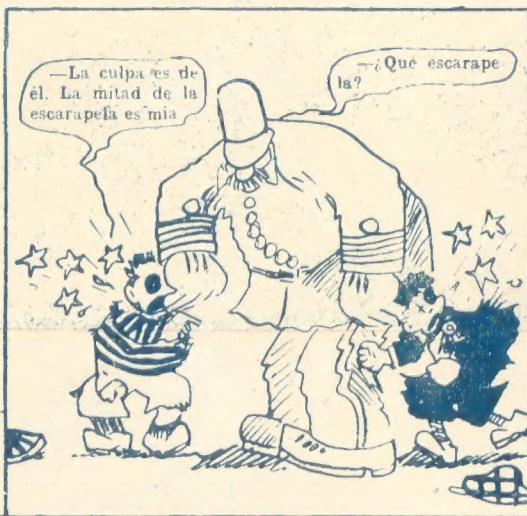
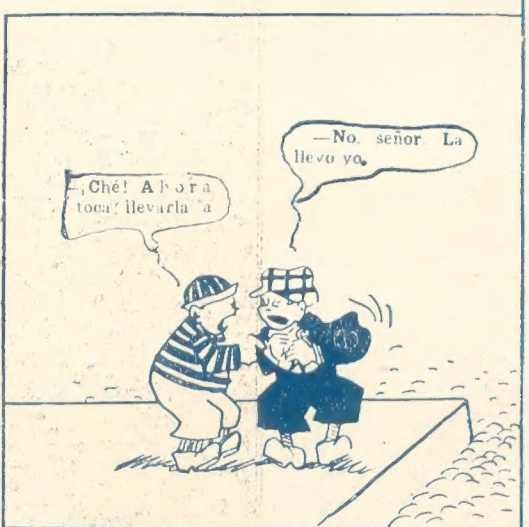
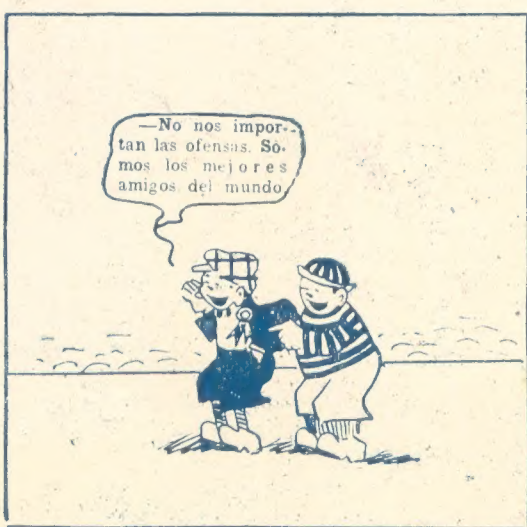


Z/ 13135: 15, 763 (1926)

FRAY MOCHO



N.º 763





FRAY MOCHO



Año XV

Buenos Aires, 7 de diciembre de 1926

N.º 763

DE LA VIDA QUE PASA, por Rojas



—Yo quisiera que triunfara algún candidato de la "Gente de Teatro", porque en cinco minutos son capaces de bajar al fondo del mar para aclarar algún asunto.

—¡Ya lo creo! Además ya están muy acostumbrados, por haber hecho "Los sobrinos del capitán Grant".

—¡Tienes una suerte loca con la salud que Dios te ha dado! La sangre te brota de la cara y el rojo ya casi tira a remolacha. Así se explica que las mujeres se mueran por ti.

—No, no es eso; es que soy oriental y hemos triunfado los colorados...

—Parece que el Papa se resistía a concederle a Marconi la nulidad de su matrimonio, porque no encontraba el hilo que induce al inventor para formular su petición.

—El Papa tiene razón. ¿Cómo quiere usted que encuentre el hilo en una cosa de Marconi, cuando el mérito de él es haberlo suprimido?



—¡Precisamente cuando los bodegueros de Mendoza cierran las bodegas, tú te mamas de una manera formidable!

—Es que quiero tener provisión hasta que las vuelvan a abrir.



—Parece que Inglaterra y Alemania se van a unir para producir más acero y con ello contrarrestar la competencia que les hace los Estados Unidos.

—A mí esa unión no me perjudica, porque los cuchillos de acero que antes vendía a peso, ahora los vendo de acero... cincuenta.



El Sr. Bygabyschewranskot

Por Henri Duvernois

—¡Qué nombre! — exclamó la señora Horut.

—En efecto! — respondió la señora Bicherou. — Pero es un nombre que representa cien mil libras de renta. El señor Bygabyschewranskot — yo lo llamo Julián, pues lo he visto casi nacer — encuentra a su hija Marcela encantadora y me parece que gustoso pediría su mano... Pero...

—¿Hay un "pero"?

—Sí. Julián es un espíritu sencillito. Ha subido uno a uno todos los escalones de la fortuna, fuerza es decirlo, pues era albañil; luego fué contratista, hizo negocios y llegó... Es hijo de sus obras. Ahora bien, ustedes son de una clase burguesa refinada y viven con un lujo que asusta a Julián.

—Mi buena señora Bicherou, — me ha dicho algunas veces. — Con frecuencia me veo obligado a comer en una casa de comidas y soy siete veces millonario. Esa jovencita es encantadora y aun cuando no tiene más que ciento cincuenta mil francos de dote, sólo habla de caballos, automóviles, golf, tennis... Apostaría a que no sabe freír un huevo.

—¡Y es cierto!

—¿Lo ve?

—¡Y qué necesidad tiene Marcela en su situación de embrutecerse ante un fogón! Ha realizado sus estudios; habla tres idiomas y practica todos los deportes, mientras que su señor Bygabyschewranskot es un burro, a pesar de sus siete millones.

—¿La interesaría ese matrimonio?

—¡Claro está!

—En ese caso oiga mi consejo. Que la pequeña se manifieste buena ama de casa, sencilla, muy apegada al hogar, que no haga alarde ni de su erudición, ni de sus relaciones aristocráticas, ni de su elegancia, ni de su entrenamiento para los deportes.

—¡Ya veremos! Además ese señor Bygabyschewranskot tartamudea de un modo horrible...

—Es cierto... Acaso sus padres le enseñaron a pronunciar su nombre cuando era aún demasiado joven.

—Bueno. Trataremos de arreglarlo todo. Diremos a María Luisa que venga. Ya tengo mi plan.

—::—

María Luisa era una prima pobre, y en consecuencia sabía cocinar, y Marcela podía aprender a su lado lecciones de sencillez y utilidad.

—Diremos que hacemos los platos juntas, y para que mi prima—decía Marcela—no haga un mal papel, yo la prestaré algunos vestidos míos.

Y lo que se pensó se hizo. Se ordenó a María Luisa que diese pruebas del mayor snobismo posible a fin de establecer un vivo contraste con la cándida y modesta Marcela, y la joven aceptó gustosa una comedia que la valía unos meses de

vida fácil sin el sacrificio de un gran trabajo.

Un domingo la señora Bicherou, llevó al señor Bygabyschewranskot, vestido con una levita negra, calzado con zapatos de lona con suela de caucho, y llevando a la cabeza un sombrero imitación panamá con cinta verde y roja. El visitante llegó al salón, se esponjó y murmuró un cortés:

—Buenos días señores y señoras.

Marcela vestía un sencillito traje de brin con un delantal.

—Me retiro — exclamó después de las formalidades preliminares. — Tengo que ir a terminar la crema. ¿Vienes, María Luisa?

—Yo no como nunca crema — declaró el señor Bygabyschewranskot, — prefiero los quesos fuertes: el roquefort, gorgonzola... Me gusta que lo que se coma tenga su olor... ¿Saben ustedes con lo que me desayunaba yo en otros tiempos? Una buena rebanada de pan untada con ajo y un vaso de vino blanco. He tenido que renunciar, porque algunos me han dicho que en mi situación actual, yo no debía comer ajo, ni cebolla... ¡Parece ser que hay cosas que no pueden hacerse cuando tiene uno plata! Lo mismo que me ocurre con el nombre... Parece que es un poco largo. Pero mi padre lo llevó así y yo no soy



ELLA.—¡No me siga, porque aquí es mi marido!
EL.—No importa: me debe cien pesos.

—¿Quién es esa joven? — preguntó el señor Bygabyschewranskot.

—Una prima pobre y a la que, desgraciadamente, han educado con unas ideas de grandeza muy comunes entre los pequeños burgueses que no tienen ni un centavo — respondió la señora Horut.

—En nuestra época — agregó el señor Horut, padre de Marcela, y que era el fiel eco de su compañera, — ocurre eso.

—La joven señorita Horut, no está satisfecha más que cuando se encuentra en la cocina — manifestó a su vez la señora Bicherou, quien estaba interesada en que se efectuase el matrimonio. — Va a ver usted, Julián, qué mano más admirable tiene para las cremas. Es cosa de chuparse los dedos.

menos fuerte que mi padre. Ya me han ofrecido, mediante unos cuantos billetes de a mil, recortarlo y hasta agregarle una partícula para darle visos de nobleza... Me he negado a ello, ¡qué diablos! Ese nombre me ha salvado la vida.

Sí. Un buen día tuve necesidad de pronunciarlo en un gran establecimiento; tarde unos diez minutos largos... En aquel momento se desprendía una cornisa y daba muerte al que salía delante de mí. Si mi nombre es, Durán, por ejemplo, ya hubiese muerto.

—::—

Acababan de anunciar que el almuerzo estaba servido y la señora Bicherou elogió los méritos culinarios de Marcela, a la que dió la re-

ceta de un guiso de cordero. El señor Bygabyschewranskot sonreía en señal de aprobación y María Luisa contenía a duras penas el deseo de lanzar una carcajada, sintiéndose no muy cómoda dentro de un traje de seda color tórtola, al que había adornado con una hermosa rosa arrancada en el jardín.

—Esa señorita lleva un lindo traje — observó el señor Bygabyschewranskot. Y él mismo encontraba fuera de lugar su levita, el llamativo traje de Marcela y la blusa de la señora Horut.

—Pero esta gente — pensaba — no termina nunca de hablarme de comidas. Se come para vivir ¡qué diablos!, pero no se vive para comer.

—¿Hay en las cercanías algunos monumentos antiguos? — preguntó para cambiar de tema.

—Eso puede responderle María Luisa, — respondió Marcela con una cándida sonrisa. — Yo declaro mi ignorancia en esas cuestiones.

—Las tumbas antiguas, son muy curiosas, — dijo María Luisa, con el tono preciso y autorizado de un catedrático. — Las hay en forma de altares. Antes las hacían en forma de templo. El altar reposa en un basamento y bajo ese basamento está la cámara funeraria.

—¿Es posible? — exclamó el señor Bygabyschewranskot, lleno de admiración.

—Bueno. Basta. Nos agobias con tu erudición, — interrumpió Marcela. — Yo prefiero un plato cualquiera bien condimentado. ¿No es así, señor Bygabyschewranskot?

—A mí me gusta instruirme, señorita... Y esta joven parece muy instruida. Yo leo, a veces, por la noche, pero siempre cosas serias: Homero, Shakespeare, así cuando vaya a Italia o a Inglaterra, sabré algo...

Después del almuerzo se recorrió la propiedad y María Luisa fué designando por su nombre todos los árboles, todas las plantas y los animales que encontraban. Marcela se hacía la infantil.

—A mí sólo me gustan las cosas ricas que se comen. Las ciruelas, los duraznos, las uvas...

—::—

A las cinco de la tarde, la señora Bicherou se llevaba a su millonario. Mientras el auto que él conducía avanzaba por la carretera, la mujer le interrogó:

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Qué me dice?

—Dígame, señora Bicherou... Esa pequeña... María Luisa, es huérfana y pobre, ¿verdad?

—Sí.

—Y bien... Si ella quiere nos casamos... Me hará un honor con aceptarme.

—Pero... — exclamó horrorizada la señora Bicherou. — Pero... ¿y la otra? ¿Y los otros, qué van a decir?

El señor Bygabyschewranskot se encogió de hombros.

—¡Bah! Es gente demasiado ordinaria para mí.





SINTÉTICAS

MORAL COMERCIAL

La larga serie de quiebras comerciales que entre nosotros se producen a diario, ha llegado a estatuir algo así como una cátedra de moral, digna de estudio, porque en ella se cultivan ciertos principios de estética, que constituyen el más precioso síntoma revelador del ambiente.

Los conocidos recursos de los créditos simulados, de los balances falsos, de la sustracción de mercaderías, etc., etc., con que los señores fallidos acostumbran a despojar tranquilamente a sus acreedores, se están reforzando, en la actualidad, con la práctica de otros ardides, no menos fructíferos en la edificante tarea de apoderarse de lo ajeno. En efecto; algunos síndicos encargados de la liquidación de bienes, han llegado a realizar ventas de mercaderías a precios tan ridículos e increíbles, que, con su sola enunciación, se añadía la befa y el escarnio a la descarada comisión de evidentes delitos.

Pero, entre todas estas maniobras, que pacíficamente se desarrollan al margen de la ley, merece señalarse a la atención pública, un detalle sugestivo, que contribuye a mantener en descenso el nivel de nuestra precaria moralidad comercial. Nos referimos a la asombrosa facilidad con que, invariablemente, son despojados los bancos, cuyos exorbitantes créditos, escandalosamente concedidos, muchas veces, a personas casi insolventes o que sólo poseen un simple sueldo nacional, aparecen bailando en el aire, frente a activos inflados, ficticios o insignificantes, cuya única misión consiste en destacar luego, ante la realidad de sus verdaderos términos, todo el alcance de los más grotescos y lastimosos desastres financieros.

Ante el temor de que la llaga se extienda, ya se clama por que se ataje, con la sanción penal, la ola de inmoralidad que nos asfixia; pero si el comercio deshonesto debe tener una severa responsabilidad, sería justo que ella también alcanzase a las instituciones bancarias que, manejando dineros ajenos, realizan, a sabienda, operaciones que constituyen verdaderos descalabros económicos.

ALARGANDO LA VIDA

El sabio norteamericano Mr. Thomas Gaines, en una conferencia que pronunció, recientemente, en el Instituto de Brooklyn, sobre el tema "La ciencia y la salud", dijo que es necesario imitar al elefante si se quiere vivir mucho tiempo. Aseguró Mr. Gaines, que la longevidad del elefante depende directamente de su carácter reposado y de que respira muy despacio.

La receta es terminante;
Para el viejo o el chiquillo
Que quieran vivir bastante,
Existe un medio sencillito:
Convertirse en elefante.

INCITACIONES MALSANAS

En Francia acaba de estrenarse con éxito un nuevo "charleston", especialmente "confeccionado" para que puedan bailarlo las personas ancianas, sin que sufran "menoscabo de sus posibilidades físicas".

Creemos que el asunto tiene más trascendencia de la que a primera vista pudiera suponerse, pues eso de meter en danzas alegres a la senectud, es ocurrencia harto peligrosa. Por esta razón

Nos ha dejado perplejos
El saber que, para Francia,
Es cosa sin importancia
Que se perviertan los viejos.

Fulvio se inclinó, tomó de la mano de Paula el helado que ella, sonriendo dulcísimo, le tendía, y mirándola en los ojos, le dijo:

—La amo.

—No debe usted amarme — murmuró ella, sin alterarse y sin dejar de sonreír.

—¿Por qué?

—Porque soy casada.

—¿No importa!

Y los ojos de Fulvio relampaguearon de pasión. Ella permanecía delante de él, sin demostrar turbación, sonriendo todavía.

—Váyase — murmuró, sofocado por la cólera. — Es usted una mujer odiosa. La detesto.

Paula bajó lentamente la cabeza como se hace ante un enfermo incurable, y se alejó de Fulvio. La concurrencia se agolpaba alrededor del piano de cola, donde un maestro joven, pálido, acompañaba el canto de una señorita grácil, vestida de blanco, con un hilo de voz simpática, que cantaba una romanza de Bizet. La romanza era de carácter oriental, una cantinela bizarra, ora llena de trinos alegres, ora colgada de largos sollozos; y dos o tres señoras languidecían, dejando derretirse el helado en el platillo, presas del delicado lamento de la melodía oriental. El marido de Paula estaba arrellenado en una butaca, fumando, tranquilo, y miraba con ojo distraído la esbelta figura de su esposa, toda vestida de negro, toda refulgente de perlitas negras.

La fresquísima brisa marina entraba por los cuatro balcones de aquel largo salón; apoyado en la baranda de uno de ellos, Fulvio miraba el mar, como absorto.

Ahora, Paula ofrecía cigarrillos a los jovencitos y a las señoras que osaban fumar. Y la mano que tendía el pequeño cofre laqueado era tan blanca, tan pura de líneas, que Fulvio sintió que el pecho se le oprimía de ternura.

—Perdóneme — dijo él, mirándola con ojos de súplica.

—Amigo mío, no tengo nada que perdonarle — respondió Paula, suavemente.

—Soy brutal... Usted es buena...

—No, no...

Él hizo por retirarse.

—Nunca se queda usted un momento a mi lado — murmuró Fulvio con voz de llanto.

—No puedo, amigo mío; estos señores necesitan fumar. ¡Mire! Mi marido está sin cigarrillos.

Se alejó, corriendo, y ofreció un cigarrillo a su marido, con una sonrisa. Su marido la miraba serenamente, con la expresión satisfecha del hombre de felicidad imperturbable, y elegía el cigarrillo, lentamente, jugando con los dedos de su esposa. Parecía que ambos, marido y mujer, se dijeran muchas cosas, muchas cosas de amor; y eran tan jóvenes y bellos, formaban tan estética pareja, que sus amigos les contemplaban con complacencia, como se mira a dos novios.

Completamente solo, desde el balcón, Fulvio veía la escena y palidecía; dió dos o tres pasos hacia adelante. Pero ella se acercaba ya nuevamente a él, cimbreada, ligera.

—Su cigarrillo está apagado. ¿Quiere fuego?

—¿No teme usted — dijo él, con los dientes apretados, pero con la más amable de las sonrisas, — no teme usted que yo mate a su marido?

—Su cigarrillo está apagado...

—Lo mataré, señora.

Todos tienen razón

Por Matilde Srao

Sin proferir palabra, poniéndose un poco seria, Paula se alejó de él, despacio, como si la hubiese herido una palabra dolorosa.

Ahora todos cumplimentaban a la señorita Sofia, que había cantado

—¿Bizet? — dijo él, como si estuviese ausente.

—Sí; le preguntaba si le agrada.

—Bastante — murmuró Fulvio distraído.

La joven grácil y melancólica le



EL PADRE.—Tu madre no necesitó pintarse ni vestirse, como hoy hacen ustedes, para casarse.

LA HIJA.—¿También hay que ver el marido que fué a encontrar!

tan bien *Les adieux de l'hotesse arabe*; y la grácil jovencita, toda melancólica, sonreía modestamente.

—¿Le agrada a usted Bizet? — preguntó Sofia a Fulvio, que se había acercado al resto de los contertulios.

miró y repitió como para sí las primeras palabras de la romanza francesa.

Pero él, concentrado en sus pensamientos, no oyó.

—...adieu, bel étranger — terminó Sofia, quedamente.

ANÉCDOTA

El emperador chino Goangtchy tenía una favorita que se llamaba Sillintchy. El soberano, deseando que el pueblo se acordase de aquella favorita, mostró el gusano de seda y la dijo:

—Aprende qué se puede hacer de ese gusano, cómo se le educa, y el pueblo no te olvidará jamás.

Sillintchy, a fuerza de observar a los gusanos, vió que cuando morían quedaban cubiertos de una fina envoltura, rodeada de una seda que hiló, tejiendo con aquel hilo un pañuelo. Luego notó que los gusanos preferían para sustento suyo las hojas del moral.

Y entonces cogió las hojas de aquel árbol y dióselas a los gusanos.

Propagó la especie y enseñó al pueblo la manera de cultivarlos.

Desde entonces han transcurrido miles de años y el pueblo chino aún se acuerda de la emperatriz Sillintchy, en honor de la cual celebra una fiesta cada doce meses.

LEON TOLSTOY.

Ahora, alrededor del piano de cola, los contertulios refan. El joven y pálido maestro recién llegado de una gira artística a Londres, contaba a sus amigos napolitanos la obstinación de las *mises* y de las *mistresses* inglesas, en querer aprender las patéticas romanzas italianas. Contaba también anécdotas jocosas de allende la Mancha. Todos refan, especialmente el marido de Paula. Esta, erguida, de pie, se abanicaba con un gran abanico de raso negro, en el que un pintor fantástico había diseñado un paisaje lunar. Y Fulvio, no pudiendo hablar, miraba a Paula; la miraba con tanta intensidad, con una fijeza tan ardiente, que ella parpadeó dos o tres veces, nerviosamente, como fastidiada. Pero él no se dió cuenta, subyugado, hipnotizado, bebiendo de los ojos de Paula, que no le miraban, su fascinación invencible; y ella, con naturalidad, como si la intensa luz de las arañas eléctricas le hiciese daño, levantó el amplio abanico de raso y se ocultó el rostro.

Un delicado sonido de mandolín entró por los balcones que daban al mar; las risas callaron, todos tendieron el oído. El sonido se acercaba; y la concurrencia, como atraída, se precipitó a la puerta que daba a la terraza.

Negro era el mar, en la noche negra; altísimas tremolaban las estrellas en el cielo negro. A través de la oscuridad del mar pasaba una barquita, con un rojo farol a proa, cuya luz se reflejaba en el agua y parecía mancharla de sangre. En la barquichuela alguien tocaba el mandolín, pero no se distinguía quién era; algo, como el vestido de una mujer, blanqueaba dentro de la embarcación. Y la estria sangrienta reflejaba su luz en el mar, y el mandolín invisible se lamentaba, y la sombra blanca estaba inmóvil, y la barquilla se deslizaba. Todos los contertulios guardaban silencio.

—Es una romanza en acción — dijo el maestro de música.

—Dúo de amor — dijo un jovencito.

—No les molestemos — dijo Paula, suavemente.

—¡Eh, los de la barca! — gritó el marido de Paula, como para contradecir a su mujer. — ¡Buenas noches, buenas noches!... ¡Que se diviertan!...

Todos repitieron, a una voz: — ¡Que se diviertan!

Súbitamente, como si se hubiera inmerso en el agua marina, la luz rojiza se apagó, el mandolín calló, la barquita bogó en las tinieblas y en el silencio.

—¡Demasiada soberbia, oh enamorados! — dijo el marido de Paula.

—Dichosos ellos — dijo Fulvio.

—¿Por qué los envidias? — preguntó el maestro de música. — Nápoles tiene sus playas llenas de barquitas y sus casas llenas de vestidos blancos.

—Tampoco hay escasez de mandolines — añadió el marido de Paula.

—¡Qué me importa la barquita, la música y el vestido blanco!... Esos se aman: yo les envidio.

—¡Sentimental!... ¡Sentimental!... — exclamaron dos o tres voces.

—El amor es una cosa bellísima — dijo Fulvio con convicción profunda.

—¡Qué descubrimiento, Dios mío! — exclamó el marido de Paula en tono de mofa.

—Hay que casarse — dijo el maestro de música.

Fulvio miró a Paula y a su marido.

—Hay que morir—murmuró Fulvio.

Pero los amigos y las amigas volían al salón; se proyectaba, para la noche siguiente, una excursión por mar, en dos embarcaciones, con música.

En el umbral de la puerta, cerca de la terraza, Paula dijo a Fulvio, de lejos:

—¿Será usted también de la excursión?

—No, no, escuche... — dijo él, con voz sofocada.

Sin embargo, ella no salió a la terraza. Alguna señora hablaba de marcharse; mas, para retener todavía un poco a los invitados, Sofia se puso a cantar el "Vals de la sombra", de Dinorah.

—Entrégume mi abanico — dijo Paula dulcemente, acercándose a Fulvio, que permanecía solo en la terraza.

—No, si no me escucha usted — dijo él llevándose el abanico a los labios.

—Démele — repitió ella con firmeza y dulzura.

—Escúcheme, escúcheme... Se lo suplico... Es una cosa gravísima...

Paula no le dió ya oídos y volvió al salón; ahora, un mozo estaba sirviendo copitas de Málaga y la gentil señora de casa recorría el salón, presurosa, sonriente, serena, cuidando de que nadie fuese desatendido.

De pronto, se acordó de su otro invitado, que permanecía solo, en la sombra de la terraza, entre la negrura del cielo y la del mar.

—Entrégume el abanico, amigo mío.

—Escúcheme... — dijo él, de nuevo.

Y la voz estaba tan llena de dolor, que ella se detuvo. En la sala, ahora, con la nueva alegría del vino español, los contertulios cantaban un coro napolitano.

Ella escuchaba las palabras de Fulvio.

—Oigame. Tengo que hablarle. Tengo que decirle cosas gravísimas. No me interrumpa, Paula, se lo suplico. Escuche: tengo que decirle muchas cosas. Se las diré rápidamente, no lo dude. Pero ahora no puedo. Hay ahí mucha gente, gente feliz; yo soy desdichadísimo, Paula, y lo seré mucho más si usted se niega a escuchar lo que tengo que decirle. Sea buena, se lo suplico. Sufro demasiado. Usted no sufre, lo sé; pero tiene buen corazón... He de hablarle. Deberemos estar solos... ¡Escuche! Yo no me moveré de esta terraza. Cierre usted las puertas; creerán que me he marchado. Cíérrelas, Paula. Su marido se irá a dormir... Yo necesito hablarle. Esperaré aquí fuera todo el tiempo que usted quiera. Cuando él duerma, venga usted aquí... a reunirse conmigo.

—No vendré — respondió ella, suavemente.

—Escuche, Paula. Mi corazón se halla en trance de muerte. Ahí, en el salón, cantan y ríen; aquí hay un agonizante.

—No vendré — repitió Paula sin turbarse.

—Escúcheme aún, se lo suplico, en nombre de su conciencia de mujer honesta, por su virtud de niña y de esposa, por su dulzura y por su piedad... No me niegue este último favor.

—No vendré.

—Si usted no viene a reunirse conmigo, a escucharme, yo me mataré, Paula, aquí, esta noche...

Ella le miró un minuto en silencio.

—Me mataré, Paula, si usted no viene... Usted es cristiana. No permitirá que un hombre muera así...

—Vendré — dijo ella.

—::—

Y fué. La noche era ya profunda sobre el golfo napolitano, y las estrellas refulgían muy lejos; por el desierto camino de Posilipo, que corría junto a la terraza de la "villa", una fila de luces se extendía

decir a Paula; y ciertas palabras, ciertas frases, murmuradas quedamente a sí mismo, lo habían ahogado de emoción. Ella no venía aún. Oía a los criados ir y venir por la casa, poniendo en orden los salones, cerrando los balcones; oía las voces tranquilas de Paula y de su marido; que conversaban; pero no podía oír las palabras. Luego, todo quedó cerrado, se apagaron las luces, reinó un gran silencio.

El empezó a temblar de impaciencia, sin osar moverse, acurrucado en su sitio, con los nervios que vibraban, repitiendo confusamente, desordenadamente, lo que deseaba decir a Paula, como un niño deses-

Los treinta dineros

Si por treinta dineros, que a la cara
Le arrojaron los jueces con desprecio,
Vendió una noche el miserable Judas
Al sublime maestro,

Hoy seres viles, a la luz del día,
Titulándose apóstoles del pueblo,
Venden su pluma y su conciencia vendan...
Quizá por mucho menos.

El cobarde judío, avergonzado
De su traición, y arrepentido luego,
Por propia mano se infligió el castigo
De su crimen horrendo.

¡Y los venales escritores, nunca
Sienten rubor al recibir el precio
De sus aplausos; las monedas toman,
Impúdicos, riendo!

Protervo fuiste al negociar la sangre
Del venerando mártir galileo;
¡Esos que venden su conciencia y pluma
Son Judas más protervos!

¡Más probidad y más honor tuviste,
Vil Iscariote, en tan remotos tiempos,
Que honor y probidad en los actuales
Tienen los fariseos!

Tú, después de la infamia, te colgaste;
Los otros cuelgan una cruz al pecho,
Y se deleitan al sonoro ruido
De los treinta dineros.

WASHINGTON P. BERMUDEZ.

hasta Nápoles. Profunda soledad. Profundo el silencio.

Los batientes del balcón que daban a la terraza se entreabrieron lentamente y una sombra blanca, leve, leve, deslizóse hasta Fulvio, que aguardaba desde hacía tres horas.

—Gracias — dijo él tratando de ver el rostro de Paula en la oscuridad.

—Nos hallamos en gran peligro de muerte — contestó ella, con mucha dulzura.

—Lo sé — musitó Fulvio; e inclinó la cabeza.

El no hablaba. En cambio, en el instante de arrancar a Paula la fatal promesa, su pasión se hallaba en un estado de exaltación. Durante la primera hora de espera, no había hecho más que repetirse a sí mismo, afanosamente, como envuelto en un torbellino, lo que quería

perado trata en vano de acordarse de la lección aprendida de memoria. Paula no venía. Ya había contado cien veces los arcos voltaicos del camino de Posilipo. Para enganar el tiempo, pensó en contar las estrellas; pero se perdía... ¿Cuántas horas habían pasado? ¿Era eterna aquella noche?

Y apoderóse de él una desesperación resignada que le dejó abatido. Indudablemente, Paula ya no vendría... A Fulvio no le restaba más que arrojarle al mar, desde la terraza; en ningún caso se hubiera dejado sorprender por el día, por el sol, en aquella terraza. Y tal idea, tal solución lo aquietó. Quedó como vencido por un aplanamiento profundo y ya no supo nada del tiempo y del lugar.

Tanto, que al entreabrirse el balcón y aparecer la sombra de Paula, apenas si se estremeció.

Ahora, no sabía lo que decir. Todo había terminado; podía arrojarle abajo, al mar negro.

—¿Qué tiene usted que decirme, amigo mío?

—Que la amo.

—Ya me lo había dicho. ¿Nada más?

Y se dispuso a marcharse.

—¡La amo, la amo, la amo!

—Amigo mío, mi marido duerme cerca de aquí. Si un mosquito le hiciera oír su zumbido, si un mueble rechinase, si su voz o la mía se elevaran un poco, él se despertaría. Vendría aquí... y nosotros moriríamos.

—Eso busco — murmuró Fulvio con voz tétrica.

—Yo moriría por usted si le amase. Pero no le amo.

—¿Y por qué se expone usted a la muerte?

—Por piedad.

—¿No siente usted nada más por mí?

—Amistad y piedad.

—Ustedes, las mujeres, son infames.

—¡Pobre Fulvio! — dijo ella con mucha dulzura.

—Le prohibo que me compadezca. Tiene usted que amarme, ¿comprende? Esto es lo que deseaba decirle.

—No puedo amarle.

—Tiene usted que amarme. Tengo el derecho de ser amado. ¡Ah! ¿Cree usted por ventura que no es nada la existencia de un hombre? ¿Cree usted que carece de importancia pasar por el lado de un hombre y arrebatarse todo? ¿Cree usted que no es nada hacerlo helar de frío y hacerlo arder, transmitiéndole una fiebre que jamás se aplaca? ¿Cree usted que una mujer pueda impunemente mirar con dulzura, sonreír con dulzura, como usted mira, sonríe y habla? ¡Oh, maldita dulzura, maldita dulzura!

A pesar de estar muy cerca de ella y de que casi intuyese la expresión del rostro de Paula, él no vió las lágrimas que le subían a los ojos.

—Porque — continuó, — al fin y al cabo yo era un hombre feliz. Gozaba de la juventud, del sol, de la alegría de mi país y de la cordialidad de mis amigos. Poseía la serena indiferencia, la más grande felicidad humana. Era egoísta, pero vivía tranquilo; me dejaba amar o no me esforzaba por que me amasen. ¡Serenos, serenos como Job!

—¡Ojalá pueda Dios devolverle la serenidad! — susurró Paula, con dulzura.

—¡Dios...! ¡Yo no rezo a Dios!

—En cambio, yo le rezo siempre para que le dé la paz.

—¡Oh, mujer hipócrita! No se burle usted también del Señor, como se burla de mí. Escuche. Usted está obligada a amarme. La amo demasiado, para no ser correspondido. Sería una enorme injusticia. En el mundo no hay injusticias semejantes. El mundo está equilibrado, todo corre parejas. Mi llama es demasiado viva para que usted no la inflame. Tiene usted que amarme. Dejará usted a su marido, a su madre, dejará usted su casa, su servidumbre, todo lo que ha amado hasta ahora, todo lo que usted ha adorado; y vendrá conmigo, huirá conmigo. Iremos lejos. Seremos felices. ¡Ya verá! La pasión debe triunfar. Yo la adoro, Paula. ¡Huyamos!

—Usted se ha vuelto loco, amigo mío — dijo ella, apoyando el codo

en la balaustrada y mirando el mar que rumoreaba abajo.

—No, no estoy loco... Pero, si lo prefiere, he enloquecido, sí. Eso no importa. Lo esencial es que no puedo vivir sin usted. Lo esencial es que yo la quiero. Lo esencial es que usted sea mía... Nadie la quiere como yo; ahora, nada resiste al magnetismo de la voluntad, de mi voluntad, que sería capaz de licuar un diamante y despedazar una barra de hierro... Usted es una mujer, posee vísceras humanas, sentidas, animadas, odiadas... Oirá el magnetismo de mi alma que la quiere. Su marido la tiene, pero no la quiere. Yo le odio ferozmente. Quería matarlo esta noche; lo mataré mañana, si no huye conmigo. Pero usted me acompañará. Ha venido a la terraza, se irá también conmigo. ¡Vámonos!

Y la tomó de la mano, resuelta-mente, para llevársela.

—No — dijo ella.

—¡Vámonos!

—No.

—¿Por qué?

—Porque no le amo.

—¡Oh, Paula, Paula, no hable usted así! — prorrumpió Fulvio con voz de llanto.

—¿Cómo quiere que hable?

—Es preferible que calle. El sonido de su voz tan dulce y tan fría me desespera. Calle, se lo suplico.

Paula calló. Fulvio había apoyado en la balaustrada los brazos y la cabeza tratando de sofocar los sollozos que le oprimían la garganta. Ella había inclinado la cabeza sobre el pecho, como si pensara profundamente. Un automóvil pasó por el camino de Posilipo, oyóse un gorjeo de risa femenina. Paula levantó la cabeza.

—No llore, Fulvio.

—No llore — dijo él desesperadamente.

—Sea fuerte.

—Lo soy.

—Oiga, oiga lo que le dice la amiga. Usted curará fácilmente.

—No, nunca.

—Curará. ¿Es usted honesto?

—Soy honesto.

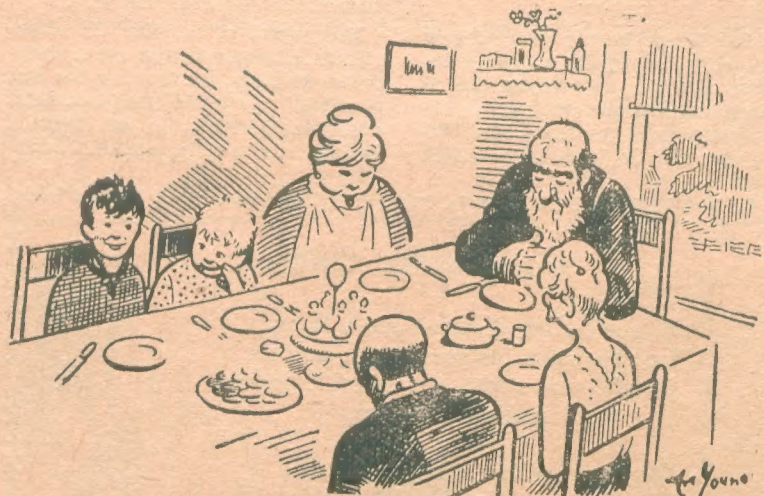
—Pues bien, curará. La pasión es una cosa deshonestas. Yo estoy casada, ya lo ve. Parece una respuesta vulgar; en cambio, es honesta. Cuando somos jovencitas, la madre nos dice: "Debes amar al hombre con quien te cases y, si no puedes amarlo, al menos debes respetarlo, debes serle fiel y obediente, conservar tu cuerpo y tu alma, aún a costa de morir de dolor". Y estas palabras no sólo las dice la madre, sino que nos da por sí misma el ejemplo cotidiano de ellas. Este deber de honestidad, esta tradición de fidelidad, nos es transmitida en la sangre, de madre a hija. Ya ve: no hay en ello nada de sublime; es un deber... se cumple.

—Y se muere, Paula.

—No se muere. La pasión, ciega, insulta al marido, al buen marido que duerme cerca de aquí, tranquilo, confiado, sin una sospecha. Esta es la gran injusticia. Porque, en resumidas cuentas, el hombre que se casa, aun cuando vaya al matrimonio por interés o ambición, hace un sacrificio grave. Nos confía su nombre y su corazón; nos da su fe y su libertad; se liga a un vínculo indisoluble; se contrae al trabajo por nosotros y por nuestros hijos, humildemente y gloriosamente. Nosotros somos su consuelo y su gloria; nosotras representamos para él las más dulces y más seguras satisfacciones. Su jornada de labor

transcurre en el deseo de encontrarnos, de volver a vernos; sus horas más queridas son las que vive en el hogar, en nuestros brazos. ¡Oh, qué tesoro de pequeños y grandes sacrificios es el amor de un marido! Usted lo ignora. La pasión lo ignora todo; ni ella misma se conoce.

¿Quién es usted? Un joven, un hombre, un ser cualquiera de la infinita humanidad; distante de mí, extraño a mí. Pasa usted por mi camino; yo quizá, paso por el suyo. E inmediatamente usted me ama. ¿Qué ha hecho usted por mí? ¿Qué puede hacer? Nada. Es decir, mucho. Tengo un nombre; usted quie-



—Juancito; aprovechá, ahora que están rezando con los ojos cerrados, para agarrar unas masitas...

—Los maridos engañan a sus esposas — murmuró Fulvio, como ausente.

—Las engañan, pero las aman. Nada es capaz de vencer ese lazo profundo, íntimo, hecho de palabras y de lágrimas, de besos y de suspiros; nada es capaz de romper ese vínculo penetrado en el corazón y en los sentidos. Pero la pasión quiere vencer el sagrado lazo, quiere despedazar el sagrado vínculo.

re quitármelo; tengo un honor: usted quiere que le arroje lejos de mí, como un harapo; poseo la estimación de mis amigos: debo desafiárla; poseo la fe de mi esposo: debo traicionarla; tengo la paz de mi conciencia: debo perderla para siempre. ¿Por qué? ¿Porque usted me ama? También el hombre que duerme cerca de aquí, me ama.

—No es verdad.

—¿Qué sabe usted? Sólo nosotras

Sentencias de Publio Syro

Los defectos ajenos llevan al sabio a corregir los propios.

Exigua es la parte de vida que empleamos en vivir.

Las últimas acciones hacen juzgar siempre de las anteriores.

¿Qué queda para sobrevivir a la pérdida del honor?

Nunca pierde el honor sino aquél que no lo tiene.

Debe batirse el hierro mientras esté candente.

La excesiva facilidad nos hace tocar en la necesidad.

El favor se inclina del mismo lado que la fortuna.

El llanto del heredero es riza disfrazada.

¡Ah! ¡Cuán temible es el que no teme la muerte!

Grave castigo es el arrepentimiento de lo hecho.

La cólera del hombre honrado es la más terrible.

El mal que no se ha experimentado es el más sensible.

La paciencia frecuentemente cansada, se convierte en furor.

las mujeres sabemos quién nos ama. ¿Habla usted de derechos? ¡Oh, pobre hombre que duermes, anda: adora a una mujer, cástate con ella; dale la mayor parte de su vida; deposita en ella toda tu esperanza; sé para ella hermano, padre, marido, amante, amigo, consejero, enfermero; ¡sufrir por ella, en el cuerpo y en el alma! Y luego permite que un extraño, un gran egoísta, lleno de capricho, un hombre que no ha hecho nada, que ofrece a tu mujer una vida de deshonra... déjale, permítele que te lo arrebathe todo... ¿Y se atreve usted a hablar de injusticia? ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué estoy yo aquí? ¿Por qué me digno escucharle, defenderme, darle explicaciones? No sé quién es usted; no le conozco. Apártese de mi camino. Váyase.

—Usted no me ama, Paula; por eso habla así.

—Ha dicho usted la gran verdad: no le amo.

Pero una luz fugitiva venida de la alcoba del marido, dejó a ambos sobrecogidos. Un destello brevísimamente; después, nuevamente, la sombra. Fulvio y Paula se miraron, se entendieron. Y quedamente, como si se hallase en trance de muerte, ella dijo:

—¡Virgen bendita, te encomiendo mi alma!

Rezó en voz baja. Fulvio callaba, esperando. Pero ningún rumor se hizo oír, ninguna luz apareció, nadie vino. Había sido un engaño...

Quedaron inmóviles varios minutos. El no osaba interrumpir aquel silencio, no se atrevía a decir la última palabra. Todo, en derredor, parecía hundido, derrumbado en la noche negra; y no sabía caminar por entre las ruinas.

Sin embargo, levantando los ojos, sintió que los de ella le interrogaban, deseosos de terminar.

—¿Qué debo hacer? — preguntó él glacialmente.

—Irse — dijo ella con dulzura imperturbable.

—¿Adónde?

—Adonde quiera; lejos de aquí.

—¿Lejos?

—Bien lejos.

—¿Puedo volver?

—No.

—¿Después de algunos años?

—No... no... Nunca.

—¿Qué hará usted aquí?

—Pasarán los años... Luego... moriré.

—¿No la veré nunca más, Paula?

—Nunca... más... Fulvio.

—Es la muerte para mí.

Ella abrió los brazos, como si no tuviera nada más que añadir.

—Adiós, entonces.

—Adiós.

No se dieron la mano. El volvió la espalda y entró en el salón oscuro, caminando como un sonámbulo. Ella tendió el oído como para percibir sus pasos, a través de la casa; y permaneció inmóvil, blanca. Luego lo vio caminar solo por el camino de Posilipo, perderse solo en la noche, en la sombra, como un fantasma. Entonces Paula se volvió. Una voz a su espalda le había dicho.

—Paula, tú amas a Fulvio.

Era su marido que había penetrado sigilosamente en la terraza.

Ella se estremeció; pero en seguida, abriendo los brazos, contestó con voz firme y alta:

—Sí.

Y las dos desesperaciones se miraron a la cara.

Había una vez en cierto pueblo un perro, tan flaco e infeliz, que era imposible mirarlo sin experimentar una extraña mezcla de compasión y desvío. Víctima de los muchachos del lugar y los demás animales de su misma especie, andaba siempre, rabo entre piernas, receloso y huido, a través del villorrio.

Pobre ser sin dueño, vagaba en libertad completa, buscando el sustento entre los esquilmados desperdicios del arroyo y el abrigo nocturno en el exiguo espacio de soporales y trancos.

De mandíbulas abultadas, de pelo hirsuto, que a veces se rizaba en anillos cenicientos que pintaba con su grisedad el polvo de la miseria, constituía uno de esos tipos primordiales y selváticos, caracterizados por el salvajismo propio del desamparo y el infortunio.

Y, sin embargo, era bondadoso. Parecía un hidalgo viejo, de los que la tradición conserva entre los prestigios de su leyenda falsa y romántica.

Porque es un romanticismo pueril y triste ese de lamer la mano con que se les castiga. Y esto es lo que sucedía al malaventurado can de nuestra historia. Podían apedrearlo, martirizarlo con palos o jarrones de agua arrojados sobre su cuerpo huesudo; él se encerraba dentro de su optimismo sublime, en condiciones hasta de negar el mismo dolor como cualquier estoico y de disculpar a cocineras atrabilladas y carniceros hostiles, a trapeadoras regañonas y a mozalbetes crueles.

Después de todo, ¿para qué sirve ser desgraciado si no es para sufrir con resignación los golpes de una fortuna adversa y enemiga, los azares de una suerte fiera, la aplastante soberbia de los necios y el triunfo abrumador del malo, que humilla con su elevación al bueno, al fuerte, que quedó vencido por milagros de la injusta casualidad.

Al perro de nuestro cuento le ocurría lo propio que a muchos hombres, o quién sabe si es que a muchos hombres les sucede lo mismo que a los perros flacos. Los heroísmos de sus almas, capaces de todas las abnegaciones y todos los sacrificios, tienen que envolverse en las negras tintas de la humildad, como deseo tiernísimo que se guarda cual una flor de impotencia en el libro de los sufrimientos.

Una vez... Los perros también sienten amor. Esa locura más o menos divina que enciende en el cerebro la llama de la sensualidad más tierna hizo brotar en su corazón de... perro la chispa de un anhelo erótico, y amó lo que puede amar un perro... una perra; pero una perra aristocrática, una galguita inglesa, gazmoña y espiritual como una miss regañona. Los hombres y los perros deseamos siempre lo desconocido, lo que nos es opuesto y contradictorio y niega nuestra personalidad.

Pero era un empeño inútil aquel deseo insensato del perro de esta historia extraordinaria. En vano seguía a la dama de sus ensueños, en un constante anhelo caballeresco y amante.

La galguita no le quería. ¿Para qué iba a querer, después de todo, a aquel perro indigno, que no era gallardo, que no era simpático ni donjuanesco, ni seductor? Y no obs-

EL PERRO FLACO

Por Juan López Núñez

tante estas cualidades negativas, el perro flaco era un sentimental, que poseía tesoros de ternura virgen

pomerania magnífico, que no tardó en abandonar a su adoradora, que sufrió todos los horrores de la des-



Es el vino que, por ser insuperable para la mesa, debe elegir todo aquel que quiera acompañar una buena comida con un buen vino.

BEBA VINO TORO

Se vende en botellas de litro y en cascos

BODEGAS Y VIÑEDOS GIOL, Soc. An.

CANGALLO 434

BUENOS AIRES

que consagrar a la aristocrática perrilla, que, veleidosa e infame, entregó su corazón y su cuerpo a un

gracia al soportar los desdenes del ingrato.

Y cuentan los cronistas, que el

GOBELINO

Tu enigmática sonrisa
Marquesita, no es serena...
¿Se convirtió en Magdalena
la que ayer fué Monna Lisa?

De tu alma arrancó la brisa
un suspiro, flor de pena
Y el sátiro te condena
con su diabólica risa...

Baja la noche al jardín
Triunfa en rojo tu rubor
bajo el albo peluquín

y cantándole al Amor
borda implacable tu esplín
la aguja del surtidor.

OSCAR R. BELTRAN.

perro flaco tuvo en aquella ocasión una ocurrencia admirable. Dicen que dijo:

—Pasamos las criaturas por el lado de la felicidad sin conocerla, para después decir que fuimos desgraciados, cuando no fuimos más que unos ciegos...

¡Pobre perro flaco! Para colmo de su infortunio se hizo filósofo.

Desde el instante de la boda de su adorada se marcó en él la degeneración más horrible. Se sentía morir por días.

Las angustias de su existencia perdularia subieron de punto. Los hombres le castigaban. Los muchachos le perseguían, los otros perros felices, convertidos en elementos armados, guardadores de una alegría estomacal, le martirizaban, y él, acusado de malhechor por razón de su desgracia, iba guardando en su espíritu las dolorosas enseñanzas sugeridas por una realidad cruel.

Y deseaba vengarse, pero con venganza que humillase a sus verdugos.

En su alma existían pasiones, grandes pasiones capaces de levantar un mundo gigante de cosas útiles, de cosas buenas y bellas; pero en la ociosidad se marchitaron, se cubrieron de moho propio de la inacción, llenándose de la herrumbre de un deseo marchito.

Ya en las postrimerías de su desdichada vida, pasó por la aldea un tiritero. Ambos, el perro y el tiritero, se hicieron grandes amigos. El saltimbanqui lo acogió cariñoso, y el can, agradecido, le pagó con las más suaves ternezas de su corazón leal. Bailó, jugó, saltó por inverosímiles espacios y realizó, en suma, mil proezas acrobáticas, que le valieron una fama honrosa.

Por las tardes sentábanse su dueño y él en un ribazo existente a la salida del pueblo. Allí aguardaban la noche. Los dos sentían a ratos un humorismo sangriento. Pobres vencidos gloriosos, veían llegar la consagración definitiva; ¡pero a costa de cuántas humillaciones y hambres!

Y allá en los espacios imaginarios, en los espacios ultraideales, donde caben las visiones que cupieron en la mente de Descartes, es fácil que se hablaran los espíritus del vagabundo poeta, saltarín, filósofo y músico y el del perro de su pertenencia. Entonces, quién sabe lo que se dirían de este mundo pequeño y bajo, donde no existe más que una farándula eterna, en la que los mejores papeles se reparten entre los más ineptos, quizá porque serlo equivalga a tener un título para aspirar a su posesión.

En fin, el perro de nuestro cuento murió en plena apoteosis en la plaza pública, cuando los chiquillos que antes le torturaban sentían hacia él una gran admiración; las cocineras y los carniceros le aplaudían entusiasmados por sus piruetas majestuosas y extravagantes, y, ¡oh colmo del sarcasmo!, cuando las perras aristocráticas le miraban con simpatía.

El saltimbanqui lo enterró con mano piadosa. Y meditando ante el cadáver de su amigo y camarada llegó a pensar en la gloria, que siempre viene tarde a coronar con sus laureles las frente que con ellos se adornan como con guirnaldas de flores.

Un viejecito avanza trabajosamente por las regiones de la Sombra, al otro lado de la vida y del mundo. Delante de él y un poco lejana, camina una doncella con pies ágiles. El viejecito la descubre de pronto y la llama:

—¡Eh, muchacha! ¡Escúcha... espérame...! ¡Caramba, qué envidia de piernas! Bien se conocen los pocos años.

La doncella ha oído al viejecito y se detiene. Es una muchacha rubia y linda, de ojos tristes donde parecen que sueñan ilusiones no satisfechas.

—¿Adónde vas, hija mía?

—Al Cielo.

—¿Al Cielo? Pues me alegro. Me lo había figurado. Yo también voy al Cielo. Iremos juntos y charlaremos por el camino, ¿no te parece?

—Con mucho gusto, señor.

—Pero a condición, hijita, de que ajustes tu paso al mío. Yo no puedo correr, como tú. Se me cansan los pies.

—¿Quiere usted apoyarse en mi brazo?

—Hombre, sí. Dios te lo pague.

¡Ajá! Así voy tan ricamente. ¿Cómo te llamas?

—Yo, señor, me llamo María.

—María. Bonito nombre. El más bonito de todos para mí gusto. La palabra María me ha parecido siempre a mí una lágrima, pero una lágrima dulce, sin dolor. ¿Y cuántos años tienes... mejor dicho, cuántos tenías al abandonar el mundo?

—Diez y ocho, señor.

—Diez y ocho años, los mismos que llevas impresos en la cara. ¡Qué lástima! Haber abandonado el mundo a los diez y ocho años, que es precisamente cuando empieza el mundo para una mujer. ¡Qué lástima! Que lo haya abandonado yo, que estaba cargado de años y de achaques, es cosa naturalísima. Pero tú... Nadie se debiera morir hasta llegar a viejo. Paréceme a mí que el morir a los diez y ocho, a los treinta, a los cuarenta años, es como dejar sin concluir un libro interesante que se iba leyendo, como dejar una labor a medias. ¡Qué de frutos pierde el mundo con los que se mueren prematuramente! Tú, claro está, habrás dejado con pena la vida.

—¿Con pena? No, señor.

—¿Cómo que no?

—No, señor. La vida no ha tenido bondad para mí.

—A los diez y ocho años... ¿Qué grandes dolores, qué desengaños has podido tener a esa edad?

La doncella no contesta.

—¿No te gustaba vivir? ¿No ejercía sobre tí atracción la vida? ¿Pues, qué sentimientos te inspiraba?

—Sólo me inspiraba rencor.

—¡Rencor! ¡A los diez y ocho años! ¡Caramba, qué pesimismo tan temprano! ¿Y por qué te inspiraba rencor la vida, vamos a ver?

—Qué sé yo... porque no era como quería que fuese, como yo soñaba que fuese.

—¡Ah, picarilla! Eras ambiciosa.

—No, señor, no era ambiciosa.

—¿Eras pobre?

—Sí, señor.

—¿Y no deseabas ricas galas y ricas joyas, bienestar y riqueza?

—No deseaba nada de eso.

—¿No? Ah, vamos; entonces ya me explico la causa de tu desafecto a la vida. Algún amor contrariado, alguna pasión traicionada...

—Tampoco, no, señor. pedía, que no hacía realidad mi

CANCION DE ABRIL

Por J. Ortiz de Pinedo



¿Existe la verdad?

"Descubrid una mentira, y entonces hallaréis una verdad", ha dicho un filósofo. ¿Entonces, únicamente?, pensamos nosotros. ¿Pero la verdad existe? ¿La verdad verdadera, abstracta, incommovible?

Ningún hombre de ciencia supone jamás que podrá llegar hasta el fondo mismo de la verdad. Esta es más bien cuestión de metafísica que de ciencias naturales. Lo más que puede hacer el hombre de ciencia es describir con alguna mayor exactitud o aproximarse algo más a la estructura de la naturaleza. No sabe siquiera si existe cosa semejante a la verdad conclusiva o a la realidad final. A fuer de hombre de ciencia, trabaja sobre hipótesis demostrables mediante un abundante acopio de teorías fragmentarias, que a su vez requieren verificación. Así puede decir en cualquier momentos "Descubro ahora que esto, que hasta hoy había creído cierto, es exacto solamente en parte. Por consiguiente, altero mi creencia".

En efecto: la noción entera de verdades invariables y del puro dogma es anticientífica. Por ejemplo, nuestras ideas sobre la constitución de la materia y la "ley de la gravitación" han sufrido recientemente una severa revisión. Publicáronse protestas populares contra el profesor Einstein, declarando que era pernicioso (probablemente para la moral) atacar la "ley" de Newton; pero los hombres de ciencia comprendían bien que la ley de Newton estaba tan sujeta a revisión como cualquiera otra de las pseudo "leyes" de la naturaleza. Estas "leyes" son únicamente conjeturas humanas más o menos aproximadas a la ignota realidad. La ciencia no puede tener dogmas. Esta condición inestable de las creencias es, empero, sumamente enfadosa para muchas personas. ¡Exigen hechos, hechos claros y definidos! "Esto es verdadero; esto, falso; esto es bueno; esto es malo." Y la apreciación ha de ser la misma eternamente. Una de las funciones de la pura ciencia es destruir esta ingenua actitud, substituyéndola por la divina curiosidad, el deseo infinito de saber, mediante el cual únicamente puede desarrollarse el pensamiento.

ideal. Enfermé de tristeza. Una sombra cruel cubriéndome el alma. Las horas rodaban para mí inútilmente. La vida no tenía ya sentido para mi alma. Me enamoré de la muerte. Y la muerte, más generosa conmigo que la vida, me abrió sus brazos consoladores...

—¡Ah, soñadora, soñadora! Tú eras de las pocas que van quedando en el mundo, una de las pocas almas mal avenidas con la realidad, enfermas de ideal, mártires del ensueño, que sucumben al peso de sus palacios de oro. ¡Pobre alma! ¿Cómo querías ser feliz? Los tiempos han cambiado, y ya nadie allá abajo pide a la vida amores sublimes, imposibles, ni nadie, más que tú, se muere ya de amor, de sed de amar. Mal aclimatada en el mundo, tenías que sucumbir como has sucumbido. ¡Pobre alma! Entre tú y yo existe cierta armonía, cierta antigua amistad no sospechada. Tú has pasado tu vida esperando el amor, para go-

—¿Tampoco? ¿Quieres decirme que no ha habido por medio algún galán?

—Yo no he tenido amores, señor.

—¿Cosa más rara!... ¿Pues, cómo, entonces...?

—No he tenido amores. Ningún hombre se acercó a hablarme de amor. Nadie me amó ni a nadie amé. Es decir, yo sí amaba... Amaba a un hombre que yo forjé y yo soñaba llegaría a ofrecermelo su amor. Tiempo y tiempo hube de esperar, siempre los ojos y el alma en vela, atalayando el camino... Y mi amor no venía. Esperaba en vano mi amor no venía. Al fin me cansé. Y entonces fué cuando empecé a sentir rencor a la vida, a la vida que no me daba lo que le zar de él; yo he pasado mi larga existencia inclinado sobre los libros, tratando de encontrar la Verdad. Esta sed mía, esta ansia ardorosa por la Verdad ha sido mi tormento. Y encerrado entre mis muros, abstraído en mis pensamientos, consultando códigos amarillos y libros nuevos, quemándome en el fuego de mi sed, la vida pasaba junto a mí sin que yo la gozase. Mi juventud, como un fantasma, desvaneciéndose en la soledad de mi biblioteca, sin que yo llegase a aspirar su perfume. Años y años se acumulaban en mi vida, mientras que yo luchaba afanoso por descubrir y apresar la Verdad. Una mañana, delante de un espejo, hube de encontrarme con la cabeza cana, llegando a la vejez sin saberlo. Mi casa estaba fría y yo solo. Ninguna mano de mujer daba calor a mi corazón. Mi ansia por la Verdad seguía atormentándome, y yo había gastado mis años en vano. Y así llegué al umbral de la Muerte, dejándome atrás mi vida como una inmensa pira donde se quemaban con mis horas mis sueños. Hija mía... lógico era que nos encontrásemos en este camino. Ambos llevábamos el mismo rumbo, ambos buscábamos la misma cosa. Idéntica quietud, idéntico dolor nos hizo iguales. Ni en tu juventud ni en la mía cantó el amor su canción de abril. Ni tú ni yo supimos de la dicha. Fuimos dos almas extrañas en nuestra peregrinación por el mundo...

Y en este punto del diálogo estaban el viejo y la niña cuando tocaban ya las puertas del Cielo, la mansión del eterno amor y la eterna verdad, que es donde consuelan sus tristezas y sacian sus anhelos todos los que en la tierra no encontraron la verdad y el amor.

Un multimillonario americano

Por Max y Alex Fischer

Tremlett (J. K. L. M. N. O. P.), más conocido desde Nueva York a San Francisco y de Nueva Orleans a Alaska, por el apodo del *Rey del fracaso*, nació en 1868 en Noisy-le-Sec (Estado de Ohio).

A consecuencia del fallecimiento inesperado de sus padres, Tremlett se encontró de la noche a la mañana, a los veintitrés años, dueño de una fortunita de 300.000 dólares.

Frecuentemente había oído decir a su padre "que el primer deber de todo capitalista era no dejar dormir sus capitales", y, en vista de ello, resolvió consagrar inmediatamente la suma de 25.000 dólares, al lanzamiento de una pasta dentífrica nutritiva.

Según la opinión de todos los químicos, esta pasta era un reconstituyente admirable.

Cualquiera otro que no hubiera sido Tremlett habría realizado una enorme fortuna con tan espléndido negocio. Pero no habían transcurrido cinco meses cuando se vió obligado a cerrar el establecimiento por evaporación de la cantidad consignada a tal empresa.

No se desanimó por ello.

Sucesivamente púsose a la cabeza de veinte distintas fundaciones (un bar automático, un almacén de novedades, una fábrica de reparación de hierros extraligeros en aluminio, una casa editorial que publicaba sus volúmenes sólo en papel de fumar, una oficina de colocaciones para asesinos sin ocupación, etc.). Y unas tras otras, todas las empresas, a las que parecía reservada una prosperidad real, quebraron en menos de tres años.

Cierta mañana de 1894, Tremlett procedió a un concienzudo examen de su fortuna, y con honda contrariedad comprobó que no le quedaba más que un billete de 1.000 dólares.

Entonces se le ocurrió de pronto la idea sencilla y grandiosa que en poco tiempo debía convertirle en el hombre colosalmente rico que es en la actualidad.

Guardando cuidadosamente en un compartimento de su cartera el único billete de 1.000 dólares que poseía, fué a visitar al propietario del New Bazar de Noisy-le-Sec (Ohio), y le habló de esta forma:

—Señor: soy dueño de 1.000 dólares. Las acciones de su floreciente negocio se cotizan en este momento a 1.000 dólares. En consecuencia, he decidido adquirir una en cuanto se abra la Bolsa esta tarde.

La reputación de mala sombra de Tremlett se hallaba ya sólidamente cimentada...

Al conocer los propósitos de J. K. L. M. N. O. P., el director del New Bazar no pudo menos de estremecerse y exteriorizar un gesto de profundo disgusto.

—¿Que se propone usted comprar una acción del New Bazar?... ¡Díabolo! — exclamó. — ¡Eso es muy desagradable!... Veamos, veamos... La colocación de fondos que usted se propone realizar, querido señor Tremlett, no es tan ventajosa como supone... Permítame que le dé un buen consejo... Yo, en su lugar,

adquiriría mejor una acción del Little Bazar.

Por toda respuesta, Tremlett le declaró fríamente:

—Mi resolución es irrevocable. Antes de esta noche figuraré en la lista de los accionistas del New Bazar.

—Señor Tremlett — repuso; — aquí tiene usted 10.000 dólares. Le ruego que los acepte. En cambio, consienta en poner su firma al pie de un contrato por el cual se compromete a no intentar nunca convertirse en accionista del New Bazar.

Tremlett se retiró a su domicilio, y al día siguiente, después de guardar en su cartera los 10.000 dólares, tomaba el tren que partía para Nueva York.

Apenas hubo llegado, trasladóse al domicilio social de la Compañía General de Tranvías e hizo pasar la tarjeta al presidente del Consejo de Administración.

—Señor — le dijo: — ignoro si tengo el honor de que usted me conozca.

—Certainly — contestó el presidente del Consejo de Administración de la poderosa Compañía de los Tranvías Neoyorkinos. — La proverbial mala reputación de usted como negociante ha hecho célebre su nombre en toda América... ¿En qué puedo servirle? ¡Ah! Lo adivino... Se encuentra usted actualmente en la mayor necesidad y acude a mí para que le remedie. ¿No es eso?... Pues bien; no ha sido en vano.

El presidente se dispuso a abrir su portamonedas para entregar un dólar al visitante; pero éste no le dió tiempo para que cumpliera su propósito.

—Gracias, señor — exclamó. — Se equivoca usted acerca de los fi-

PENSAMIENTOS

La libertad consiste en poder hacer todo aquello que no esté prohibido por las leyes.

—::—

Ninguno debe obedecer a los que no tienen derecho de mandar.

—::—

Lo primero que ha de hacer el orador es inventar lo que ha de decir; lo segundo, ordenar lo inventado, pensarlo y componerlo; lo tercero, vestir y adornar el discurso; lo cuarto, guardarlo en la memoria, y lo quinto, recitarlo con dignidad y gracia.

—::—

La fuerza es el derecho de las bestias.

—::—

La muerte de César fué una empresa de niños ejecutada con un valor de héroes.

CICERON.

nes de mi venida a estas oficinas. Me consta que los tranvías de ustedes no han marchado nunca tan bien como ahora. No hablo como viajero, sino como hombre de negocios. Las acciones acaban de cotizarse a la hermosa suma de 10.000 dólares. Precisamente yo tengo disponibles 10.000 dólares... (El presidente se sorprende). Pues, véalos... Deseaba conocer a usted para manifestarle que antes de esta noche, me permito el placer de anunciárselo, podrá usted añadir mi nombre a la lista de sus accionistas.

El presidente del consejo de administración de la Compañía de los Tranvías Neoyorkinos, se puso ilvido.

—¿Qué dice usted?... ¿Qué dice usted?—balbuceó. — ¿Usted, Tremlett, se propone comprar una acción de nuestra Compañía? ¡Eso es horrible! ¡Eso es espantoso!... En tal caso estamos perdidos... ¡Jamas nuestros tenedores cobrarán el más mínimo dividendo.

Un cuarto de hora después el presidente de la Compañía de los Tranvías Neoyorkinos entregaba a Tremlett un cheque de 100.000 dó-

lares. Al mismo tiempo le ofrecía una pluma para que pusiera su firma al pie de un contrato debidamente inscripto en papel timbrado, por virtud del cual se comprometía a no adquirir jamás, jamás, jamás, la menor acción de la Compañía General de los Tranvías Neoyorkinos.

Tremlett se retiró a su domicilio.

Al siguiente día, después de haber guardado en su cartera los 100.000 dólares, tomaba el primer tren que partía para Chicago.

Apenas hubo llegado trasladóse al domicilio de la Standard Oil Company, e hizo pasar la tarjeta al presidente del consejo de administración que, como todo el mundo lo sabe, es sir John Rockefeller.

—Sir John Rockefeller — le manifestó Tremlett, — dispongo de 100.000 dólares y vengo a hacerle una visita cordial pues me propongo...

Se calcula que la fortuna que actualmente posee J. K. L. M. N. O. P. Tremlett, excede de 1.627 millones de dólares.

Y no ha cumplido aún cuarenta años.

**SOLICITENOS
HOY MISMO**

UN CREDITO.
COMPRARA CON EL TODO LO QUE NECESITE Y
NOS LO PAGARA

EN 10 MESES.

LOS SABADOS nuestra casa permanece abierta TODO EL DIA

A.CABEZAS

SARMIENTO ESQ. SAN MARTIN (BUENOS AIRES)



En los comienzos de 1874, manteníanse vigorosas las tres candidaturas presidenciales, a la que se había agregado una cuarta: la del doctor Manuel Quintana, auspiciada por un núcleo de amigos políticos disgregados del partido Nacionalista. Mitre y Alsina continuaban acumulando elementos. El primero obtuvo la valiosa adhesión de Santiago del Estero, cuyo gobernador, Taboada, era su incondicional partidario. Alsina recibió una extraña adhesión: la del caudillo López Jordán, en armas aún contra el gobierno nacional, del cual Alsina era vicepresidente. Trabajaban febrilmente en la conquista de adeptos, pero descansando en la seguridad de que la preponderancia en Buenos Aires era el éxito seguro en toda la nación. Mientras tanto, los hombres más espectables de las provincias se congregaban en torno a la candidatura Avellaneda, que fué proclamada con entusiasmo en las ciudades mediterráneas y traída en triunfo hasta Buenos Aires, donde contaba de antemano con el concurso de la juventud estudiosa y una parte no despreciable de la opinión popular. Avellaneda realizó una jira de propaganda electoral por algunas provincias, recogiendo innumerables adhesiones. Era la primera vez que un candidato a la presidencia de la República iba fuera de la capital a exponer su programa de gobierno, sus ideales, sus propósitos, y fué, en consecuencia, una jira triunfal, puesto que a los prestigios de su nombre y de su obra ministerial añadía la influencia de su magistral oratoria.

Pronto pudo observarse que las mayores probabilidades estaban de parte de Avellaneda, aunque éste comprendió que, a pesar de contar con la opinión y el voto de diez provincias, era indispensable atraerse el apoyo o por lo menos la aquiescencia de Buenos Aires, para que su futuro gobierno pudiera desenvolverse sin tropiezo. A su vez Alsina, comprendiendo que su partido difícilmente saldría triunfante, buscó un acuerdo con Avellaneda y celebró con él una conferencia a tal efecto. Los hombres que actuaban en ese entonces en la política creye-

Triunfo electoral de Avellaneda

Por Ismael Bucich Escobar

(Del libro «Vida de Nicolás Avellaneda», recientemente publicado)

El *Círculo de Avellaneda*, ha laureado con el primer premio la obra de este escritor, titulada «Vida de Nicolás Avellaneda». Es un estudio terminado y brillante del eminente tribuno, cuya figura culminó en el escenario de nuestra historia.

Ya en sus anteriores publicaciones, el señor Bucich Escobar puso de manifiesto sus bellas cualidades de historiador. En su libro «Historia de los Presidentes Argentinos», metódicamente tejido, ha profundizado con certeza la modalidad de nuestros presidentes, sin caer en el diti-rambo ni menos en la crítica mordaz y pesada.

En «Don Torcuato», hace resaltar con acierto la personalidad del primer Intendente. Es una semblanza escrita con criterio y con un estilo sobrio y elegante.

Pero, no solamente se puede juzgar la personalidad de Bucich Escobar, desde el punto de la historia, sino también como escritor ameno y excelente pintor de costumbres. Su libro «Buenos Aires, Ciudad», es un conjunto bello de observación. Son cuadros de vida porteña, a los cuales ha unificado el pen-



samiento y la emotividad, y por último, su producción «Este era un buey», girones camperos, con un sabor agreste, nos demuestran al literato que ha sentido el beso del sol en pleno campo, y se ha compenetrado de la rudeza del labrador, bajando al

fondo de su espíritu claro y sencillo.

Su último volumen, «Vida de Nicolás Avellaneda», del cual insertamos un capítulo, es un libro de tesis. No ha escapado a su espíritu observador la personalidad del gran político, y en sus observaciones con-

vincentes, pinta con colores propios y con la exactitud peculiar, la vida del tribuno, algunas anécdotas y hechos y entrevistas con hombres de aquella época. Confiamos en que los ulteriores libros que prepara el señor Bucich Escobar, tendrán el mismo caudal de espiritualidad y observación que los que hemos apuntado, y no dudemos que en estos tiempos en que todo lo absorben los deportes, los volúmenes que encierran la poesía de sus pueblos o marquen la vida de sus hombres preclaros, son los destinados a perdurar.

F. B. VISILLAC.

ron que para celebrar el pacto, Alsina exigiría importantes ventajas en el gobierno, como ser: la imposición de su candidatura para el subsiguiente período, el cambio de situación en varias provincias o la mayoría de los ministros.

Al terminar la famosa conferencia, algunos amigos abordaron a Avellaneda, y según los recuerdos de su antiguo secretario, el doctor Manuel Marcos Zorrilla, se produjo entonces este diálogo:

—Está todo arreglado, — dijo el doctor Avellaneda.

—¿Qué le ha pedido? — preguntaron algunos de los presentes.

—Nada, — contestó.

—Y usted, ¿qué le ha ofrecido? — volvieron a preguntar.

—Nada, — replicó nuevamente Avellaneda.

Hubo una mirada general de estupor, que equivalía a una ansiosa interrogación.

—Nos hemos comprometido a reunir nuestros esfuerzos y todos los elementos de que podamos disponer, a fin de hacer el mejor gobierno posible al país — dijo el doctor Avellaneda. — Este ha sido el pacto — agregó después con una profunda emoción que no pudo disimular. Algunos años más tarde, en un discurso al pie del monumento que la gratitud nacional erigió a Alsina en Buenos Aires, el propio Avellaneda habría de ampliar la referencia sobre este episodio de la elección presidencial: «Hay un pacto, gritó la maledicencia. Era falso. No había sino una abnegación.»

En efecto, fué aquél un convenio político desprovisto de todo interés personal y realizado con la vista puesta en el bienestar de la nación. En tales condiciones, un poco antes de los comicios, ambas fuerzas políticas proclamaron una fórmula única que encabezaba Avellaneda e integraba el doctor Mariano Acosta como candidato a vicepresidente.

La elección se verificó el 12 de abril de 1875, de acuerdo con el voto indirecto, correspondiendo a Avellaneda 155 electores sobre un total de 224 de que se formaba el Colegio Electoral, sufragando 79 por el general Mitre. Respondían a Avellaneda los electores...

LA DEUDA

Por R. Bringer

¡Qué delicioso muchacho era Zidouret!

Me parece que nunca os he hablado de Isidoro Panard, de Gonfle Boufique, más conocido por el nombre cariñoso de Zidouret. Les ruego me perdonen por este olvido, y como esta semana le ha ocurrido algo chusco, aprovecho la ocasión para presentároslo.

Zidouret no ha querido nunca hacer nada. Como heredase de sus padres unos cuantos bienes muebles e inmuebles, los fué dilapidando insensiblemente en opíparas comidas, en alegres excursiones y en animadas partidas de bolos al aire libre en los días de sol, y de billar y dominó en el café los días de lluvia. Todo esto y el vino y la cerveza eran cosas que le agradaban más que el trabajo.

Ahora, sin dinero, cuando tiene una apremiante necesidad económi-

ca, en vez de perder el tiempo en trabajar para satisfacerla, prefiere pedir prestado. Y como Zidouret es hombre conocido y muy estimado en el país por su ingenio y buen humor, siempre encuentra un alma buena que accede a adelantarle algunos pesos.

Zidouret agradece el servicio, y como la gratitud es flor de un día, no tarda en olvidarlo, con lo cual excusado es decir que nunca llega para el acreedor la fecha de la devolución.

Pero hace algún tiempo, el señor Pastiflot tuvo la debilidad de prestar a Zidouret 20 pesos, y como éste no se los devolviese, a pesar de habérselos reclamado repetidas veces, al señor Pastiflot se le metió en la cabeza cobrarle aquella cantidad costase lo que costase.

El domingo pasado, a la salida de misa, todo Gonfle Boufique estaba en la plaza donde había reñidas partidas de bolos. En una de ellas tomaba parte Zidouret. El señor Pastiflot se le acercó, y bastante brutalmente le dijo en presencia de los demás mozos:

—Pero Zidouret, ¿cuándo me vas a devolver esos 20 pesos que me debes? Si es un olvido, ahora te lo

recuerdo, y si es que no quieres pagarme, te advierto que yo he de cobrarme sea como sea, aun siendo a palos.

Al oír esta amenaza, Zidouret se encogió de hombros desdefiosamente, y contestó:

—Todo eso es conversación, señor Pastiflot; se habla mucho, y luego... nada.

No acabó la frase. Pastiflot, que es hombre corpulento, y al que pronto se le sube la sangre a la cabeza, inició la ofensiva con un soberbio puñetazo en la cara de Zidouret, que dió con su dueño en

tierra. Luego, para levantarlo sin duda, le aplicó tal puntapié, que le envió rodando a más de diez metros.

Todo el mundo creyó que estaba muerto. Se precipitaron para levantar el cadáver. Pero Zidouret ya estaba en pie, y después de sacudirse el polvo de la ropa y del sombrero exclamó, arreglándose la corbata:

—¡Ya está usted pagado, señor Pastiflot! ¡Porque supongo que después de lo ocurrido no tendrá usted el mal gusto de reclamarme esos miserables 20 pesos!

RESTAURANT PEDEMONTÉ
CASA FUNDADA EN 1890
LA MEJOR COCINA
LA MEJOR BODEGA
TE CONCERT Y DINER
CONCERT. TODOS LOS DIAS
RIVADAVIA 619 CASI ESQ. FLORIDA

El fanal vacío

Por Sara Insúa

Mi vecina y yo habíamos llegado a ser grandes amigas. Era una mujercita pálida, leve, de andar casi ingravido, de mirada clara, de sonrisa mística y de edad indefinible. Inteligente y simpática—de una simpatía poco ruidosa y tal vez por lo mismo más atrayente,— se hacía grata su compañía. A su lado se experimentaba una sensación de paz, de serenidad, como si la dulzura de su voz y los suaves ademanes de sus manos tenues alejasen y calmasen la eterna tormenta interior.

Su casa—que formaba rudo contraste con la mía, un poco bohemia—semejaba una casita encantada. Sobre los pisos bruñidos parecía no haber pisado nunca un pie humano, y los mios rozaban sobre ellos con el temor de quebrarlos. En las paredes, pintadas de colores claros, no se veía ni un rasguño, ni una manchita, ni la huella de un clavo. Los cortinajes caían en pliegues simétricos, rígidos, como tallados en madera. Los muebles, sin una mota de polvo en las molduras ni una arruga en las telas, recordaban esos moblajes de casas y palacios antiguos que nunca han sido usados.

Sin embargo, con su apariencia de deshabitada, la casita de mi amiga me atraía. Flotaba en toda ella aquel hálito de extraña paz que se desprendía de su dueña. A mí me parecía que en el alma de mi amiga faltaba algo; pero algo que a mí y a todos los demás mortales nos molesta, nos angustia, nos roba la paz: esa serenidad que llenaba la casa y el alma de mi amiga.

Yo no había visitado todo el piso. Conocía el vestíbulo, el comedor y el saloncito. Un día expresé el deseo de ver las otras habitaciones, "por comprobar — dije — si la distribución era igual a la de las mías".

Mi amiga, con su paso de sílfide, me guió, primero a un gabinete en el que ni un alto armario de caoba, ni un primoroso escritorio maquizado, ni un lindo costurero de mimbre que se enfrentaban con una *bergère* hacían pensar en que aquella fuese la habitación íntima de una mujer todavía joven. De allí pasamos a una alcoba reducida, blanca y dorada como un camarín. El alto lecho de bronce, vestido de malla, sobre viso de seda blanca, tenía grandeza de solio y pureza de altar. En la cabecera, un crucifijo extendía sus brazos de marfil. Sobre la mesa de noche, un Sagrado Corazón se mostraba, inflamado. Y al lado izquierdo del lecho, en una repisa de laca adosada al ángulo de la pared, en su peana de ébano, un fanal vacío.

No pude contener mi curiosidad:

—¿Y el santo de esa urna? — pregunté a mi amiga.

Sonrió con su sonrisa mansa.

—¡Ah!, eso tiene su historia...

Y como yo la solicitase con los ojos, continuó:

—Era un precioso San Antonio de talla, que me regalaron cuando tenía diez y siete años... Como usted sabrá, es el santo abogado del amor, y se dice que su protección es infalible si la gracia se le pide a una imagen robada. ¿Comprende usted? La muchacha que desea un novio roba un San Antonio y lo tiene en su poder hasta que le ha hecho el milagro. Entonces lo restituye... Yo tenía una porción de amiguitas casaderas, y como a una se le ocurriese robarme el santo para probar y le saliese bien la prueba, las otras siguieron el ejemplo. Mi santo desaparecía y reaparecía en su fanal sin que yo me diese cuenta de nada — eran hábiles mis amiguitas — y sin cansarse de hacer milagros. Todas las *ladronzuelas* fueron casándose, hasta que quedé yo sola soltera, precisamente la propietaria de la milagrosa imagen. Pero la última de mis amigas que se casó no me la había devuelto.

—Está visto — me dijo — que tu San Antonio no escucha las súplicas legales. Tienes tú también que robarlo para que te haga el milagro. Así es que aquí se queda. Yo lo considero mío hasta que tú sepas burlar mi vigilancia.

Me hizo gracia la proposición de mi amiga, y no hice valer mis derechos sobre la imagen. Allí se quedó. Y... allí está... No sé qué extraño sentimiento me impidió realizar aquel sencillo acto de gracioso fraude. No era que yo no deseara casarme: me habría gustado tener una familia, después de mis padres, que me dejaron pronto; era... que iba pasando el tiempo y yo no sentía el deseo ni la necesidad de ir a hurtar mi santo. Miraba su fanal vacío, le rezaba un padrenuestro y esperaba que él me inspirase el deseo de rescatarlo... Y, ya le digo, allí está. Le veo cuando voy a visitar a mi amiga y ella me dice: "Aun estás a tiempo,

mujer". Pero allí sigue el santo. Espero a que me lo devuelva cuando sus hijas lleguen a la edad de casarse, para que ellas me lo roben de nuevo.

Mi amiga dejó de hablar y pasó de mí al fanal vacío, su mirada blanca y su sonrisa suave.

Entonces comprendí. Lo que faltaba en el alma de mi amiga, dejándole, en cambio, aquella inalterable serenidad, era la angustia del amor. Lo que no había en la atmósfera sedante de aquella casa era la inquietud del amor. Mi amiga no había amado, mi amiga no había sentido la necesidad de amar. Ignoraba lo que es amor... Pero ¿era dichosa? Escudriñé en sus ojos. Sus pupilas claras me parecieron de cristal; por un singular efecto de espejismo, toda ella me pareció de cristal. Y un instante, su cuerpo menudo y ligero, me pareció un fanal vacío...



Magnífica bebida de mesa...

Tres valiosas cualidades distinguen a la Malta Palermo como una excelente bebida de mesa:

Sus valores nutritivos naturales: sus propiedades tónicas de la sangre y de los nervios, y su fácil asimilación y digestión. Los beneficios que reporta al organismo este gran reconstituyente natural son tan notorios que los médicos más eminentes la recomiendan en especial manera a las personas de estómago delicado, a los nerviosos y debilitados y a los ancianos.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A.
BUENOS AIRES



Fijese bien en la tapa corona, no es MALTA sino lleva la inscripción MALTA PALERMO, con letras blancas sobre fondo colorado.

Publ. P. A. Wiedner

Hablemos de Zogóibi

Por Rafael Ruíz Lopez

Mejor que hablar, hay que escribir algo sobre "Zogóibi"; hablar se ha hablado ya bastante en corrillos literarios, en las redacciones de los periódicos, en las oficinas. Y hemos oídos justos y calurosos elogios y casi simultáneamente críticas muy pedantescas. Muchos, — acaso los que, con pesar, encontraban más bella la obra, — se resistían a confesar que "Zogóibi" es una gran novela, y se entregaron a la tarea de contar las comas y las erratas. Y lo más chusco del caso es que no podían dar la razón de por qué holgaba una coma ni adónde estaba de más o de menos... ¡Ah! sí: se ha hablado mucho de "Zogóibi"; pero se ha escrito muy poco, sin duda, porque nadie ignora que la palabra hablada muere, como un eco, y la escrita prevalece y puede tener alientos de eternidad.

A pesar de todo, triunfo definitivo y resonante fué el alcanzado por don Enrique Larreta con motivo de la publicación de su novela. En menos de dos semanas se agotaron dos ediciones de doce mil ejemplares cada una. Antes de que se pronunciara la crítica, y sin aviso apenas, el público entró en la obra, la leyó y la encontró buena. De paso, los libreros se quedaron sin un ejemplar de "La Gloria de Don Ramiro". En las librerías, en los círculos, en los cafés, en trenes y tranvías, no se habló de otra cosa en los meses transcurridos desde la aparición de "Zogóibi"; el nombre de Enrique Larreta era pronunciado con elogio; su libro estaba en todas las manos, en todas las charlas, en todas las inteligencias, en todos los corazones. La gente estudantil de ambos sexos se disputaba la novela y la comentaba con entusiasmo; cada ejemplar contó con veinte lectores diferentes.

El público no tuvo paciencia para esperar la tercera edición de cuarenta mil ejemplares que anunciaba la casa editora y que acaba de ponerse a la venta. Cuando se agotó "Zogóibi" por segunda vez, hasta los más escrupulosos y aprensivos pedían el libro prestado: los lectores se multiplicaban y el comentario público decía:

— ¡Qué bien escribe este Enrique Larreta! ¡Con qué claridad presenta las cosas! A medida que se lee, los personajes toman cuerpo, se destacan, viven... ¡es como tenerlos delante!

En realidad es así; raro es el novelista que ha pintado un personaje con tanta exactitud y tamaño realidad, ni con tan pocas palabras: el P. Torres queda profundamente grabado en nuestra imaginación en la primera página. La presentación que hace Larreta de Dolores, una de las tías de la protagonista, es vigorosa y magistral. Para que la veamos bien, le basta con decir: "Era la alta, la flaca, la altiva, la autoritaria". A veces, con un rasgo, al parecer sencillísimo, da a conocer un carácter, como el de la abuela de Zogóibi, Misia Adelaida, que le refiere al nieto las minucias del pasado, "bajando mucho la voz y mirando hacia las puertas". Otras, de un plumazo presenta tres tipos: los Colombo por ejemplo, bajos y membrudos: "Son tres hermanos, de esos hermanos repetidos, que con uno solo hubiera bastado". Lo mismo que en la presentación de personajes, en las des-

cripciones del paisaje, los aciertos pueden contarse por docenas.

Y por ser así, libro tan bien escrito, tan claro y tan humano, puede explicarse el éxito de "Zogóibi", a pesar de que la prensa, en gene-

obra literaria que era, y es, un brillante exponente de nuestra cultura, aquí donde se dedican páginas y más páginas a sucesos que carecen de la más remota trascendencia.

són, con la fe y con el entusiasmo del que sabe que se debe a su obra. Y su labor no fué cosa fácil y para cualquiera. En primer término ha tenido que luchar con la poca abundancia de tipos, con la pobreza del paisaje, con la casi carencia de elementos. Su mayor empeño al escribir una novela argentina, fué, sin duda, encaminado a la voluntad de apresar, para que más tarde sirva de documento, algo fugitivo, algo que tenemos, pero que se nos va irremisiblemente. Porque el progreso, el atronador maquinismo, barre la Argentina tradicional. La estancia ha ido perdiendo sus acentuadas y fuertes características.

El ambiente que nos pinta Enrique Larreta con mano maestra, ha debido extrañar a los que esperaban una novela campesina en la que sólo debían moverse los tipos fuertes y rudos de antaño. Los personajes de "Zogóibi", casi en su totalidad, son gentes de alto rango, de esas que viven en la estancia, como pudieran vivir en Buenos Aires o en París...

Para juzgar la nueva obra del genial autor de "La gloria de don Ramiro", hay que no perder de vista, como hemos apuntado ya, que el maquinismo va haciendo de nuestro campo algo desdibujado, incoloro, confuso, y que Enrique Larreta, en un trabajo prodigioso de observación y de síntesis, ha logrado arrancar de esa nada una novela espléndida, emocionante, llena de verdad humana; una novela documental, rebosante de vida y de pasión y realizada a maravilla, por el arte supremo de su lenguaje copioso, expresivo, claro y fluyente.

Dado el sólido prestigio de que goza don Enrique Larreta como novelista genial, nada nos sorprendería saber que hubiera tenido un momento de temor al lanzarse al público con un libro nuevo, trabajado con tanto cariño, como no sería de extrañar tampoco, que le haya servido de satisfacción íntima, más tarde, la circunstancia de que la prensa no se deshiciera en elogios; porque, pese a la crítica, o mejor dicho, pese al silencio de la crítica, el éxito de "Zogóibi" no ha podido ser más resonante y más claro, y a él no ha contribuido ni la propaganda excesiva ni los elogios periodísticos.

Así don Enrique Larreta debe convencerse, estará convencido, sin duda, de que el triunfo de "Zogóibi" le corresponde a él por entero; a él como novelista insigne y como artista genial. Puede, pues, estar muy satisfecho de que le dejaran solo ante el público en el momento decisivo; nunca la prensa pudo prestarle mayor servicio, ya que con su mesura ha disipado las nubes que pudieron empañar el triunfo, en su fuero interno, haciéndole dudar de si éste era debido a la bondad de la obra y al prestigio del artista o a los ditirambos de los amigos.

El público ha saboreado la obra, la ha juzgado y la encontró inmejorable, sin esperar los juicios de la crítica, y éste es un dato muy elocuente y muy consolador además; porque denota que hay lectores entre nosotros, más lectores de lo que pudiéramos sospechar; lectores inteligentes que saben buscar y encontrar la obra de arte, sin necesitar mentores que se la indiquen.

El que prueba
una vez nuestro
CHOCOLATE
GODET
EXTRA (PAPEL BRONCE)
es nuestro mejor pro-
pagandista, su sabor
convence a los mas
delicados paladares.

DANIEL BASSI & Cia
B. MITRE 2548 54 B. S. Aires

ral, tardara demasiado en dar noticia de la obra; y cuando lo hizo no estuvo ni muy entusiasta ni muy generosa en el elogio. Dijérase que se había abrigado cierto temor de dar excesiva importancia a una

Afortunadamente, no por eso deja de ser "Zogóibi" una novela magistral, uno de esos libros que marcan época. Don Enrique Larreta, refinado y exquisito, alma y corazón de artista, ha trabajado con el te-

LA HECHICERA

Ganaba una hechicera su dinero apartando la mala ventura de la persona y de la casa de muchos tontos. Acusada, sin embargo, de hechicería, juzgóla el tribunal y la condenó a muerte. Uno que había tomado sitio cerca del suplicio, exclamó:

— ¿Cómo es que tú podías apartar de la persona de los otros la ira de los dioses, y no has podido apartar de la tuya la ira de los jueces?

A lo que la hechicera respondió:

— Es que los jueces no son tontos.

El castillo de lo inconsciente

Por Amado Nervo

El Castillo de lo Inconsciente yérguese sobre una roca enorme, aguda y hosca, rodeada de abismos. Entre la roca y la montaña vecina, derrumbase el agua torrencial, que luego se arrastra, allá en el fondo lóbrego...

Su estruendo se oye de lejos, sordo y hasta apacible, y sus espumas, fosforescentes desde la altura, se adivinan en las tinieblas.

Por dondequiera, como una guardia de honor de la roca, levántanse agujas ásperas, dientes pétreos y se erizan matorrales de espinos.

Pero en las noches de luna, con qué arcano prestigio radian en lo alto, los vitrales del castillo divino en que mora la Paz...

Sólo pueden escalar su morada eminente los que han consagrado en todos los colmillos rocosos, los que se han herido en todos los espinos...

Yo era de éstos. Yo merecía habitar en la mansión del Sosiego, y una noche apacible, guiado por el celeste faro lunar, emprendí la ascensión al castillo.

Sobre una robusta rama inclinada, atravesé el torrente. Varias veces el vértigo estuvo a punto de vencerme. La corriente rabiosa hubiera destrozado mis miembros; la colérica espuma me habría cubierto con su ribada y trémula blancura...

Pero yo miraba a lo alto, al castillo que mansamente se iluminaba en el picacho gigantesco, y una gran esperanza descendía hasta mi corazón y me daba aliento.

Salvado el abismo, hube de escalar la roca.

Por fin la puerta se abrió dulcemente y una figura pálida, envuelta en un manto blanco, apareció en el umbral.

—La paz sea contigo — me dijo. — ¿Qué buscas aquí, extranjero?

—Ese don santo que acabas de desearme — le respondí: — la Paz.

—¿De dónde vienes?

—De lo más hondo de aquellos abismos — le señalé con un amplio gesto la perspectiva lejana. — He sangrado en todos los espinos... Me he desgarrado en todas las rocas... Conozco el filo de todos los guijarros.

—¿Sabes lo que encontrarás aquí?

—El paraíso del no pensar...

—¿No te asusta la inconsciencia?

—La ansío. Allá abajo, las breves horas de sueño eran mi bien único...

—Tus más bellas ideas; tus más luminosas imágenes se extinguirán para siempre. Nunca más sonará en tu oído la deliciosa armonía de las rimas; nunca más el choque de los conceptos vibrará en tu cerebro. Tu memoria no correrá ya sus telones de luz amable o trágica... Será como si te hubieses bañado en el Leteo; como si gustases la flor del olvido en la isla de los Lotófagos...

—Eso quiero.

—Los seres que amaste no vivirán ya en tu recuerdo su vida vagarosa de fantasmas...

—Los enterraré para siempre.

—Ni siquiera te acordarás de tu nombre: tu personalidad naufragará eternamente en este océano de la total amnesia.

—Pero seré feliz.

—Lo serás; pero sin saber que lo eres, sin darte cuenta de tu suprema ventura... Esta es la divina ciudad del Nirvana de que habla el Buda. Este es el albergue del silencio inferior; éste es el sosegado sueño del yo. Aquí toda individualidad se diluye como la gota de agua en el mar... Aquí el maya tenaz desaparece: aquí todo es idéntico como el Todo; la relación de tu ser con el Universo acaba... El ser y el no ser son una misma cosa... Aún es tiempo; vuelve a pasar la explanada y desciende hacia el dolor, que hiere y maltrata, pe-

ro individualiza... Baja hacia el torrente; arrástrate de nuevo entre las rocas. Duro es el arrastrarse, pero quien se hace mal eres tú; mientras que aquí el bien nos satura, pero tú ya no existes. En el Bien estás, mas el Bien no está en tí...

...¡Vacilé! Oh mísero apego al yo; cadenas que nos ligas con tantos eslabones al mundo de la ilusión: fuiste más fuerte que el anhelo de paz...

...El hombre blanco notó mi vacilación. Incliné melancólicamente la cabeza; fué cerrando con suavidad la puerta... la puerta que da acceso al divino ignorar... y me dejó allí, solo con la luna...

Torné a bajar hacia el torrente...

Más duro era el descender que había sido el subir. Los filos de las rocas herían con mayor encono.

La luna descendía ya como un Dios triste, aureolado de plata, hacia su ocaso.

Allá, en lo alto, cada vez más en lo alto, los vitrales del castillo brillaban misteriosamente...

Con la herida y ensangrentada diestra, envié un supremo beso de amor y de dolor a la morada excelsa, al paraíso perdido...

Y heme de nuevo en la orilla del torrente. Heme de nuevo entre los espinos. Heme de nuevo en el hosco valle del Pensamiento y del Dolor.

Sensación

¡Oh, voluptuosidad, esta, la de acostarse sobre las hierbas, bajo el claro cielo, y quedarse con los ojos inmóviles y las manos cruzadas sobre el pecho, y sentir la humedad de la tierra en el cuerpo, y soñar, y pensar, y convencerse de que uno está, sobre los campos,

[muerto!

Alfredo R. Bufano.



demasiado sol, demasiado aire
demasiado ejercicio....

Viene entonces un desagradable malestar, luego una sensación de agotamiento y por último, ¡paú! sentimos uno como estallido en las sienes y el dolor de cabeza hace su aparición. ¡Adios alegría! ¡Adios juego! ¡Adios bellos proyectos! ... En un caso así es precisamente cuando la

AFIASPIRINA

constituye una verdadera bendición. No sólo alivia en pocos momentos el dolor de cabeza, sino que normaliza la circulación, restablece el equilibrio nervioso y levanta las fuerzas. Por eso y porque no afecta el corazón se le considera como "el analgésico de los deportistas".





Caso extraordinario el de este joven poeta que nació en Colombia, recorrió los tres continentes de nuestra América para detenerse en Buenos Aires.

Su primer libro "La Voz Obsesionante", aparece en San José de Costa Rica con muchas poesías fechadas en Nueva York. Es un libro triste, que revela un espíritu errante y melancólico. Carmen Lira, la fina escritora de "Los cuentos de mi tía Panchita", ha prologado "La Voz Obsesionante" con una página intensa como todas las suyas. Después de comparar la infancia de Uribe con un pasaje de Hartley Coleridge, el tierno e infantil poeta inglés, dedica a Uribe estas palabras:

"Muchas veces me pregunté al verlo sumido en su taciturnidad: ¿Qué abuelos cuya carne es hoy polvo, son los que han venido a atormentar este espíritu en flor, con el dolor de sus ilusiones no realizadas, con los racimos de capullos vacíos en donde se formaron las alas de sus esperanzas, con su ansia de escudriñar el misterio de la Vida y del más allá, con su sed de amor no saciada y su dolorosa desconfianza en el comercio con los hombres. ¿Qué rey Salomón ya viejo, hastiado de todas las voluptuosidades gime en lo hondo de esta conciencia y la hace llorar por pecados no cometidos y sentir cansancio por una existencia no vivida, retorcerse de ardiente inquietud y prorrumpir en lamentaciones en las cuales suspira el "Vanidad de vanidades y todo vanidad" del sabio rey epicúreo?

En seguida, Carmen Lira insiste en otra comparación romántica:

"Eduardo Uribe hace pensar en el Adolfo de Benjamín Constant: es la misma timidez, el mismo afán cruel de análisis, de soledad y de muerte. Probablemente más de una vez ha pensado lo que el otro escribiera: "No tenía odio contra nadie, pero pocas personas me inspiraban inte-

Poetas americanos EDUARDO URIBE



rés". "No me encontraba a gusto sino solo, y tal es, aun hoy, el efecto de esta disposición de alma, que, en las circunstancias menos importantes, cuando debo escoger entre dos partidos, la figura humana me turba y mi movimiento natural es huir de ella para deliberar en paz".

Los dos párrafos transcritos de Carmen Lira, son exactos. En Uribe se advierte escondida la herencia de aquel grande y atormentado escritor que fué su padre, don Juan de Dios Uribe, el más fuerte prosista de América, según Unamuno y Sanín Cano. Sólo que los años y la vida errante han apagado su voz de poeta, convirtiéndolo en elegía la primitiva lamentación.

"De los versos más dulces pueden salir las hachas", dice en "Las Barcas". Enrique Banchs y el nuevo libro que Eduardo Uribe acaba de publicar en Buenos Aires, lo comprueba una vez más.

Hay en las páginas románticas de "Atisbos" más de un verso que:

una sonrisa pone en el labio del hacha.

Porque Eduardo Uribe, no obstante su estro romántico, o tal vez a causa del mismo, es un silencioso combatiente.

Su estada en Buenos Aires le ha sido de gran provecho, en medio de la indiferencia de todos. Su próximo libro "El Negro del Jazz Band", nos revelará su visión de las cosas locales y vanguardistas. Uribe ha sabido ver muy bien el histrionismo que corre de Florida a Boedo y de Boedo a la avenida Quintana... Pero en tanto aparezca este nuevo libro de Uribe, publicamos unas cuantas composiciones extraídas de "La Voz Obsesionante" y de "Atisbos". Esta última obra está dedicada al Colegio Internacional de Olivos, en la persona de su director don Francisco Chella. A la generosidad del señor Chella, el poeta Uribe debe la publicación de "Atisbos".

ACASO YO SEA...

Acaso yo sea tan débil y esquivo
porque diariamente paso pensativo.

Poco tiempo incluyo para el ejercicio,
más tiempo me absorben el dolor y el vicio...

Yo soy un noctámbulo poeta errabundo
vagamente iluso, triste, vagabundo,

Me excita odio acerbo los actos mezquinos
de la burguesía plena de cretinos.

Por igual desprecio
a los mercaderes tanto como al necio;

y siento congoja suave y pasajera
ante el sino austero de toda ramera.

¡Pobres almas bajas, sois en la bohemia,
lámparas cargadas de tisis y anemia!

Adusto, severo,
viviendo yo muero:

pues nada es más triste ni más torturante
que vivir la vida con alma expectante...

A UN ARBOL

Arbol, tu vida envidio: contextura salvaje
hay en tu tronco y fina labor en tu follaje:

¡Oh! símbolo precioso de pujante energía,
tus ramas verdecidas son torres de armonía

cuando en claras mañanas de sol cantan las
sonatas misteriosas en misteriosas claves.

Enhiesto desafías al ogro torbellino:
¿qué fuerza humana atrevese repeler su destino?

Arbol, airoso yergues tus melenas hirsutas
y ubérrimo prodigas a las aves tus frutas;

superas con tu ejemplo toda misión humana:
floreces, das simientes... y si acaso mañana

que tales codiciosos burgueses la montaña,
tus leños agostados, el hombre en su cabaña

mirará con asombro tu materia encendida
donde la llama, acaso, sea tu alma en huida.

GRIS

Se perfila a lo lejos la montaña
entre la bruma de la tarde triste,
y como enorme y densa telaraña
todo de negro por igual reviste.

La ciudad permanece arrebuja
en la hopalanda gris de la neblina:
tal una monja a la oración confiada
cuya mística frente al suelo inclina.

Mi barrio con sus calles solitarias
viste el fúnebre traje de un convento,
y simulan el eco de plegarias
las hojas arrastradas por el viento.

LA CANCIÓN QUE YO CANTO

La canción que yo canto y que divulga el viento,
esparce por la vida júbilo y sufrimiento...

Ella es culta y salvaje, turbulenta y serena.
Como mi vida es ella: no sé si será buena...

Estremecida sufre, lúgubre y desolada,
y se retuerce, ardiente, como una llamarada.

Es el hondo deseo, necesidad, urgencia,
de aprisionar, fielmente, el matiz, la cadencia

con que se desenvuelve mi emoción interior;
es imagen, es música: yo soy sólo el cantor...

A veces lleva un eco de ese ritmo infinito
de alegría que el Hombre jamás deja transcrito.

O su dolor es tal—agobio del vivir,
tortura de lo ignoto—que mucho hace sufrir...

Los triunfos del amor no exalta mi canción,
que al desnudo jamás exhibe el corazón...

La canción que yo canto es apenas oída,
se pierde en los caminos: fútil soplo de vida...

Pasará muchas veces sin que nadie la entienda,
y alguno ha de increparla porque quizá le
ofenda.

NO TE DETENGAS

No te detengas, Caminante,
en actitud de compungido,

quien te mire dirá al instante:
es un vencido.

Sigue no más, sigue adelante,
sin proferir fútil gemido;
y cada vez más arrogante
y decidido.

Aunque tus pies, en llaga viva,
te martiricen, no te avengas
a descansar,

porque el descanso es progresiva
inclinación al fracasar...
¡No te detengas!

OPTIMISMO

Puesto que vamos por el mundo
forzoso es ir sin amargura.
¡Entristecido vagabundo:
vivir es goce, es aventura!

Conserva el gesto más jocundo.
Tu afán no sepa de medida.
Y no razones ni un segundo
porque comienza tu tortura...

¡Oh, la vida no se resiste
sin inquietud, sin emociones:
la placidez es cosa triste!

¡Oh, que el Dolor jamás te venza:
contra las tristes tentaciones
pon tu canción como defensa!

EL REGRESO

Venía de muy lejos
el Alma, aquella noche.
Ella partió fogosa de alegría.
Ya de regreso está muy taciturna.

El corazón inquiere los motivos
de tan súbito cambio, pero el Alma
con desdén corresponde
en tremendo silencio...

Todo viaje nos colma de entusiasmo
porque vamos de cara a lo imprevisto,
mas al poco viajar todo es lo mismo
y el cansancio nos torna pensativos.
Por eso es el regreso silencioso...
Venía de muy lejos
el Alma, aquella noche...

(De "Atisbos".)

Después de enviudar, era la tercera vez que Susana Chartrain se dirigía a casa de su amigo. Delgada y ondulante bajo sus velos de duelo, con su adorable tez de rubia un poco rosada por la marcha, subió los tres pisos que conducían al departamento de León Soudry, el rico anticuario de la calle de los Capuchinos.

Pero en el instante de ir a tocar el timbre cambió de parecer. Abrió su cartera y sacó una admirable y frágil estatuita india por la que su marido pagara una suma considerable, siguiendo uno de sus caprichos de "amateur" de arte que a menudo testimoniaban el éxito de sus operaciones de Bolsa. Susana examinó un instante el "bibelot", mirando con curiosidad aquel buda sin expresión y sin valor para ella, y del cual había resuelto deshacerse aquella misma mañana a consecuencia de graves revelaciones de su cuñado.

Como persona habituada al lujo y que no entiende nada de negocios, siempre había creído que a la muerte de su marido sería dueña de una gran fortuna... Pero ahora la situación era bien diferente; así lo establecían irrefutablemente las cifras suministradas por el notario...

Susana Chartrain quedó abrumada por aquel nuevo golpe de la suerte, que ya había sido cruel con ella al unir su vida a la de aquel hombre eternamente enfermo, caprichoso y tiránico.

Sin embargo, reaccionó casi en seguida... Desde un principio rechazó con horror la idea de confiarse a León, de pedirle un favor... Adoraba a su amigo con una de esas pasiones que se apoderan de tantas mujeres honestas en el fin de su juventud (deseo confuso de desquite contra el destino, resabio de aventura, rebelión de una naturaleza audaz, crisis romántica también). Delicada y sensible, le repugnaba revelar su situación, como si su amor debiese sufrir por ello. León debería ignorarle siempre... Había recurrido entonces a un subterfugio bien femenino que conciliaba la urgente necesidad de asegurar su porvenir y el escrúpulo de su naturaleza inquieta: había resuelto vender las colecciones de su marido, haciéndolas pasar por propiedad de amigos que se encontraban necesitados, en trance difícil.

En el gran salón donde fué introducida pudo examinar cómodamente las riquezas dispersas: tapicerías góticas, esmaltes, mayólicas, encantadoras papeleras, una estatua en marfil del siglo XVI, marfiles, bronce italianos, terracotas, cristalerías, joyas del Renacimiento...

La puerta se abrió: apareció León.

Los cuarenta años habían plateado sus sienes: sin embargo, era todavía de una belleza varonil un poco severa.

Susana corrió hacia él y lo estrechó largamente. El le devolvió la caricia con la mayor tranquilidad del mundo, como hombre halagado por un afecto que ve persistir en toda su fuerza. Además, dos años de relaciones habían suavizado en él casi completamente el impulso de los primeros días...

—Siéntate — dijo León señalando una silla.

—¿Sabes lo que me trae?... — dijo Susana. — No... sin duda... No puedes imaginártelo. Pues bien, mira... Yo me intereso mucho por una familia que ha sido muy rica,

CORAZON DE MUJER

Por Andrés de Lorde

pero a quien la desaparición del jefe, agravada por malos negocios, ha arruinado casi completamente...

Con un ademán, previno el gesto que intuía:

—Tranquilízate... No vengo a solicitarte la caridad... Yo soy bastante rica para ayudar a esos desdichados si fuera cuestión de decidirlos a aceptar una limosna. Pero son demasiado orgullosos... No, no se trata de eso.

Se interrumpió, abrió su cartera y sacó el buda:

—Poseen una colección bastante valiosa... Entonces les he sugerido la idea de deshacerse de ella asegurándoles que en esta ocasión podría serles de alguna utilidad. Y, desde luego, en seguida pensé en tí... Mira...

—Entonces... ¿aceptas?...

—Acepto.

León disimuló en seguida una sonrisa de satisfacción y, colocando el buda entre dos vasos etruscos, fué a abrir su caja fuerte para pagar a Susana...

La misma tarde vendió el buda en seis mil francos a un americano...

Susana siguió despojándose de una parte de su colección a precios ínfimos.

Un día, León le dijo:

—Escucha... Sería mucho más ventajoso para tus amigos venderme en una vez todo lo que les queda...

Sorprendida por aquella propuesta que no esperaba, Susana palideció y luego dijo:

SAVIA NUEVA

Para Alicia Porro Freire.

I

Gloria: por la copa fresca, luminosa, que me dieron manos finas y cordiales, me olvidé de todos los humanos males y me fué la marcha menos pesada!

Savia de una planta joven, prodigiosa, desbordó la copa de mis ideales! Al beberla, fueron mis cantos triunfales: pues rica la lira, vibró victoriosa!

II

¡Oh, la savia nueva, que tú me brindaste, gloria de los tristes! La copa vacía, reclámame el jugo con que la llenaste!

¡Lléнала hasta el borde! suplica el sediento: quiero savia nueva para el alma mía hoy que seca el árbol de mi pensamiento!

RICARDO M. LLANES.

León tomó el buda y se aproximó a la ventana para examinarlo:

—Es una estatuita muy curiosa — dijo.

—¿Verdad?... Yo no entiendo de esto, pero no he dudado de que tenía gran valor.

—¡Oh!... Gran valor! No exageremos... Es curiosa, pero, en fin... —¿En cuánto la tasas?

Aun cuando ya se hubiese formado una opinión al respecto, el anticuario prolongó su examen y luego se decidió:

—Dos mil francos.

Susana estuvo a punto de profesar un grito de sorpresa. Le parecía recordar que su marido había pagado en otro tiempo, por ese "bibelot", seis veces aquella cantidad. Pero no se hallaba segura... Y además, León era un perfecto conocedor...

—¿Te han encargado tus amigos que trataras directamente? — preguntó él.

—Me han pedido que procediera como si el objeto fuese mío.

—Tal vez tengas razón. Voy a hablarles.

Al día siguiente volvió a casa de su amigo. Ella poseía en Fontainebleau una hermosa "villa" que León no conocía. Allí se había dirigido la víspera, inmediatamente después de salir de casa de León, para dar sus instrucciones a la guardiana, una anciana que había visto nacer al marido de Susana y que le guardaba completa fidelidad.

—Tú comprendes, mi buena Ana — le había dicho ella, — que yo no soy lo bastante rica como para guardarme esos "bibelots"...

—¡Pobre señor! — había respondido la vieja sirvienta. — ¡El que los estimaba tanto!...

—¿Qué quieres?... Un comprador vendrá mañana conmigo... Pero yo no debo ser la propietaria de la "villa"... Tú comprendes... Apenas me conocerás. No soy más que la amiga de tus patronos... Más tarde te explicaré.

León y Susana llegaron después de almorzar. Y en seguida comen-

zó el inventario. Con un cuaderno de notas en la mano, el anticuario recorrió el salón seguido de Susana. A veces se detenía más tiempo delante de un costoso objeto que examinaba entornando sus ojos de profesional y luego anotaba una cifra en su cuaderno.

Ya había visto casi toda la villa, cuando, al penetrar en una salita, se detuvo en seguida ante una tela admirable, magnífica...

—Por esta tela — dijo sonriendo — daría todo el resto de la colección... ¿Está también en venta, naturalmente?

—Sí — respondió Susana.

—¿Qué magnífica es!...

Ana entró... Se detuvo, muy pálida, como asustada; luego, con el dedo extendido hacia el cuadro, exclamó:

—No..., no... ¡Eso no!... Acuérdate... ¡El señor lo estimaba tanto!... No debe vender ese recuerdo...

Con un mismo movimiento, León y Susana se dieron vuelta, estupefactos... Vieron los extraños ojos de la anciana, su turbación... Se miraron... Y Susana fué la primera que bajó la vista.

—Déjenos! — dijo el anticuario a Ana.

Fué a cerrar la puerta detrás de ella. Temblaba un poco cuando volvió junto a Susana.

—¡Mírame! — dijo.

Bajo la mirada, húmeda de contenida emoción que sentía clavada en ella, Susana no pudo reprimir las lágrimas.

—¿Así que todo era tuyo?...

Susana no pudo decir "sí" más que con un movimiento de cabeza... Sollozaba...

—¿Pero, por qué?... ¿Por qué? La había tomado en sus brazos y la cubría de besos.

—No quería que tú supieses... No quería pedirte nada. Tenía miedo de que pudieras sospechar que en nuestra amistad existía, por parte mía, una sombra de cálculo, una partícula de interés.

León se estremeció y tomó entre sus manos el pobre rostro bañado en lágrimas... La grandeza del sacrificio que nunca habría podido imaginar lo trastornaba con una emoción enloquecedora. Susana le amaba al punto de posponer y ocultar sus inquietudes materiales con el temor de que creyese él empequeñecido su cariño por el frío cálculo, por la torva ambición...

No era ya un hombre indiferente y seguro de sí, sino un ser conmovido por la gracia del amor, lleno de piedad y de embriagadora gratitud.

En aquel momento hubiera deseado dar la vida por aquella mujer.

—Exijo que vuelvas a tomar todo lo que te he comprado... ¡Ya me oyes, todo!... Yo lo quiero... Soy yo quien te lo pide. Aunque no será necesario, porque desde este momento... lo quiero, lo exijo... todo será común entre nosotros...

Y de rodillas ante ella, con los ojos en sus ojos:

—¿No estoy yo aquí para asegurarte una vida feliz y holgada?

Sintió que las lágrimas lo dominaban a su vez y, más suavemente, con voz temblorosa, murmuró:

—¡Mi mujercita!... ¡Susana, alma mía, mi amor!... ¿Verdad que accedes a ser mi esposa?

Ella, con los ojos nublados por un llanto inefable, sin poder profesar palabra, le echó los brazos al cuello y apoyó su cabeza sobre el pecho.

CURIOSIDADES

El opio de la India tiene un 6 por 100 de morfina; el chino, un 10 por 100; el turco y persa, un 13 por 100.

Los mineros ingleses emplean pequeñas estaciones de radio para recibir y transmitir, como medio de comunicación en caso de accidente.

La primera bomba de incendios en los Estados Unidos fué recibida de Inglaterra hace doscientos cuarenta y siete años.

Los habitantes de la isla de Momodo (India neerlandesa), están aterrorizados con la presencia de enormes y gigantes serpientes carnívoras, de veintidós pies de largas, y que combaten con la cola. Hasta ahora no se ha podido coger nunca un solo ejemplar vivo.

El director del Real Instituto de Londres ha declarado que el desarrollo de los rayos X nos permitirá ver mil veces mejor que hoy.

La mayor biblioteca de Europa occidental, en 1373, propiedad de Carlos V, rey de Francia, tenía 918 volúmenes.

La administración municipal de Osaka ha aprobado la fundación de una sociedad que desea ocuparse de la construcción y explotación de ferrocarriles subterráneos.

Según el Lloyd Register, el tonelaje total mundial de barcos con calderas de hogares de aceite se eleva a 23.778.121 toneladas, correspondientes a 8.028 vapores, barcos cisternas y vapores de pesca.

El gobierno sueco proyecta el establecimiento de una comunicación directa, por pontones, entre Suecia e Inglaterra, por una parte, y Suecia y Finlandia o Rusia, por la otra.

Como consecuencia de los enormes incendios de bosques en California se han cerrado al público 10.000 acres de terreno público y de bosque. Además, se han adoptado restricciones sobre el derecho a pasear y fumar en varios millones de áreas de terreno forestal.

Recientemente fué obstaculizado el tráfico de un ferrocarril sudafricano porque un tanque que contenía melaza iba soltando ésta, "engrasando" los rieles, y hacía imposible la marcha de la máquina.

Algunos presos negros de la prisión del condado de Milwaukee (Estados Unidos), emplean patatas crudas y terrones de azúcar y sal para jugar al "golf africano".

Ante un juez de Londres acaba de comparecer un individuo acusado de insultos a un agente del Fisco. Tal delito, por punible que sea, no impidió al magistrado ser indulgente, e impuso al delincuente una pena de veinticuatro horas de prisión.

Pero ya es sabido que en Inglaterra es costumbre que se cuente la pena a partir de la víspera del día en que se efectúa el juicio, a medio día. Por consiguiente, como el juez ha pronunciado su sentencia a las once y cincuenta y siete minutos de la mañana, el irascible contribuyente la aceptó sin protesta, sin duda porque así batía el "record" de la brevedad penal, ya que sólo tenía que cumplir tres minutos de prisión.

El rayo de la muerte fué empleado por Arquímedes 300 años antes de J. C., en la batalla de Siracusa, cuando por medio de espejos concentró los rayos del sol y quemó las galeras de Roma.

Puestos de acuerdo los directores de los liceos para señoritas de Budapest, han prohibido a sus discípulas, a partir de la apertura del nuevo curso, asistir a las clases con el rostro pintado, con las piernas o los brazos desnudos, y aun en ciertos liceos, con los cabellos cortados.

Las prohibiciones a que obliga la nueva moral de los profesores, llegan hasta no consentir que las alumnas vayan a los cafés, a los "danzings", aunque sean acompañadas por sus padres.

Actualmente residen en Francia 50.000 americanos, 60.000 alemanes y 84.000 ingleses.

Los agrimensores del Canadá, explorando los territorios del noroeste el último verano, hallaron un lago desconocido de sesenta y cinco millas de largo y cincuenta millas de ancho.

El trigo es el grano de mayor cosecha en el mundo; el maíz es el segundo, y el arroz el tercero. Los Estados Unidos producen el 20 por 100 de la cosecha de trigo; el 75 por 100 de la de maíz y el 1 por 100 de la del arroz.

En 1895 había en el mundo solamente 3.000 automóviles. Actualmente hay más de 18 millones.

La reina Isabel de Inglaterra se desvivía por el baile, y lo fomentaba entre sus cortesanos. A los sesenta y nueve años, todavía bailó en público con el duque de Nevers.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros? Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

LAS AGUAS DENTIFRICAS tienen un pequeño poder anti-séptico, pero no limpian.

LAS PASTAS DENTIFRICAS dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los **POLVOS DENTIFRICOS** y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.— Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTIFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.50—de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

Banquete en honor del dibujante Bagaría



Con motivo de su partida a Europa, le fué ofrecido al conocido dibujante español señor Bagaría, un banquete que se sirvió en el Hotel Comercio Larre.—El obsequiado, rodeado de algunos de los concurrentes al acto.



Accidente de aviación



Restos del aparato S. V. A. que dirigido por el malogrado aviador militar, sargento primero Ramón E. Gómez, se precipitó a tierra, en el aeródromo del Palomar, ocasionando la muerte instantánea del piloto.

Demostración al ingeniero Negri



El presidente del Club Atlético Obras Sanitarias de la Nación, ingeniero Mario Negri, fué objeto de una demostración por parte de los asociados a dicha institución, en ocasión de ausentarse al extranjero. Parte de los comensales durante el almuerzo con que fué obsequiado dicho señor.

Match de box



Los profesionales Antonio Ruiz (a la izquierda), campeón europeo de su peso y Horacio Roldán, español el primero y argentino el segundo, que sostuvieron un sensacional encuentro, resuelto por empate.

Festival en el velódromo de Huracán



Los competidores en la Vuelta de Francia en pista, prueba donde vencieron Aimó, Piccin, Ebner y Del Gesso, clasificándose en el orden indicado.

Bachilleres recientemente egresados del Colegio Nacional Mariano Moreno

De izquierda a derecha, sentados: M. Kleismans, Juan Sánchez, N. Romano, R. Moreno, Dr. L. Vermengo Lima (prof. de Historia), C. A. de Rosse (celador), M. Smunich, M. Sluvis.—2.ª fila: D. Prado, L. Paolini, F. Rospido, A. Zanelli, R. Solari, A. Zabolstinsky, A. Vatteone, S. Moia, A. Schotlander.—3.ª fila: R. Larraburu, A. Leicas, J. B. Pulido, V. O. Visillac, O. Morandi, Angel Oghi, M. Moizé, E. Zorzoli, R. Nioti.—4.ª fila, de izquierda a derecha: J. Sholten, A. Luengas, R. Petroni, M. Molina, A. Talice, Ricardo del Valle, A. Stura, R. A. Labriola, D. V. Obertella.



Partido de golf en el campo de deportes del Club del Progreso



Con motivo de la clausura de la temporada de golf, en el campo de deportes del Club del Progreso, se jugó la copa gentilmente donada por el socio señor Carlos S. Lottermoser, para los cadetes.—A la izquierda: grupo de socios cadetes que tomaron parte en el partido, y que luego fueron obsequiados con un lunch, por el mencionado señor Lottermoser.—A la derecha: el donador del trofeo, señor Carlos Lottermoser, acompañado de los cadetes Luis Drago, Humberto Mariani, P. Castellano y R. Etcheverry, que resultaron vencedores en el partido.

Morón. - Bodas de diamante



Nelly Dadin, la golfista más diminuta del Club.

Bibliografía



Señor C. Julio de Llamas, autor de la recopilación de las conferencias dictadas por el doctor Chutro en la Facultad de Medicina.



Concurrentes al banquete ofrecido por los esposos Luis Capurro y Catalina Rasetto de Capurro, festejando sus bodas de diamante matrimoniales.

Música



La niña Elfrida Pérez Flores, de 12 años, que acaba de obtener diploma de profesora de solfeo en el Conservatorio Williams.

Alejandra (Sta. Fe)



Enlace Yeates - Ravasio



SOCIALES



ENLACES.—Ballesteros - Silvestro.



Señorita Maschwitz con el señor de Anchorena.



Soldani - Urtaun.



Campo - Muzzio.



Señorita Girault con el señor Rodríguez.



Pedreya - Pedreya.

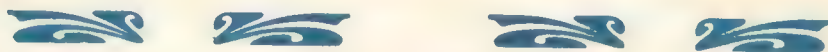


Bonorino - D'Amico.

NOTAS MENDO- CINAS



Recientemente fué realizado el enlace de la señorita Jacinta Cicchitti con el señor Italo Paganotto, ceremonia en la cual actuaron como padrinos la señora Italia Varaschini de Paganotto y el señor Agustín Frugoli. — El obispo de Cuyo, monseñor Américo Orzali, que bendijo la unión, los contrayentes y los padrinos, después del acto religioso.



Celebración de la fiesta del libro.—Comisiones de señoritas que recorrieron la ciudad solicitando el óbolo de la letra impresa con destino a la biblioteca iniciadora. (Fots. Capra).



Actualidades cinematográficas



La hermosa Priscilla Dean, en el cinedrama "La jugadora de dados", que Glücksmann dará a conocer el viernes próximo.



Viola Dana, protagonista, con Kenneth Harlan, de "La avalancha", cinta Jewel que el jueves estrenará la Universal.



Madge Bellamy y Edmund Lowe, en el cinedrama "El paraíso negro", que la Fox estrenará pasado mañana.



George O'Hara y Sally Long, en el cinedrama "Hasta el fin", que la General presentará el viernes próximo.



Cullen Landis y Clara Horton en "El ganador del clásico", fil extra-arte, que la Corporación distribuye desde el domingo.



Carmen Boni, en una escena de "La chica de los pantalones", que Glücksmann estrenará mañana.



Marjorie Hume y Brian Herne, en "Lecciones de amor", cinedrama inglés que la New York estrenará mañana.



DE CÓRDOBA



La señorita Maria E. Pizarro Crespo y el ingeniero Sr. Miguel D. Arambide, recientemente desposados.



Enlace de la señorita Josefina Rapalo con el señor Alfredo Romero del Prado.



La señorita Irene Girando y el señor José Bosch, cuyo matrimonio se efectuó recientemente.



Los esposos don Manuel Fiad y doña Gatife Fiad de Fiad, rodeados de sus hijos en ocasión de cumplir sus bodas de plata matrimoniales.



Profesores y algunos alumnos del conservatorio que dirigen las señoritas Olmedo y Carranza, que tomaron parte en una audición.

(Fots. J. y H. Guillaume.)

Capital federal. - Exposición de labores en la escuela Florencio Varela



Exhibición de trabajos efectuados en la clase de labores a cargo de la señorita Herminia Tosi.



Sala de labores y repujado que funciona bajo la dirección de la profesora, señora Sofía Sech de Galarza y señorita Elcira Marrero.



FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



La comisión directiva de Rosario Central y otras personas, durante la inauguración del jardín de niños en el campo de dicha institución, situado en Arroyito.



Vista parcial del banquete servido en honor del goalkeeper internacional Octavio Díaz, con motivo de su regreso de Chile y de su próximo enlace.



Elementos del Club de Gimnasia y Esgrima, que tomaron parte en el festival realizado en el Empire Theatre.



Los esposos Manuel J. Esteves y Josefina Clemente de Esteves, rodeados de su familia, en ocasión de celebrar sus bodas de plata matrimoniales.



ENLACES.—Señorita Josefina Marchioli con el señor Enello Amadori.



Señorita Angela Carbone con el señor Angel Peralta.



Señorita Amanda I. Nunziati con el señor Juan Cid.



Señorita Libertad Sardé con el señor Nicolás Mascías.



Señorita Delfina Pecorone con el señor Donato Urgo.



Señorita Adelina Caldaqi con el señor David Martínez.



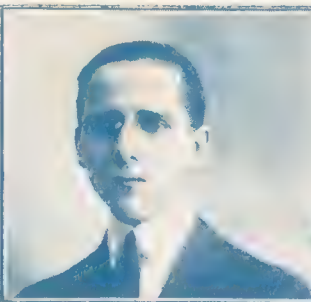
Señorita Blanca A. Padilla con el señor Antonio Bertolotta.



Peritos mercantiles egresados de la escuela Superior de comercio Carlos Pellegrini



Angel San Millán



Rogelio de Armas



Miguel Herrera



Carlos Cattáneo



Ennio H. Brauze



Blas Chiarenza



Juan G. Noceti



Justo Ron



Leopoldo E. Martínez



José Angel Boggiano



Luis Brosón



Enrique Silvini



Mario F. Wilson



Augusto Piehl



Andrés Cerdá



Jaime Sajón



José Ma. Piñeyrúa



Eduardo Marafuschi



Antonio Virgili



Guillermo Greco



Aníbal D. Garini



Alejandro R. Chevalier

Caricaturas de Brito



De izquierda a derecha: Juan José de Soiza Reilly; Enrique García Velloso y Miguel a Camino.—El señor Salvador Brito, es un joven dibujante que se ha especializado en este original estilo de caricatura, género que viene cultivando con éxito.



—¡Morel! — gritó Rabasta. El gendarme, que limpiaba su caballo a la sombra, en un ángulo del patio, se irguió, y acudió con la almohaza en la mano.

—¿Sargento?

El sargento era monumental. Su ancho rostro, que descendía sobre su cuello en triple barba, relucía de grasa y de salud. Su chaqueta, llena a reventar, diseñaba los pliegues de su carne repleta. Con marcado acento gascón, él dijo:

—Esta noche debo conducir un preso a París. Lo llevo a usted como ayudante para esta pequeña fiesta.

—Bien sargento. A sus órdenes.

—Parece que se trata de un sujeto perseguido por robo con fractura, en la capital. Una caja fuerte abierta con dinamita, electricidad y toda la pompa. Ese artista se ha dejado capturar estúpidamente aquí, en la estación, por una tontería. ¡Viajaba sin boleto! Fué a consecuencia de eso que se descubrió todo. El señor comisario me contó el asunto. Nosotros nos haremos cargo del delincuente esta tarde, al mismo tiempo que de sus documentos. A las seis en la prisión. Entendidos ¿eh?

—Sí, sargento.

Ya Morel daba media vuelta. Rabasta volvió a llamarlo.

—¡Oiga! Yo me encargo de la vitualla. No se ocupe usted de nada. ¿Le gustan las croquetas de pato?

—Sí, sargento.

—Me han enviado unas riquísimas de mi pueblo. Daremos cuenta de ellas. Hasta la tarde.

Morel volvió a su tarea. Estaba orgulloso de haber sido elegido por el sargento. Sus superiores estimaban su firmeza, su sentido del deber, su vida pura. Tenían confianza en él, le encargaban, complacidos, misiones delicadas. Sin duda era debido a este renombre que Rabasta lo había preferido. El sargento era un infeliz mortal; era amigo de los finos manjares, el buen vino y los copiosos sueños que siguen a las francachelas. Y no le hubiera importado descansar, sobre su rígido compañero durante la noche de ferrocarril. Porque la pequeña población no estaba servida más que por dos trenes incómodos y lentos. Y se necesitaba toda una noche para ir de Jonville a París.

A las seis, Morel se presentó en la comisaría. La noche de octubre asomaba ya, apresurada por gruesos nubarrones hinchados de lluvia. El gendarme llevaba las esposas para asegurar al preso. Poco después se le reunió el sargento Rabasta. Un enorme saco de cuero amarillo le golpeaba la cadera.

Rabasta le dió una fuerte palmada:

—He aquí la vitualla,—dijo.

Un guardián los guió, con una linterna en la mano. Abrió una puerta y levantó la luz.

—Ahí está—dijo.

Rabasta exclamó jovialmente:

—¡Vamos, los viajeros a París, al coche!

El preso apareció en el halo de luz. Y el gendarme Morel reconoció a su hermano...

—::—

Desde el primer instante el estupor lo ahogó. Cuando recobró el aliento, quiso gritar: "¡Andrés!". Pero fué retenido por una especie de vergüenza de confesar su parentesco y, además, por una turbación instintiva que le aconsejaba esperar, reservarse el porvenir.

EL PRESO

Por Miguel Corday

Luego, se volvió contra sí mismo. ¿Por qué vacilaba? ¡Bien sabía que no podía ser el guardián de su her-

gento en seguida.

Pero ya habían pasado tres minutos o cuatro desde el momento en

Pídan

"QUILMES CRISTAL"

La mejor cerveza

mano, que su situación era irregular y que debía dar cuenta al sar-

que reconociera a Andrés. ¿Cómo explicar aquel retardo en hablar?

La escuela es un santuario

Todo hombre que abre un libro encuentra en él las alas y puede cernirse en las alturas, en las que el alma se mueve con libertad. La escuela es un santuario como la capilla. El alfabeto que el niño deletrea contiene una virtud debajo de cada letra, cuyo tenue fulgor ilumina suavemente el corazón. Dad al niño libros a propósito. Caminad delante de él con la antorcha en la mano para que pueda seguirlos. La ignorancia produce el error y el error produce el atentado.

...Es nuestro primer deber iluminar los espíritus, convertir en luz el sebo vil. Debemos cultivar las inteligencias; el germen tiene derecho a ser fruto, y no se puede vivir sin pensar. Comprendamos al fin que la escuela convierte el cobre en oro y la ignorancia convierte el oro en plomo.

VICTOR HUGO.

Volvió a titubear. ¡Y, de pronto, pensó que el preso tampoco se había movido, ni pronunciado una palabra, ni hecho un gesto! El también había fingido no reconocer a su hermano. ¿Por qué? No osaba confesárselo. Pero este descubrimiento lo aterró. Se sintió vagamente cómplice de Andrés. Sí, había entre ellos una especie de entendimiento, pues ambos, al encontrarse súbitamente, frente a frente, habían guardado silencio...

Ahora, Morel no podía ya confesar a su jefe la situación. Había esperado demasiado. Y como el preso, después de haber reunido sus pequeños objetos en un pañuelo anudado, salía de la celda, Morel se inclinó hacia él y le ciñó las esposas en las manos. Pero temblaba de dolor, de vergüenza y angustia.

En el vagón, bajo la pobre y cruda luz del techo, Morel escrutaba a su hermano. El preso se había quitado su sombrero de fieltro. Su cráneo brillaba entre los ralos mechones negros que le caían sobre la frente. La lámpara arrojaba duras sombras sobre sus rasgos ajados de fatiga y sucios de una barba de ocho días. Nada de ropa blanca. Su flaco cuello salía del cuello de terciopelo de un abrigo demasiado grande. Tenía un aspecto miserable y siniestro, con los párpados entornados y el rostro sin expresión, como el de un muerto.

¡Su hermano! Ese era su hermano... León no lo había visto desde hacía siete años. Pero nunca se habían separado hasta llegar a la edad adulta. ¡Ah! ¡Los buenos años pasados en la chacra de Vionne, que sus padres cultivaban a algunas leguas de Jonville. Allí, León se veía halagado, mimado por todo el mundo. Andrés, cinco años mayor que él, lo divertía, lo defendía. Algo salvaje, un muchacho habituado a la calle y al bosque, era Andrés experto como nadie en tender cepos, tallar silbatos y robar fruta. Además tenía el puño rápido cuando se trataba de defender a su joven hermano de los pilletes. Se querían mucho. Y fué una gran sorpresa para León percatarse, en la escuela, de que su hermano y él no llevaban el mismo apellido: que el uno se llamaba León Morel y el otro Andrés Faubert. Les dijeron entonces que tenían la misma madre, pero no el mismo padre. El de Andrés había muerto muy joven, en un accidente de caza. Y su madre se había vuelto a casar... ¡Pero qué les importaba eso a los hermanos! Siguieron siendo grandes compañeros hasta el día en que el mayor fué llamado para el servicio militar. Fué su perdición. Su carácter rebelde se rebeló contra la disciplina. Abrumado de castigos, cesó casi de venir al pueblo con permiso. Luego, se deslizó sobre la pendiente: la prisión, las penitenciarías, el África. Un hombre al mar. Nunca se le había vuelto a ver.

León fué llamado, a su vez, al cuartel y, por el contrario, se acomodó a aquella vida, toda trazada de consigna y de obediencia. Durante su servicio murió el padre. La madre vendió la chacra y continuó viviendo en el pueblo. León volvió a alistarse, pasó a la gendarmería y, al cabo de dos años, obtuvo un puesto en Jonville, cerca de su madre y de su pueblo. Sin duda Andrés había obedecido a esa atracción del hogar y del suelo natal cuando, perseguido, acosado, había tomado el camino de Jonville y se había dejado atrapar casi en

su casa...

Oiga, usted, Morel, ¿si comiérans algo? Me muero de hambre.

Diciendo esto, el sargento Rabasta dió una amplia palmada sobre la rodilla del gendarme. Luego, casi en un deslizamiento, puso el enorme saco sobre sus rodillas y lo desató. Salieron de él tantas vitualas que Morel sonrió, a pesar de la turbación y el tumulto de sus pensamientos. Panes, botellas, botes de dulce, un salchichón, rebanadas de "filet"... Y, en pequeños papeles cuidadosamente doblados, la sal, la manteca, los pepinillos. El sargento explicó:

—Es mi mujer quien ha preparado esto. Está habituada a mis expediciones.

Luego respiró profundamente y exclamó:

—¡Ahora, a comer!

Pinchó, cortó, masticó, el rostro animado, las mandíbulas activas. De cuando en cuando, con el cuchillo en la mano y la hoja al aire, regañaba a Morel que comía lentamente. Luego, bruscamente, se volvió hacia el preso, que seguía inmóvil, con los párpados entornados, bajo la lámpara.

—Me parece que también tiene usted hambre, ¿eh?

Y pasándole un trozo de carne fría sobre una enorme rebanada de pan:

—Tome, agarre eso.

Y como los hierros que ligaban sus manos dificultaban los movimientos del preso, el sargento agregó:

—Quítele las esposas, Morel; no va a escaparse.

Después, con la chaqueta desabotonada, continuó comiendo. ¡Ah, el buen momento! Resplandecía de dicha. Pero cuando ya no quedaron sobre las muelles del asiento, más que botellas vacías, papeles arrugados y migas de pan, el sargento suspiró. Con un suave encogimiento de hombros, se hundió en un ángulo del asiento. Luego durmióse con sueño inocente, sin fingimientos; y sus labios aún grasientos dejaron escapar, a pequeños soplos, el aliento tranquilo.

Morel no osaba mirar a su hermano. Sentía que una vez dormido el sargento, no podían fingir que se desconocían. ¿Qué se dirían, en este prodigioso encuentro? Se aproximaba un grave momento. Para retardarlo, el gendarme volvió la cabeza hacia la campaña oscura; contra el vidrio, donde la lluvia comenzaba a golpear en gruesas gotas.

Y, de pronto, entre el ruido del tren, oyóse llamar suavemente, con voz contenida:

—León...

Bruscamente, se dió vuelta, dirigiendo al mismo tiempo una mirada hacia el sargento, que seguía dormido. La angustia que experimentaba debió subir a su rostro, crisparlo, endurecerlo; porque el otro prosiguió con voz más humilde:

—León... ¿no me has reconocido?

Por primera vez, se miraron furtivamente.

—¡Sí!—hizo el gendarme con un grave signo de cabeza.

Andrés repuso, siempre con la cabeza inclinada, en la sombra:

—¿Te ha sorprendido, di, verme?

De nuevo León afirmó con un gesto. El preso confesó por completo su idea:

—A mí también me ha sorprendido. No sabía que eras gendarme. Y después de un silencio:

—¿Y mamá? ¿Acaso?... Vive, ¿verdad?

—Sí—respondió León.

Callaron. La lluvia tamborileaba en los vidrios. Y, de pronto, el preso susurró con su voz triste, en la que también vibraba una súplica:

—León..., en una parada..., déjame huir..., a contravía...

¡Ah! ¡Aquella súplica! Aquellos era lo que atemorizaba a Morel. Aquello era lo que no osaba, lo que no quería mirar de frente, pero lo que sabía inevitable desde el instante en que había reconocido a Andrés. ¡Entre ambos hermanos, guardián el uno y preso el otro, era fatal! Por eso, sin duda, se había él turbado desde el principio del encuentro. ¡Ah! No había tardado en llegar lo que temía! En seguida se le proponía ser cómplice.



—¡Oh, maestro. Admiro sus efectos de tono. Daría algo por llevarme alguno de esos brillantes colores...

—Es muy fácil conseguirlo, señora: se ha sentado usted sobre mi paleta...

—¿Estás loco? —murmuró.

El otro prosiguió tranquilo y terco:

—¿Qué puede suponerte eso? No se sabrá nada, puesto que no llevamos el mismo apellido. No sería el primero que se ha escapado en el camino.

El tren aminoraba la marcha. Morel estuvo a punto de sujetar a su hermano. Pero el preso no se movía. La lluvia, en locas ráfagas, golpeaba sobre el lecho de cinc del vagón. El sargento dormía, la barba en alto, las manos cruzadas sobre el vientre. Andrés, siempre inclinado en la sombra, prosiguió en voz baja:

—Piensa que podrías evitarme cinco años de presidio, tal vez diez.

Morel se había deslizado poco a poco junto a su hermano, bajo la lámpara, a fin de levantar menos la voz. El tren volvió a partir. El gendarme preguntó:

—¿Qué historia es esa de la caja fuerte?

—Escucha. Yo era obrero electricista... sin trabajo. No tenía un centavo. Dormía en los asilos. Un vecino de cama me propuso un negocio, en el que podía ser útil y ganar bastante. Se trataba de abrir una caja fuerte con un hilo de platino al rojo blanco. ¡Oh! Yo conocía el truco. Contaba con lo que se necesitaba. Pero al principio no quise. Te juro que, hasta entonces, tenía las manos limpias. Puedes ver mis documentos. Pero cuando se está sin comer por espacio de dos días... puedes comprender... Bueno; éramos cuatro. Habíamos entrado en el subsuelo, por un tragaluz. Me habían hecho beber en

Dentaduras Postizas

Se componen en el día
por \$ 5.-

Se hacen nuevas y se re-
forman las usadas

Laboratorio "LAUTIER"
SUIPACHA 530

conducirte a París. Estás bajo mi custodia. Si te dejo marchar, falto a mi deber. Será necesario que mienta, que invente. Perderé la estimación por mí mismo. A mis ojos, estaré perdido, deshonrado...

—¿No es acaso abominable, también, someterme a los jueces que van a enviarme a presidio? ¡Ah, el presidio! Eso es lo que deprava.

Morel le interrumpió severamente:

—¿Por qué te has expuesto?

Y a un movimiento de hombros infinitamente humilde y cansado de Andrés, continuó:

—¿Y si vuelves a comenzar, si caes más abajo, si llegas hasta el crimen? Será culpa mía, por haberte libertado...

Por vez primera, Andrés levantó francamente la cabeza.

—Te prometo que no volveré a empezar. Tendría demasiado miedo. Lo que me ha sucedido me servirá de lección. Tú sabes que no soy malo. Tú me conoces mejor que nadie. Si no he seguido la buena senda, si he sido un rebelde, hasta de niño, ha sido quizá porque no he sido feliz en nuestra casa. Yo no tenía padre. Mientras que tú eras el preferido, el mimado. Hay que comprenderlo todo. Tu parte ha sido mejor que la mía. No debo darte lecciones... pero, en fin, me parece que ahora bien podrías compensarme de eso...

Morel aspiró fuertemente.

—En fin, ¿qué es lo que quieres?

El preso tuvo un impulso de todo su ser:

—Simplemente, que me dejes obrar; que cierres los ojos, que duermas, como el sargento...

El tren menguaba la marcha, en las proximidades de una importante estación. Por doquier, en la noche, luces de colores y rieles brillantes por la lluvia.

—Mira, vas a ver, —dijo Andrés.

Se levantó, sibiló "gracias" al pasar por delante de su hermano. Bajó el vidrio sin hacer ruido, luego volvió a levantarlo, a fin de desenganchar el pestillo. Morel permanecía inmóvil, con los brazos abiertos y las manos crispadas sobre el asiento. Sentía tentaciones de impedir la evasión, de saltar sobre el delincuente, de cumplir, en fin, con su deber. Pero, al mismo tiempo, otra voz tierna, lejana, persuasiva, le murmuraba: "¡Déjalo!". Y sufría horriblemente.

Entretanto, Andrés abrió la puerta, se deslizó afuera y, una vez en el estribo, volvió a cerrarla suavemente.

Morel lo oyó saltar sobre la grava. Entonces, cerró los ojos.

Hubiera deseado dormir realmente, con un sueño pesado, sin fin, como la muerte.

¿Hombre o dios...?

Esté beso impetuoso que me diste
es de todo tu amor lo más divino...
¡Te anhelaba tan brujo como ahora...
turbador y violento en mi destino...!

Ah!... no sé cuántas almas contenidas
respiraron en ti con ansia loca...!
¿Hombre... o dios te sentiste en ese instante...?
¡Yo exprimí treinta siglos en tu boca...!

ALICIA PORRO FREIRE.

La señora de Jomet es una mujer pequeñita, sin belleza, insignificante. Cuando se es así, la insignificancia se adhiere a la persona y la acompaña aun en los momentos más trágicos de la vida.

—Deseaba ver a la señora de Ascaín.

—No está en casa.

Al oír la respuesta, la señora de Jomet sufre una decepción, aprieta con las dos manos su bolsillo, con ese gesto propio de los mendigos a quienes se despiden. Lleva un traje tan vulgar como su persona y un modesto sombrero negro. De seguro que la doncella cree que es una pobre mujer que viene a solicitar algún favor. La señora Jomet añade:

—La esperaré.

Pero temiendo que la doncella se niegue a ello y la despida se le ocurre decir:

—Vengo de parte del señor Raúl Jomet.

Al oír aquel nombre, la doncella sonríe y franquea la puerta. Y como esta señora viene de parte del señor Raúl, la hace pasar al gabinete, a pesar de que por su aspecto insignificante debiera permanecer en el vestíbulo. La señora Jomet se sienta tímidamente en el borde de una butaca, con el aspecto más insignificante que nunca.

La insignificante señora de Jomet lleva, sin embargo, un revólver en su bolsito de mano. Al forjar su plan imaginó que encontraría a la Ascaín en su casa; entraría, y cuando la tuviese a su alcance, gritaría: "Toma, mala mujer, por haberme robado el marido". Y descargaría su revólver. Pero la señora de Ascaín no está, y hay que esperar en este delicioso gabinete, donde se respira lujo, buen gusto y comodidad. Sobre el pavimento hay una espesa alfombra, de un rosa tan delicado, que apenas pensar que dentro de un momento habrá de mancharse de rojo. Sillas doradas y mil "bibelots" preciosos. Flores en jarrones. Y retratos por todas partes.

La señora Jomet ha ido a descargar su revólver. ¡Pero su pobre vida infortunada le ha dado un aire tan insignificante! Por eso ella, la mujer desposeída; ella, la justiciera, al hallarse en este gabinete perfumado, opulento y tibio, se siente apocada, torpe y cohibida.

Quisiera ver los retratos. Curiosidad muy legítima; tanto más cuanto que no conoce a la mujer que le ha robado el marido. Se levanta con temor y se detiene ante la fotografía de una mujer muy hermosa. Abundan los retratos de la misma; en traje de calle, de escena, porque ha sido artista teatral algún tiempo; en traje de gala, enormemente escotado. Sí, a decir verdad, tiene un pecho hermoso..., que deberá sangrar dentro de poco...

Lee luego diversas tarjetas: Príncipe de Tolbiac, A. Balarin-Durouse, Régis Dubois, de la Academia Francesa.—No conoce al príncipe de Tolbiac, pero sabe que Régis Dubois es un hombre ilustre y que Balarin-Durouse era todavía jefe del gobierno la semana anterior.

Anochece, y la señora de Jomet no se atreve a dar vuelta al conmutador. Pero para no exponerse a perderlo en la oscuridad, ha cogido el bolso donde está el revólver.

¿De qué modo conoció la traición? Muy sencillamente. Los buenos amigos de su marido se encargaron de ponerla al corriente de

Una mujer engañada

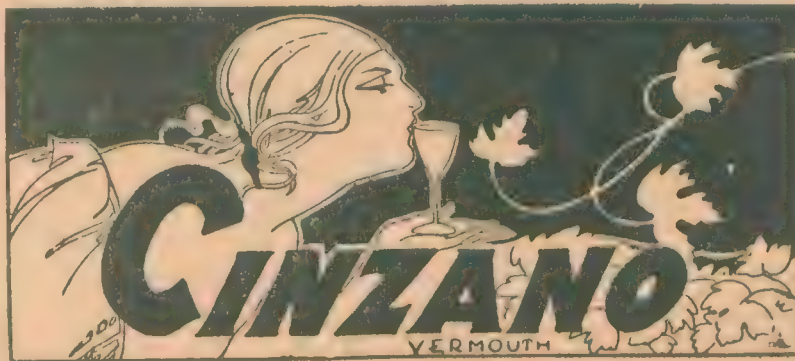
Por Andrés Birabeau

todo. Y como la mujer de Jomet es orgullosa y no quiere que se burlen de ella, por eso está allí con su bolso y el revólver.

Se oyen ruidos de pasos y voces y se ilumina el salón contiguo.

—Pero, cómo, ¿no está la señora?... No me lo explico... La he telefoneado que vendría a las seis

luz del salón; ella, en la sombra del gabinete. La señora de Jomet no se atreve a moverse, y aprieta el bolso entre sus manos, más cohibida que antes. El caballero saca el reloj, dobla el periódico y da muestras de impaciencia. De pronto dice en voz alta: "Todos los días lo mismo; se burla de mí". Da dos pasos, como



y que dispondría de muy poco tiempo... En fin, está bien; esperaré...

Evidentemente, es el "señor", el protector. Un hombre guapo, alto, fuerte...

Pasa el tiempo. El aguarda en la

decidido, hacia la puerta; pero retrocede y cae de nuevo calladamente sobre un sillón. Por último, se levanta y murmura: "¡No puedo aguardar más! ¡Y siempre así!..." Y se va apenado.

ORIFLAMA

(Para FRAY MOCHO).

Echa hacia atrás tus cabellos,
vuelve el rostro sin alioño,
asómate a la alta ojiva
de la tarde que se inflama,
toma el buril y comienza,
con acendrado cariño,
a grabar en el ocaso
tu místico monograma.

Echa hacia atrás tus cabellos
como un ardiente oriflama,
las magnolias de tu seno
oprime bajo el corpiño,
y lánzate a la deriva
del placer que te reclama,
dando al viento los tesoros
de tu casaca de armiño.

Ves? Por la linde del bosque
se extiende el áureo celaje
crepuscular, en las sombras
que van cubriendo el paisaje
todo se acalla y dormita,
todo vuelca su embeleso.

Sobre la verde alcatifa
que descolora la umbría,
suspirando con las auras,
se oye el júbilo de un beso
desprendido de la boca
de aquella dulce agonía.

MOISES M. COHEN.

Se abre entonces una puertecita en el salón y aparece la señora de Ascaín, soberbia y magnífica... ¡Y qué traje!... Inmóvil, en la sombra del gabinete, crispando las manos sobre el bolso, la señora de Jomet la contempla... Detrás de la de Ascaín están Raúl y la doncella.

—¡Gracias a Dios que se ha ido! —dice aquella.—¡Ha venido alguien más?

—El señor Régis Dubois, y además el señor príncipe de Tolbiac ha telefoneado tres veces. Y también el señor Balarin-Durouse.

—¡Bueno, bueno! Puede retirarse... Me fastidia toda esa gente... Contigo me basta... Tú lo eres todo para mí...

Con sus ojos muy abiertos, desde la penumbra del gabinete, la señora de Jomet ha visto un beso y no ha sacado de su bolsillo el revólver. Sin atreverse ni a respirar, por temor a ser descubierta, los ha visto salir abrazados y no se ha movido. Espera todavía un poco y después, silenciosamente, como una ladrona, salió del oscuro gabinete. No hay nadie en el vestíbulo; abre la puerta y se desliza suavemente hacia la calle. ¡Ah! Es que en su corazón humilde y sin embargo, orgulloso, acababa de ocurrir algo singular e inesperado. Desde la penumbra en que estaba — donde estaba tan olvidada, tan en su sitio — vió a aquella mujer brillante, engalanada, adulada y deseada por todos... ¡Cuántos grandes hombres, nobles, poderosos, mendigaban una mirada de ella! Y los desdeñaba a todos. El elegido era Raúl, el marido de la señora de Jomet. Y ésta, en medio de su aflicción, ha sentido insinuarse en su pecho un orgullo asombroso. Y la señora de Jomet apresura el paso para que cuando Raúl vuelva a su humilde casa para comer, encuentre la mesa bien puesta, con manteles muy limpios y los platitos de su agrado y una mujer sin lágrimas en los ojos y dispuesta a mirarle con orgullosa ternura, como miran las madres a los hijos que admiran.

El camotura

En las aldeas o caseríos de los indios cunas del istmo de Darién la autoridad política reside en tres personajes: primero en el cacique, o jefe; después en el "lelé", médico o hechicero, y en tercer lugar en el "camotura" o músico oficial.

El "camotura" o músico es necesario que sea sumamente hábil y tenga condiciones bastantes para sostener el carácter que se le confía. Es el que sustituye al cacique o al "lelé" en sus ausencias.

Durante las fiestas, todas las que se celebren, tiene la obligación de tocar el "camo", especie de flauta de caña de la que, por grande que sea la habilidad del que la tañe, se obtienen siempre sonidos sumamente desagradables; entre aquellas tonadas monótonas y discordantes se intercalan, en recitados hechos con voz gangosa, los consejos y prevenciones del "lelé".

"La época de Rosas", de Ernesto Quesada

(Del libro "Inquisiciones acerca de Rosas y su época", próximo a aparecer).

Por Ramón de Castro Esteves

Es ésta una de las obras capitales para el estudio del período de la tiranía, y formulamos esta consideración, no porque nos hagamos eco de sus conclusiones, con gran parte de las cuales no estamos de acuerdo, sino por que se trata de uno de los libros más completos y profundos que el investigador puede abrir, buscando un criterio contrario al que ha predominado en la mayor parte de los estudios históricos sobre Rosas.

Encontramos en esta obra intuiciones luminosas, sin que por ello deba decirse que prevalecen sobre el razonamiento que constituye su fuente más sólida. Tales son los parangones que traza entre Rosas y Luis Onceno y Felipe II. La intuición en una obra es ya un comienzo de la verdad, pero, sin embargo, hemos de decir que en lo que a nosotros atañe no la encontramos en su faz definitiva, sino bajo el punto de vista que el autor examina los hechos. El criterio con que observa los acontecimientos el doctor Quesada en su notable obra, deben conducirle fatalmente a sus conclusiones.

De las producciones que participan del espíritu con el doctor Quesada ha abordado el tema, es "La época de Rosas", una de las mejores — sino la mejor — quedando ella como un centinela avanzado, difícil de superar, para los que en sus especulaciones históricas desean encontrar en su camino una duda o una contradicción a las creencias en boga, que les intercepte el paso y les obligue por la controversia serena y desapasionada a hallar la verdad del caso. Creemos que la verdad tan oculta y tan lejana siempre, más bien depende del criterio y del punto de vista con que se examinan los hombres y las cosas, pues de otro modo este libro tan razonado llegaría a convencernos, cosa que no ocurre, al menos, completamente.

Son numerosísimos los puntos de vista de la obra de referencia, dignos de tomarse en cuenta para aprobarlos o refutarlos. Tomamos uno de ellos al azar y es aquél que se refiere al fusilamiento de Dorrego. La importancia que se da a este hecho al objeto de coadyuvar a justificar a Rosas, no es razonable. La ejecución de Dorrego, de la cual Lavalle asumió valientemente la responsabilidad absoluta, fué un error digno del general que lo ordenó, pues es sabido el carácter impetuoso e impulsivo del prócer argentino.

Rosas se erigió ante la opinión en vengador de Dorrego, y sobre un cadáver inocente, víctima propiciatoria de las pasiones exacerbadas del momento, levantó pirámides de cadáveres para sentar la moral de la pena del Talión, que provoca la continuidad sin fin del castigo.

Lavalle comprendió su error, pues la muerte de Dorrego contribuyó al advenimiento de Rosas al poder. Siendo general unitario uno

de los culpables de aquel estado de cosas, se dedicó incansablemente a combatir al tirano, con la falta de tino y suerte conocidas.

El día en que se escriba otro profundo libro sobre Rosas y su época, no será indudablemente del carácter del presente, pues la obra del doctor Quesada es casi un alegato para que se proceda a una revisión de aquellos acontecimientos con un criterio más ecuánime. El libro del doctor Quesada no es imparcial, porque se propone destruir prejuicios que existen, según el autor, sobre Rosas. De ahí que en la mayor parte de la obra los razona-

En dicha entrevista, de la cual sólo insertamos una mínima parte, a pesar de ser muy interesante, preguntado el tirano por qué no había dado una constitución al país, respondió:

"Esa fué mi ambición, pero gasté mi vida y mi energía sin poderla realizar. Subí al gobierno encontrándose el país anarquizado, dividido en cacicazgos hoscos y hostiles entre sí, desmembrado ya en parte y en otras en vías de desmembrarse, sin política estable en lo internacional, sin organización interna nacional, sin tesoro ni finanzas organizadas, sin hábitos de gobierno, convertido en un verdadero caos, con la subversión más completa en ideas y propósitos, odiándose furiosamente los partidos políticos: un infierno en miniatura. Me dí cuenta de que si ello no se lograba modificar de raíz, nuestro gran país se diluiría definitivamente en una serie de republiquetas sin importancia y malográbamos así para siempre el porvenir: pues demasiado se había ya fraccionado el virreynato colonial!..."

Y en otro lugar:

"He vivido así cerca de 30 años,

OCASO

Muchos de mis versos, que no los acopio,
tú me los inspiras, tuyos ellos son;
tendrán la existencia de las nubes de opio
y de las quimeras de mi corazón.

Muchos de mis versos, en las horas quietas,
pleno de inquietudes me pongo a escribir,
todos son humildes como las violetas,
pero menos que ellas sé que han de vivir.

Cuando de mis versos ya no quede nada
y cierre los ojos para descansar,
pon algunas flores en la tumba helada
del pobre poeta que te supo amar.

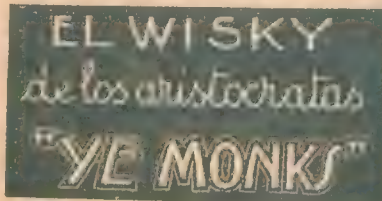
Pon unos jazmines que tú hayas cuidado
que a más de ser simples como yo lo fui,
serán puntos blancos de lo irrealizado;
después no te acuerdes nunca más de mí.

LUIS A. DE LEON.

mientos expongan cuadros favorables al dictador, su sistema y sus consecuencias, y adversos a los unitarios. El libro que algún día llegará a escribirse, subsanará estas fallas, no imputables a su calidad, que es excelente, sino a sus propósitos. Puede decirse que para preparar la opinión general tan justa y fundamentalmente contraria al dictador, Quesada se vió obligado a subir las tintas en su favor.

Este libro contiene un epílogo muy interesante sobre la visita que el doctor Quesada, acompañando a su padre, hizo a Rosas en Southampton, en febrero de 1873. En las explicaciones que dió al doctor Vicente G. Quesada, el tirano, sobre su conducta, encontramos algo de lo que Rosas debió habernos manifestado en la famosa autobiografía que se propuso escribir, y de cuya empresa desistió, como si el fallo de la posteridad, que todos modos no puede pronunciarse a su favor, no mereciera ese trabajo.

cargando solo con la responsabilidad de los actos del gobierno y sin descuidar el menor detalle: vivos están todavía los empleados de la secretaría que se repartían por turnos las 24 horas del día, listos al menor llamado mío, y yo, sin respetar hora ni día, apenas daba a la comida y el sueño el tiempo indispensable, consagrando toda mi existencia al ejercicio del gobierno... La honradez más escrupulosa en el manejo de los dineros públicos, la dedicación absoluta al servicio del estado, la energía sin límites para resolver en el acto y asumir la plena responsabilidad de las resoluciones, hizo que el pueblo tuviera confianza en mí, por lo cual pude gobernar tan largo tiempo. Con mi fortuna particular y la de mi esposa, habría podido vivir privadamente con todos los halagos que el dinero puede proporcionar y sin la menor preocupación; preferí renunciar a ello y deliberadamente convertirme en el esclavo de mi deber, consagrado al servicio absoluto y desinteresado de mi país. Si



he cometido errores (?) — y no hay hombre que no los cometa — sólo yo soy responsable".

A continuación nos permitimos observar lo que ya hemos dicho, sobre la verdad como consecuencia del punto de vista como se encara la cuestión. Cuando se oye la defensa del acusado, el espíritu humano se inclina hacia él; cuando se escucha la acusación, brotan las palabras de indignación.

Para terminar esta nota, nos haremos eco de un párrafo del decreto que el padre del doctor Ernesto Quesada firmara con motivo de los funerales que quisieron tributarse a la muerte del tirano, ocasión en que ocupaba el cargo de ministro de gobierno de Buenos Aires.

Este decreto, expedido el día 23 de abril de 1877, nos da una razón sobre la necesidad que existe en la vida de los pueblos de que la justicia de la posteridad sea un ejemplo que prevea las tiranías.

Dice así en el fragmento sobre el cual queremos llamar la atención: "...que por esos crímenes atroces fué declarado fuera de la ley común, confiscados sus bienes y condenado a la pena ordinaria de muerte, en calidad de alevé; que toda demostración pública en favor de Juan Manuel de Rosas y su memoria no puede menos que provocar justos actos de indignación contra tan inaudito tirano y su sistema, que perturbarían el orden público; que hay conveniencias de alta moral política en evitar que la fuerza pública, sostenida para defender las libertades del hombre y de la sociedad, sea puesta al servicio de esas provocaciones, lo que vendría a suceder si llegase la oportunidad de reprimir conflictos por ellas producidos; y considerando, por último, que es deber de los gobiernos velar porque se mantengan incólumes y puros los sentimientos de amor a la libertad y odio a los tiranos, el Poder Ejecutivo, etc..."

Nosotros creemos, con el doctor Vicente G. Quesada, que sobre todos los razonamientos históricos se levanta el interés de los pueblos que les impulsa a condenar las tiranías.

Epigrama

En un muladar un día
cierta vieja sevillana,
buscando trapos y lana,
su ordinaria granjería,
por acaso vino a hallarse
un pedazo de un espejo,
y con un trapillo viejo
lo limpió para mirarse.

Viendo en él aquellas feas
quijadas de desconsuelo,
dando con él en el suelo,
le dijo: "Maldito seas".

Baltasar de Alcázar.

MAR ADENTRO

Por Luísa Carnes Caballero

I

—¿Se marchó Bernarda?
—Sí, señora.
—¿Cerraste bien las puertas?
—Sí, señora.
—Bien. Pues acuéstate ya, hija mía.

Era la repetición invariable de preguntas y respuestas de todas las noches, luego de las cuales, María besaba a Angustias, maquinalmente también, como cosa rutinaria, y se acostaba en la misma alcoba y frente al lecho en que la vida de ésta se consumía desde muchos años antes.

Después surgía insensiblemente, pero pertinaz, morbosos, el insomnio, que se apoderaba de ella a su antojo.

Era una desazón desveladora que María trataba en vano de contrarrestar, oprimiéndose los ojos con las palmas de las manos, hundiendo el rostro en el lino suave de las sábanas...

Llegaba hasta allí el rumor cercano del mar.

A intervalos, una ola más fuerte o más audaz que las demás avanzaba hasta romperse contra el acantilado próximo.

María pensaba cuánto bien le harían esos momentos los besos del agua...

Y se veía dentro del mar, besada por él, con besos frescos que resbalarían por su cuerpo desnudo y entre el negror azulado de sus cabellos, y la envolverían luminosos, como la luna, que la acariciaría este momento con una gran caricia pálida.

Después pensó — como tantas veces — que también sería muy hermoso perder de vista aquellas aguas siempre inquietas, tan contrarias a la quietud de su vida.

Sentía el anhelo de la tierra seca con más vehemencia cada vez. La tierra aquella que adivinaba su espíritu soñador allá lejos, por donde el sol desaparecía todas las tardes, dejando como una estela de coral luminoso sobre las ondas temblorosas.

¡Mar adentro!... Alejarse de aquellas costas silenciosas. Ver la disminución lenta de la casa gris hasta desaparecer a lo lejos en un punto ceniza, que se perdería de vista al fin, al igual de aquellos barcos de velas desplegadas que pasaban a veces y que parecían gaviotas volando a ras de las aguas...

Sintió moverse a Angustias y volvió la cabeza hacia ella.

Como un cuchillo de plata hendía la habitación espaciosa un rayo de luna, que iluminaba plenamente el rostro de la durmiente.

María vio los ojos cerrados y percibió la respiración normal entre los labios entreabiertos y resacos, bajos los cuales desentonaba la blancura demasiado brillante de la dentadura sana y completa.

Temió despertarla y concentró toda su voluntad en un deseo: "Quiero dormir", pensó. Luego, casi desesperada por la desazón, recurrió a un pueril remedio: empezó a contar: Una, dos, tres... Y así hasta ciento.

La criada Bernarda aseguraba que era un método infalible para llamar al sueño.

Cuando volvió a darse cuenta de que existía, el sol empezaba a colorear las aguas del mar y a reavivar el blancor de sus rizos de espuma...

II

Cuando doña Blanca del Rosal quedó viuda, sólo tuvo ya un deseo: prolongar su vida cuanto le fuese posible, por amor a aquella hija de sus amores, tan débil de espíritu como de cuerpo.

Sufría atrocemente cuando a veces se le ocurría pensar en el futuro de la desdichada hijita, parálitica desde que abriera los ojos a la luz casi, y para quien ya no habría redención posible en este mundo.

El león y el elefante

Tristemente se quejaba el león de que un animal con tales garras como las suyas, tales colmillos y fuerzas tan prodigiosas, temblara como un débil reptil al canto del gallo.

—No merece — decía — conservarse una existencia cuyo mayor poder corre peligro ante la ridícula canturía de un miserable.

Así pensaba, cuando vio llegar hacia sí, pálido y tembloroso, un corpulento elefante de la India.

—¿Qué os aqueja? — le preguntó el león, — ni que puede asustaros a vos, el más grande y forzado de los seres?

El elefante contestó conmovido:

—¿Véis ese pequeño mosquito de trompetilla? Pues apenas se posa en el escondrijo de mis orejas, me vuelve loco de dolor.

—¡Albricias! — gritó el rey de los animales.

No hay grandeza en el mundo, que no viva acompañada de una debilidad.

La contemplaba frecuentemente — detrás de las cortinas de la alcoba para que no advirtiera cómo se agudizaba en su rostro el sufrimiento con la desconsoladora contemplación —, el cuerpo absolutamente hundido entre las ropas del lecho, un cuerpo que a no ser por el leve hálito de la respiración diríase muerto hace tiempo.

Bajo el edredón rosa pálido desaparecía todo contorno; sólo las manos — unas manos amarillentas, manos traslúcidas — parecían vivir cuando jugueteaban con los encajes de las bocamangas del camisón, o cuando iban y venían sobre la seda del edredón como grandes mariposas vibrátiles.

La veía siempre tranquila, resignada siempre: los ojos, claros y grandes, nada expresivos — como muertos también, — mirando hacia el mar, que se divisaba frente a la ventana amplísima, en todo momento, sin el más ligero parpadeo. Extáticos ante las aguas aquellas tan fuertes, tan coléricas a veces y tan poderosas siempre e impenetrables, los ojos de la enferma parecían

querer ahondar en su dilatada grandeza.

—¡Si mañana no despertásemos ninguna de las dos! — decía la madre algunas veces al acostarse.

Y en ocasiones en que el océano se encrespaba amenazador:

—¡Si llegara hasta aquí arriba y nos tragara!...

Pero cada día veían brillar el sol, y tras de momentos terribles de tempestad, que entenebreceía tétricamente las costas aquéllas, otra vez la bonanza bienhechora esplendía, y las olas, en lugar de devastar, lamían acariciantes y dejaban nácares sobre la arena dorada de la playa.

Y aquella hija, lo mismo. Aquella hija...

Algunos momentos abrigó la triste ilusión de que quizá al llegar la pubertad... Pero, tampoco; aquella desdichada naturaleza resistía todo tránsito; y cuando un día doña Blanca comprendió que se moría y que se iba sola, imploró angustiosamente a la criada que las asistía a ambas:

—¡Mi Angustias, Catalina; mi hija!...



Luz, calefacción, ventilación, fuerza-motriz, bajo múltiples aspectos y aplicaciones

La Compañía Italo-Argentina de Electricidad invita al público a visitar su Exposición de aparatos eléctricos donde hay permanentemente un empleado para facilitar todas las informaciones que se le soliciten

Calle Corrientes 651-659
U. T. (31) Retiro 3401 al 3408
C. T. 1387 y 21 Co

correr, ¿verdad, María?, y hundir los pies desnudos en esas arenas que al atardecer parecen de oro... Y en ese mar cambiante, que en las noches de luna parece lleno de ojos de plata...

María asentía a todo con vagos gestos de ensañación. "¡Oh ya lo creo que había casas, no como la de la señora, que parecía un palacio, por lo inmensa; pero había muchas casas de pescadores allá abajo, cerca de la playa!... Y si hubiese podido ver la señorita cuán pobres eran estas casas... ¡Y al otro lado del mar?... También ella — María — había pensado muchas veces qué habría al otro extremo de las aguas. ¿Poder andar y correr, decía la señora? Sí, sí, que era muy bonito hundir los pies en la caricia fresca de las arenas rubias... Pero ella soñaba algo mejor que esto... ¡Tener alas! ¡Volar como las gaviotas hacia otras playas! ¡Llegar a la otra orilla, que se adivinaba muy lejos, pero tan atrayente..."

Se animaban los ojos negros de la pequeña María al soñar cómo sería el mundo tan grande, del que sólo conocía aquellas rocas y aquellas aguas, y aquel cielo... ¡El cielo! ¿Serían en todas partes del mismo color?

Para Angustias llegó a ser imprescindible la pequeña; por eso, años más tarde, cuando Catalina se sintió vencida por aquella enfermedad del riñón que desde su juventud viniera padeciendo, se apresuró a tranquilizar sus momentos últimos con frases consoladoras.

Podía tener la seguridad de que ella nunca desampararía a su hijita. ¡La pobre desamparada!

La vida que rápidamente se extinguía agradeció más con los ojos que con los labios casi exangües la gracia de protección que sobre su hija derramaba aquella otra pobre vida estancada en una agonía sin fin.

Supeditada a tan agobiante servilismo, para la juventud de María

era aquella vida una roca aplastante que le oprimía el pecho, sediento de aires más puros que los del ambiente enrarecido, de enfermedad constante, que se respiraba en la casona gris.

Para Angustias, a quien la dolencia irremediable había dotado de una sutil percepción observadora, no pasaban inadvertidas las luchas íntimas de su protegida, de las cuales sacaba una consecuencia aterradora: María se cansa de esta vida. Y acometida por inexplicables temores que le sugerían lóbregas perspectivas de soledad despampante, decía a la joven salmos óptimos, que, al salir de sus labios, que los años habían plegado subrayadamente hacia la comisura, le sonaban téticamente, sin embargo de calmar su espiritual amargura por el momento.

—Si supieras, María, cuánto sufro al pensar que por mi causa te veas condenada a este vivir... Pero yo abrigo la ilusión de que no ha de ser por mucho tiempo. Yo espero redimirte pronto de esta vida...

Y hacía una pausa como para respirar ampliamente; pero, en realidad, con el objeto de estudiar el semblante impasible de María, que no revelaba el más leve estremecimiento piadoso. Luego proseguía:

—Entonces podrás vivir a tu antojo. Mi madre no me legó gran fortuna; no vayas a creer que... Pero solamente la venta de esta casa te producirá para pasarlo cómodamente, claro está que sin extralimitaciones superfluas.

La cabeza de María se inclinaba entonces hasta su pecho para ocultar el regocijo que tales consuelos le producían. Sin embargo, demasiado sabía que *aquello* ocurriría muy tarde. Angustias realizaba sus funciones fisiológicas con una cronométrica puntualidad exasperante. Y nunca un leve sufrimiento físico... Mientras que ella, siempre atacada por angustiosas jaquecas que la obligaban a guardar cama días enteros...

Y todo provenía de los abismos de luz en que solía sumirse horas y horas. Llamaba ella abismos de luz a sus sueños, unos sueños que le decían tantas cosas al alma, que le sugerían sobre todo fantásticas escenas y paisajes de aquel más allá que adivinaba detrás de aquella mar casi siempre furiosa.

Así fué naciendo en ella una mujer de insaciables ideales, ideales que cada día se hacían más exigentes y autoritarios, más sugeridores y exacerbantes.

Y mientras, la enferma, cronométrica, había cumplido los cincuenta y cinco años, y todavía conservaba la cabellera de un negror azulado.

"¡Hay vida para rato!" María recordaba exactamente las palabras del medicucho de la aldea, pronunciadas una tarde pretérita en que subió a visitarlas a la casona cenicienta. Y María—la paciente María—estaba aburrida ya de aquel vivir sin emociones de ningún género. Muchas noches, mirando el oleaje, se le ocurría pensar que sería una absoluta redención sentirse tragada por él. Y sentirse inundadas de él las entrañas, hasta que redundara en la garganta y estrangulara la voz aquella martilleante en el cerebro, que tanto daño le producía al sugerirle insensateces que no podrían ser nunca... Y más de una vez se vió precisada a correr a la cama para aplacar con el llanto es-

ta sed asfixiante, esta sed de muerte.

Ahora, en pleno verano, dormían con la ventana abierta, y se hacía más torturadora esta ansiedad, ante el rumor marino que se oía de tan cerca...

III

—Nos vamos esta noche pa la ciudad, María. Me colocan a Juan Pedro de guarda en una fábrica... ¿Por qué no vienes tú? Ya encontrarías allá trabajo; de hambre no te habías de morir. ¡También es una vida la tuya, hija!... Da pena, no creas; ¡estar siempre viendo la tierra que se lo ha de comer a uno!...

Le repiqueaban envenenadoras las palabras de Mariana esta noche. Sentía cómo en el fondo de su co-

jara al sepulcro la arrastraría a ella tras de sí...

Tuvo entonces que hacer un sobrehumano esfuerzo de voluntad para responder a la letanía rutinaria de cada día: "¿Se marchó Bernarda? ¿Cerraste bien las puertas?...". Y, sobre todo, para besar aquella frente, de una resbaladiza suavidad, que la palidez lunaría tenía de un matiz cadavérico.

—::—

Despertó sin saber por qué. Entraba la luz de la luna plenamente en la habitación, inundándola en resplandores inciertos. La enferma dormía. Un reloj de cuco dió las once, y María se sobrecogió profundamente al pensar que en esta misma hora el velero de Juan Pedro surcaría las aguas, dejando



Incubadoras automáticas

Aves de raza y huevos para empollar. Útiles para la cría de aves. Colmenas, abejas, y accesorios para apicultura. Implementos y aparatos para la industria lechera. Peladoras, secadoras, esterilizadoras y demás máquinas para la conservación de frutas y legumbres.

Pida lista de precios del renglón que le interesa mencionando esta Revista a

Grandes Establecimientos Excelsior
JURAMENTO 5148 BUENOS AIRES

razón aquellas ansias de redención se desplegaban y adquirían dimensiones grandiosas. La marcha a otras tierras del matrimonio aquél, reavivaba sus ansias de libertad. ¿Por qué no ir con ellos?

Tal vez no volverá la fortuna a brindarle otro momento propicio a la evasión. Pero pensaba en los ojos tristemente implorantes de la enferma, fijos siempre en ella con temor de desamparo. Y se la imaginaba desamparada y moribunda, torcida la boca en un primero y último gesto de dolor:

—¡María!... ¡María!...

Y la desesperada se asía a sus manos con todas sus débiles energías y enroscaba sus cabellos — los de María — a su cuerpo inválido. Y entonces se le antojaba a María que su vida estaría siempre ligada a aquella otra infeliz vida muerta, y que el día que la desdichada ba-

atrás aquellas costas silenciosas.

Fué un imperativo mandato del anhelo de libertad que la abrasaba lo que le impulsó a levantarse de la cama y a colocarse sobre el alféizar de la ventana y mirar... Y vió a lo lejos cómo las velas blancas e hinchadas de la barca de Juan Pedro se deslizaban suavemente por las aguas, cortando su plata maravillosa hacia alta mar. La vida, no su razón, arbitrada por la gratitud, profirió aquel grito agudísimo que hendió los aires, estremeciendo a la pobre Angustias y obligándola a volver al mundo de la conciencia:

—¡María! ¡María! ¡María!

Pero María, que había salido de la habitación corriendo, pareció no haberla oído.

—¡María! ¡María! ¡Hija mía!

Aleteaban como nunca las manos, arrancando en su desesperación trozos de encaje de las sábanas.

MI SALUDO

Deja, Señor, que mis sentidos se ensanchen y desde este mundo lleguen a tocar tus pies, en un saludo reverente. Como un negro nubarrón de julio cargado con el peso del agua que aún no ha derramado, permite que mi mente se incline ante tu puerta, en una sola salutación.

Que mis canciones junten todas sus diversas melodías, en una sola corriente armoniosa, y corran hacia el mar del silencio, en un supremo saludo hacia ti.

¡Como una bandada de aves nostálgicas, que volaran silenciosas noche y día hacia sus nidos de las montañas, deja, Señor, que mi vida emprenda el viaje hacia su hogar sempiterno en un saludo a ti!

RABINDRANATH TAGORE.

—¡María! ¡María!

Ahora la veía bajar por las rocas escarpadas y sentía en su fina epidermis la aspereza de las agudeces rocosas que debía herir despiadadamente las carnes semidesnudas de la fugitiva. La observó, ya junto al mar, alzar los brazos blanquísimo hacia arriba, caer luego de rodillas e implorar angustiosa, como falta de vida:

—¡Mariana! ¡Mariana!

Y permanecer, los brazos extendidos hacia un punto blanquecino que se desdibujaba en el horizonte hasta desaparecer totalmente.

Vió después cómo las olas paseaban su majestad sobre el cuerpo de María, que había quedado en el suelo inmóvil, como en forma de cruz, y lo lamían. Y más tarde brillar su cara, que parecía nacarada en este momento trágico; luego, desaparecer su cuerpo, sabiamente sorbido por las olas.

—¡María! ¡María!

Los ojos claros, más desorbitados que nunca, miraban aquellas aguas que habían llevado al fin a María, redentoramente quizá, mar adentro, hacia aquella orilla de que no se vuelve...

**El segundo matrimonio de una casada
El primer marido pide una indemnización**

Los tribunales de París intervienen en una reclamación presentada por un caballero, que demanda 13.000 francos por gastos ocasionados con ocasión de su matrimonio, más 50.000 por "los daños morales" que se le han infligido.

El abogado defensor dijo ante el Tribunal que su cliente había contraído matrimonio civil con una hermosa joven de diez y siete años. La ceremonia religiosa debía verificarse al siguiente día en la iglesia de Santa Clotilde de dicha capital.

En efecto, el día fijado congregáronse en el templo el novio, los padrinos, los testigos y los invitados con el obispo del Mans, que era el que debía officiar en el acto. Transcurrió media hora, y la novia no acudía a la iglesia. Como pasara otra sin que la muchacha llegase, supieron que se había puesto enferma.

Cuando algunos se disponían a acudir al domicilio de la novia para conocer las causas de aquella extraña ausencia, llegaron al templo dos amigos de la joven para manifestar al novio que aquella había cambiado de pensamiento y que, por tanto, todo el mundo podía retirarse.

La casada civilmente permaneció en su casa con sus padres.

Después de algunos meses de desesperación por el fracaso de lo que constituía para él una felicidad, el marido entabló demanda de divorcio, y obtuvo el fallo favorable de disolución de matrimonio.

Algunos meses después su joven ex esposa se enamoró de otro hombre, y al cabo de poco tiempo contrajo matrimonio con él.

Al tener conocimiento de lo acaecido, el primer marido volvió a invocar la ley en solicitud del pago de los gastos hechos en su matrimonio y la indemnización por daños morales ya apuntada.

DE OTRA ÉPOCA

Por Concepción Soneyra

(Capítulo del libro, así titulado, que acaba de aparecer)

Era la ciudad de San Luis en aquel entonces, una población pobremente construida y situada estratégicamente para custodia de prisioneros. Rodeábanla extensas soledades, ofreciendo la seguridad de evitar cualquier evasión a los que no podían tener medios considerables de movilizarse.

Elegida por esta circunstancia, fueron puestos en ella los rendidos de Maipú. Gobernaba desde 1814 el distinguido coronel don Vicente Dupuy, nacido en Buenos Aires, quien ya había dado pruebas de sus cualidades en la campaña de la Banda Oriental.

Hombre de natural bondadoso, era en su acción positivamente enérgico, y así lo demostraba en las medidas ejecutadas durante su ejercicio. Como instrucción fundamental tenía la de organizar las milicias y comenzando el empadronamiento hizo publicar un bando en el que entre otras cosas advertía, que sería castigado inexorablemente quien atentase contra el sistema de gobierno u orden impuesto. También se había preocupado en fomentar la agricultura, llevando en ese sentido grandes mejoras.

Cuando le fué anunciado, que serían enviados allí los españoles, se ocupó personalmente de buscarles ubicación, eligiendo para los jefes las mayores comodidades de que podía disponer, dando además alojamiento en su casa a don Lorenzo de Morla, comandante del célebre regimiento "Burgos".

Todo eso era facilitado por los merecimientos de los proscriptos, que obligaban la ingénita amabilidad del gobernante y de los nativos, vinculados a muchos de ellos por relación o parentesco. Pudieron hospedarse en casas independientes, el ex presidente de Chile, don Francisco Casimiro Marcó del Pont y su teniente general, don Ramón González de Bernedo.

El brigadier Ordóñez, el coronel Primo de Rivera y teniente Ruiz Ordóñez, sobrino del primero, tuvieron para los tres su vivienda aparte. Lo mismo Morgado, jefe de la caballería realista y el comandante Carretero, a quien se le designó la casa denominada de Polet para que la ocupara con los oficiales subalternos.

La demás tropa llevada al cuartel bajo la custodia del comandante militar José Antonio Becerra, tenía puerta franca todo el día y se les permitía pasar la noche fuera si lo solicitaban. La acogida fué tan hospitalaria que los mismos confinados estaban sorprendidos, como lo decían en su correspondencia.

Dupuy, reunía frecuentemente a sus huéspedes, pues se complacía en presentarles a las principales personas, con el fin de reducir distancias y antagonismos, amenizando así con el mejor contingente social las atenciones para con ellos.

Figuraban ya los apellidos Millan de Quiroga, Pringles, Lucio, Llerena, Lucero, Calderón, Peñaloza, Tis-

ceira, Daract, O'Connor, Gatica Pedrera, Páez Herrera, Rey, Ramos Orozco, etc., llegados en su mayoría por vía de la cordillera, otros descendientes de conquistadores, o bien de antiguos pobladores con cargos administrativos.

En esa sociedad patriarcal se limitaban las fiestas a unos pocos bailes ceremoniosos, donde la pulcra cuadrilla era sustituida una vez que otra por la zamueca chilena, pero en cambio pasatiempos sencillos daban campo para agradables esparcimientos.

Ocupadas las niñas en ayudar a ejercitar las pequeñas industrias,

indispensables entonces, contribuían con ello al bienestar de la vida de hogar y aunque esto era motivo para restar horas a las diversiones, no lo era para quitarles alegrías.

Las futuras amas de casa, sabían preparar pan, almidón, jabón, velas, queso, dulces, licores, confituras, como desempeñarse en la medicina casera discretamente ejecutiva, sustituyendo también a la escuela, no digo con ventaja pero de modo muy eficaz en la época. El elemento femenino inculcaba las primeras letras y al alternar el catecismo con la cartilla, obtenía resultados encomiables entre los niños y servidumbre.

Tranquilamente se deslizaba la vida cuando los acontecimientos iniciaron un cambio. Tanto huésped que atender y complimentar, algo resentía las diarias costumbres y mucha culpa se atribuía a la buena impresión causada por los realistas en las jóvenes puntanas.

La familia de Pringles, era una de las más afectadas en ese sentido, compuesta de cuatro niñas y dos mozos, uno de los cuales estaba

LA DULCE PAZ

(Del libro de poesías "Los cirios del santuario", recientemente aparecido).

Lejos, bien lejos del bullicio loco
de las grandes ciudades,
en un rincón de la campaña virgen,
toda envuelta en las sombras de los árboles
he soñado una casa solitaria
para vivir la gloria de adorarte.

Una casita humildemente sola,
entre nidos de aves,
al amor de las músicas alegres
que cantan las orquestas naturales,
lejos de las pasiones de la turba
y muy cerca de todo lo adorable.

Una casita humilde, muy humilde,
en la cual tus afanes
de esposa y siempre novia en primavera...
harían el milagro deslumbrante
y dulcemente humano, de trocirla
en un alcázar que no supo nadie...

Allí, tu juventud,—¡ cofre de ensueños!—
sólo por azularme,
se abriría a mis ruegos fervorosos
para ofrecerme todos sus caudales,
para saciar mi lírica avaricia—
¡ Pecado Capital de los amantes...!

En oprimido y tembloroso abrazo,
en beso interminable,
ocultos por las frondas perfumadas,
en perpetuo consorcio con las aves
sería dulce la vida, ¡sería dulce
como una miel de célicos panales!

¡ Oh, la visión de la casita sola
perdida entre el follaje!
Allí sueño aguardar contigo el día
en que el tiempo, por ley inexorable,
sobre nuestras cabezas—sol y noche...—
derramando su nieve, nos hermane!

JOSE MARIA NUNEZ.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, catálogos, folletos, y otras publicaciones

Precios sin competencia
Trabajo garantizado
— Entrega inmediata —

Pujol & Cía.

B. Mitre 1259

Buenos Aires

UNION TELEF. 38, MAYO 2589

destinado a ser heroico, encontraba en la estada de los proscriptos ocasión para bromas, charlas y distracciones.

Cerca de ella se alojaba el bizarro brigadier Ordóñez; éste era de rostro expresivamente leal, de frente alta y descubierta, coronando unos ojos negros y tristes que a veces brillaban en reflejos acerados, imponía con su porte marcial indicador de su hábito de mando, la nariz aguileña y la boca finamente conformada, denotaban su origen, dando la nota de fusión de razas artísticas y fuertes, líricas y graves, soñadoras, guerreras y siempre palpitantes como un gran corazón.

Había combatido esforzadamente y ante la retirada deslucida del jefe de las tropas, asumió el mando de los más consecuentes, defendiendo como león el lábaro de su estirpe. Después de ser vencido, al pasar entre las fuerzas enemigas, siguió infiltrando sus valores y aquellos soldados poseedores del triunfo, al levantar la mano en el saludo militar, experimentaban que batían palmas al unísono, la alegría y la admiración.

Para él, pasaban los días lentamente, viendo lejanas las horas del porvenir ambicionado y el recuerdo de sus hechos de armas rápidos, decididos y honrosos, no amortiguaban las nostalgias que lo llevaban a mirar la vida con esa exterioridad objetiva, que mecaniza al que trata de poner una lápida a su voz interior.

Cortesmente recibía y aceptaba las invitaciones que se le hacían para los frecuentes actos sociales, pero bajo la gentileza se adivinaba amarga decepción. Era de espíritu ecuaníme y cuando en el baile de gala que les ofrecía a los hispanos el señor teniente gobernador, unas canciones mal intencionadas respecto a los obsequiados, turbaron los ánimos, levantando crudas protestas, secundó caballerescamente los afanes del señor Dupuy, quien, tratando de aquietarles, manifestara que a todos los asistentes les brindarían los nativos una recepción.

Algunas veces al atardecer, grupos juveniles salían en jiras por los

alrededores de la ciudad y esos ratos eran los únicos que solían abstraerlo de sí mismo. Quizás alguna beldad iba interesando su afecto, porque a menudo comprobaba que acortándose los paseos, dejaban en trabajo incesante su imaginación. En realidad, el conjunto mujeril era distinguidísimo, pero entre todas se destacaba como reina, Margarita Pringles.

El destino en ese caso facilitó, cual siempre, medios para transformar la nebulosa, y obsecuente y tenaz, dió la línea reveladora de un mundo de ensueño y de esperanza hasta entonces desconocido en las profundidades de un alma.

La casa de la niña estaba rodeada de un ancho jardín separado de la acera por una verja baja, ella cuidaba por sí misma las plantas favoritas, de modo que los ojos expectantes del vecino, aprovechaban los momentos en que se dedicaba a esa tarea para formar acopio de hermosura, bordando y matizando la trama de ilusiones.

Graciosa era la figura y cuando levantando una rama o desprendiendo una hoja, alzaba como en arco los delicados brazos, dejaba en lucimiento líneas estatuarias que sostenían triunfantes la egregia cabeza, hilos dorados circundaban su frente y los besos del sol tejíanle diadema.

Contemplada en esa actitud parecía un símbolo, y el brigadier que interpretaba el arte como potencia creadora que trabajada por el intelecto especulativo construía realidades, observaba una y mil veces el cuadro sin cansarse jamás.

Así invadía su espíritu una aspiración íntima, un futuro, un ensueño, una orientación sin brújula, pero frente a la estrella luminosa, blanca y titilante, ante la cual surgiría la promesa ideal.

A la celeste aparición llegaba a su corazón como un enérgico latido que lo vivificaba, percibiendo en su interior un himno que se alzaba en fuerza incógnita, envolviéndolo dulcemente y grabando un anhelo.

En las horas de concentración, dentro el amparo de cosas supremas, forjaba con los recuerdos de la víspera y a la luz de las pupilas de ágata, una redoma para sublimar su espíritu eternizándose en sincera plenitud.

El amor, como estela radiosa, tendía su influencia sobre todos los modos de exteriorizar sentimientos y semejante a la luna señora de los cielos, que entretiene sus ojos de soberana, haciendo que las aguas salobres de los mares, morenas de los ríos, jueguen el flujo y reflujo de sus ondas, desbordantes unas veces y otras alejándose en fuga que se hunde en el silencio, mecía el alma con el ritmo que pone alas a la belleza madre de la verdad, traducida en la santidad del afecto a la mujer preferida.

El pensamiento volaba en derredor del foco de luz, para quedar dentro del luminar, cuyo calor era emoción, girando las horas al miraje de los castillos encantados, donde un solo personaje con cetro y corona, llenaba el escenario en toda su amplitud.

Un día de serena calma en que el aire parecía inmovilizarse en el grato reposo, organizaron un paseo hasta un punto distante del poblado. Pronto se formaron parejas que en amena concurrencia quebraban el silencio, sin embargo Margarita y su acompañante, caminaron largo trecho ensimismados, como queriendo revestir con su actitud la fanta-

sía y aquel hombre que pasara por barreras de peligros con valor olímpico, temblaba ante la idea de un gesto, o de una palabra de negativa.

De pronto, la voz cálida de Ordóñez se inició resuelta, diciendo: — Señorita, podría considerarme el último de los hombres porque soy prisionero, y en esa condición no debía alzar mis ojos hasta su realeza, pero por lo mismo que sé en

las horas en la esperanza de verla y verla siempre. Todo desaparece ante su figura, que encarna para mí el perfecto modelo humanizado. Nunca vi, bajo una frente de mujer construida como la cúpula cobijadora de recta voluntad, ojos más límpidos, ni que reflejaran mejor la grandeza intelectual, unida a un delicado sentir de pureza diamantina.

Sé que su belleza atrae misterio-



TALLER DE GRABADOS
SELLOS Y GOMA

NOMENCLATURAS
PLACAS DE BRONCE

FABRICA DE CHAPAS ESMALTADAS

BARALE H. S.

LAVALLE 752
31-RETIRO-3970

FABRICA
JOSE M. MORENO 549
U T 877 FLORES

usted todas las superioridades, me amparo en la caridad de su alma para que escuche y perdone lo que encierra este afecto lleno de respeto a su persona.

Jamás, hasta el momento de conocerla me he conmovido así, mi vida no sabía de estos entusiasmos, de estas ternuras, de estos dolores, de esta inquietud vaga y persistente que apresura los días y absorbe

samente y llegan legiones de pretendientes, tan indignos como yo mismo, pero al escucharme usted, ya excusa a quien, sin resistencias, cede a fuerzas irreducibles.

La amo, cual no creía que pudiera ser, desbordan en mí todos los cariños y no encuentro sonidos que presten elocuencia a mi labio, pero con la unción de la fe que ha sabido inspirarme, permita que le pida vi-

El charlatán y el monarca

Preciábase un charlatán, de esos que sólo se ocupan en embaucar al prójimo, de que sería capaz de convertir en elocuente orador al más estúpido patán, y hasta tuvo la osadía de asegurar, formalmente, que obtendría el mismo resultado aunque fuera con un asno. Llegó esto a oídos del Rey, y habiendo enviado a llamar al charlatán, díjole, cuando estuvo en su presencia:

—Tengo en mis cuadras un magnífico jumento, al que quisiera que enseñases leyes, poniéndole en camino para llegar a ser un famoso abogado. ¿Te comprometerías tú a conseguirlo?

—Basta que sea ese el deseo de V. M., para que yo me apresure a complacerle — contestó el charlatán; — me obligo a enseñar al asno de modo que pueda lucir sus dotes oratorias en los bancos del Congreso, mas para esto necesito que se me conceda un plazo razonable.

—¿Qué tiempo te bastará? — repuso el monarca.

—Señor — contestó el charlatán, — con diez años tengo suficiente.

—Muy bien — replicó el Rey, — te otorgo ese plazo y te daré, además, una buena recompensa; pero te advierto que si no cumples tu palabra te mandaré ahorcar apenas expire el término.

Salió el charlatán de palacio, alegre y satisfecho, y como encontrase en la calle a un compañero, a quien refirió la aventura, díjole este último:

—Me parece, amigo mío, que te huele el cuello a cáñamo y que vas a bailar en la cuerda por comprometerte a un imposible. ¿Cómo quieres hacer hablar a un burro?

—¿Qué tonto eres! — replicó el otro; — ¿crees tú que en diez años no morirá el Rey, el asno o yo?

vir al amparo de su sombra y ser su esclavo. Su palabra llegará a mi oído armándome caballero y cara al sol, no veré más que la suave luz de sus soles.

Transcurrido un momento intenso, las miradas se cruzaron compendiando la misma emoción y Ordóñez jubiloso, dijo: ¡Gracias!

Iba despidiéndose el día y en la caricia tibia de la tarde, marchaban los enamorados en esa soberana gravedad que impone la hora en que todo lo creado se recoge y se sumerge, condensándose en el recinto del corazón, llevaban dentro el pecho un universo y las estrellas lucían en guiños fugaces como burladoras promesas de cielo.

Bullanguera regresaba la caravana, apresurándose por los preparativos que exigía el baile que daban en lo de Pringles y al que debía asistir un personaje, que despertaba la curiosidad de muchos y la simpatía de pocos, éste era Bernardo Monteagudo.

La miseria en Hungría. Una madre quiere vender tres hijos de seis que tiene.

Según comunican de Budapest, aumenta enormemente la miseria en Hungría, y ello es causa de muchas tragedias y, sobre todo, de que se acreciente extraordinariamente el número de atentados a la propiedad, según dicen alarmados los periódicos.

Las clases privilegiadas viven muy bien y jamás ha habido más lujo ni más fiestas en Budapest, pero en cambio la clase media y el pueblo sufren horriblemente.

Por eso no ha causado extrañeza un suceso emocionante ocurrido el domingo último en el mercado de la ciudad de Debreczin.

Cuando mayor era la concurrencia de vendedores y compradores, la mujer de un obrero llamado Antón Branyik sentóse acompañada de tres hijos junto a un vendedor de legumbres, y llorando comenzó a gritar:

—¡Yo vendo tres hijos, de seis que tengo! ¿Quién me los compra?

Llevaba consigo una chica de catorce años, otra de tres y un niño de pecho, de nueve meses.

Se aglomeró en torno suyo mucha gente, y la pobre mujer dijo que su marido estaba sin trabajo desde hacía muchas semanas; que tenía seis hijos; que todos se estaban muriendo de hambre, y que por eso se había decidido a vender a tres de ellos, para con el importe dar de comer a los otros tres.

Encontró compradores para las dos niñas, y vendió la menor en 90.000 coronas papel, y la mayor en 300.000.

Nadie quiso comprarle el niño de pecho.

Los compradores de las muchachas, que son dos aldeanos, entregaron el dinero y se marcharon con ellas.

Y el mercado continuó, después de tan doloroso acontecimiento, como si no hubiera ocurrido nada.

Los amores de Wagner y Matilde

Wesendonck

Hija de un consejero real, linda, distinguida, habiendo apenas cumplido veinte años y ya casada con Otto Wesendonck, rico comerciante que recibía en su casa a literatos, músicos y artistas, Matilde, al asistir a un concierto sinfónico en el que se interpretaba solamente música de Wagner, cayó en éxtasis ante el genio del compositor.

Admitido en la casa, Wagner pronto fué un familiar en ella y la afinidad de sus gustos artísticos con Matilde hizo que entre ambos surgiera viva simpatía, que muy pronto transformóse en intenso amor.

Wagner, mal comprendido por su esposa Minna, ansiaba tener cerca de él un corazón, un espíritu, un alma de mujer que le comprendiese. Y ese espíritu fué la ideal Matilde.

Durante una permanencia de Wagner en la villa cercana a la casa de los Wesendonck, surgió entre Ricardo y Matilde el chispazo, del que brotó la llama que debía unirlos durante largos años. Embriagado por aquel amor intenso, Wagner empezó a escribir ese magnífico poema de pasión llamado "Tristán e Isolda".

No era un ensueño al que elevaba un monumento, sino a la realidad viviente de una pasión casi trágica. Matilde, que vivía en la exaltación de aquel amor, seguía día a día los progresos de la incomparable obra maestra.

El día de Año Nuevo, Wagner envió a Matilde una "flor de la nieve", con las siguientes palabras que pueden adaptarse al mismo ritmo de la escena de amor del segundo acto de la ópera:

"Bienaventurado, libre y puro, arrancado al dolor gracias a tí, soy tuyo para siempre. Las quejas y renunciamentos de Tristán e Isolda, en el oro de los sonidos; sus lágrimas, sus besos, todo lo pongo a tus pies para que adoren al ángel que me ha elevado hasta la cima de la felicidad".

Entre ambos amantes, cruzábanse cartas apasionadísimas. Una de ellas, escrita por Wagner, desde Venecia, dice así:

"No; no te arrepientas de esas caricias con que has adornado mi pobre vida. El sueño del poeta debía convertirse en maravillosa realidad. Este rocío de alegría vivificante y transfigurador, debía caer alguna vez sobre el árido suelo de mi vida. Nunca lo esperé, y, sin embargo, creo que lo presentía. Ahora estoy ennoblecido; he recibido mi título de caballero por tu corazón, tus ojos y tus labios. Cada partícula de mi cuerpo está impregnada de tu amor. La conciencia de ser amado por tí con esa plenitud de ternura y esa íntima castidad, me hace estremecer de gozo. ¡Ah!... Respiro aún el perfume embriagador de esas flores que recogiste para mí sobre tu corazón; no eran gérmenes de vida terrestre, era el perfume de flores sobrenaturales, de una vida eterna. Ahora no somos dos seres humanos sino una sustancia divina de la Eternidad. ¡No!... No te arrepientas. Esas llamas ar-

den luminosas y puras. Ningún sombrío ardor, ningún humo de angustia mancha su claridad. Tus caricias de amor son la corona de mi vida, las rosas de alegría que florecieron sobre mi corona de espinas. Nada de preocupaciones, na-

da de deseos. Gozo, conciencia suprema y fuerza para todo; para enfrentar las tempestades de la existencia... No, alma mía, no te arrepientas de haberme dado tu amor".

Esta carta ardorosa, apasionada, muestra el profundo amor de Wagner y tiene muchas frases de "Tristán e Isolda"; hay en ambos el mismo éxtasis, el mismo fuego, la misma embriaguez de dos corazones abrasados por la sublime voluptuosidad de amar.

¿Pero el honor fué tal vez más fuerte que el amor? ¿Quién puede decirlo a ciencia cierta?

A un mismo tiempo vivían el amor de "Tristán e Isolda" y el de

¡Y... era Cleopatra la divina!

Si Nueva York es el escenario de las mayores atrocidades, París, es el cenáculo de las mejores excentricidades y extravagancias.

La divina Cleopatra, la sobrina de los Tholomeos y magnífica reina de Egipto, la bebedora de perlas, la fastuosa novia del triunviro romano, Marco Antonio, la suicida de los jardines del gran faraón, acaba de resucitar, nada menos, que bajo los geranios y rosales del jardín-cillo que rodea a la Biblioteca Nacional de París.

Napoleón, el gran Bonaparte, cuando profanó los arcanos y misterios de las Pirámides, estupró, torpemente, las voluptuosidades del maravilloso Nilo, y, descarado, holló con su planta de Atila, los dorados desiertos del Egipto; entre sus preseas de guerra trájose, como el más vulgar y romántico galancete enamorado, como otro Pierrrot juglaresco, la momia de su prehistórica Colombine, nada menos que a esta hermosa Reina de Sabá, cuyo sueño turbó, arrancándola de aquella regia tumba donde, como nuevo templo, la habían enterrado sus adoradores y vasallos.

La novelaría, agrega que el guerrero invasor, cuando dió con la momia de la divina Cleo, viéndola libertada de todos sus ungüentos y vendajes, en la magnífica desnudez de su momificación, permaneció, a solas con ella, toda una noche, en su tienda de campaña que el simoun del arenoso desierto del Sahara, sacudía rabioso y celoso de esta conquista de amor.

El caudillo de las Pirámides, embobado, como caballero que vela sus armas, durante esa noche, no cesó de admirar los encantos de la satánica mujer, prohibiendo, bajo penas severísimas, que alguien turbase este idilio entre el nuevo Marco Antonio y la diosa de la belleza egipcia.

Soñaba el gran guerrero con las grandezas de aquellos tiempos milenarios, y nostalgaba, celoso, el no haber surgido en aquella época, para haberse conquistado, en lugar de Josefina, a esta hechicera de los ensoñadores jardines de Sabá. Y ya, que llegó tarde al banquete del tiempo y no pudo hacerla suya en vida, la raptó en muerte y se la llevó, consigo, a su París; y para ocultarla a la envidia de las Tullerías, la formó ese nido secreto que él sólo conocía y que ahora, casualmente, se ha descubierto al hacer obras en esos jardines y dar con esa fosa sarcófago, donde reposaba tan hermosa momia egipcia.

¡Triste destino la de aquella tan hermosa como desgraciada beldad, porque arrancada del misterio de sus catacumbas salomónicas, se la transportó a donde el grosero prosaísmo del mercado de los dólares y las esterlinas, la Bolsa y el burdo y horrisono crepitar de los camiones, de ese boulevard, música infamante, la castigaban en muerte, riéndose, sarcásticos, de sus poesías de vida!

Lo que falta ahora es, que la momia de Cleopatra, que por los camouflagistas parisinos se dice descubierta cerca de las Tullerías, resulte como la canilla de don Quijote, que reposa bajo los tilos de la plaza principal de la ciudad chilena de Talca.

J. FERNANDEZ PESQUERO.

El

FRAY MOCHO

se imprime con

Tintas

importadas por

PEDRO WEINSTOCK

Medrano 226

U. T. 63, 1675 Almagro

BUENOS AIRES

dos amantes.

Por una carta interceptada que el compositor enviaba a Matilde, junto con unos fragmentos de la ópera, la esposa ultrajada supo la verdad y provocó una escena terrible durante la cual Wagner tuvo "que ver que era su esposa y la madre de sus hijas, para no arrojar de su lado al alma mediocre que no comprendía la grandiosidad de un amor sin igual".

Advertida Matilde, su primer pensamiento fué para "Tristán e Isolda". ¿Aquel trastorno no impediría la realización, la conclusión de la obra maestra que había de asegurar a su amado un lugar en la inmortalidad?

Llena de generoso ardor ofreció a Wagner separarse de él, a fin de calmar las iras de Minna. Esta, poco al corriente de delicadezas, fué a visitar a Matilde, y entre ambas mujeres se desarrolló una dolorosa escena que terminó para una, la esposa, en un ataque al corazón, y para la otra en una crisis de desesperación, después de la cual marchóse con su marido al norte de Italia, a fin de olvidar sus angustias y alejarse de aquella mujer que la perseguía sin cesar.

Para Wagner el golpe fué terrible. Habitado a aquella existencia, al amor de Matilde, su espíritu cayó en un sombrío pesimismo, y durante varios meses cesó de trabajar, abandonando "Tristán e Isolda".

Una carta apasionada de Matilde le volvió a la vida y contestóle:

"Nuestro hijo espiritual, a quien había abandonado, me reclama de nuevo. Por tí vuelvo a la tarea. Sostenme con tus palabras de cariño, si quieres que nuestro "Tristán" sea una realidad".

Después de larga ausencia, Wagner y Matilde volvieron a verse; pero la vida ponía entre ellos terribles obstáculos. La maledicencia y las charlas de Minna habían corrido por todas partes y para nadie era un secreto la "liason" del compositor y Matilde Wesendonck.

¿Te acuerdas? Era un atardecer frío y lluvioso de agosto, tú y yo, desde el piso 14 de la Galería Güemes, contemplábamos la ciudad envuelta en la bruma y el río, cuyas aguas cabrilleaban bajo las infinitas luces de las embarcaciones. La orquesta hacía oír un travieso fox-trot de Chevalier y en la mesa vecina a la nuestra, dos jovencitas y un muchacho tarareaban la canción poniendo un subrayado a su picardía.

Yo estaba triste; tú, indiferente. De allí se derivaba mi tristeza, porque cada vez que te encontraba renacía en mí la esperanza de oír de tus labios las frases de amor que, en sueños, cantaban en mi torturado corazón!

Mudos y oscuros agitábanse en mí los sentimientos; lejano a mi reprimido dolor, me miraste, y sonriendo dijiste con tu amada, profunda voz:

"Qu'importe nous les trahisons
Des lèvres que nous baisons
Si ces lèvres sont jolies.
Qu'importe nous les vains discours,
Aimons nous, les jours sont courts
C'est l'heure des folies.
Verse, verse, tes baisers
A mes sens inapaisés
Jusqu'à la dernière goutte
Verse ton cœur inhumaine,
Tu me trahiras demain,
Mais ce soir je t'aurai toute!

¡Qué rubores arrancaron estas palabras a mi rostro! Ellas traducían tan solo la eterna persecución del deseo, y no aquellas de buen amor que yo ansiaba, casi hasta la desesperación.

Mi silencio, mi sonrojo y mis miradas que huían de tus ojos para esconderte el dolor que asomaba a los míos, te hicieron comprender, quizás, mi pena desgarradora. Nunca, ni cuando cercaste mi vida con el aroma embriagador, aunque mentido, de tu amor, supiste de la desolación inmensa que en ese instante me poseyó. Te había colocado tan alto en la pura atmósfera de mis anhelos, eras en mi sueño loco, tan perfecto, que esos versos fueron como una injuria que se murmurase en un templo, como una profanación al amor que yo guardaba para tí...

Llovía aún cuando salimos. Cual ojos inmensos y vigilantes, luces de todos colores centelleaban en la noche como a través de lágrimas, y entre los mil ruidos, las bocinas de los autos y el pregón de los diareos ponían su nota rumorosa.

Tu coche nos esperaba. Fuimos en silencio; yo, porque la angustia de mi pena oprimente, humillante, anudaba mi voz; tú, porque, tal vez, pensabas en mi tristeza que no podías remediar porque no me amabas. Entonces, por piedad, besaste mi mano. A esa caricia inesperada mi corazón latió tan violentamente que tuve miedo. ¿De qué? No pude revelármelo a mí misma en ese instante y me esforcé en contener las lágrimas ardientes que temblaban en mis ojos.

¡Cuántas veces hiciste brotar en mí emociones tan intensas! ¡Cómo prestaba mi alma a los pinchazos dolorosísimos de tu indiferencia, que acentuabas ante la vehemencia desesperada de mi amor!

Pero, te habías encarnado de tal manera en mi espíritu, que, después de todo mi angustioso, lacerante dolor, después de mis aparentes desdenes, en las horas en que reía de todo, en que me burlaba cruelmente del sentimiento, que me

¡TODAVIA LATE!

Por Xenia

dominaba, un cansancio mortal me invadía, y mi pena se diluía en amargas lágrimas; lloraba, entonces, largamente, angustiosamente, sin que el llanto calmara mi tormento.

En medio de mi dolor inmenso, indescriptible, como el infinito, obstinábame aún en esperar un milagro y, tenazmente, seguía rondando, de lejos, tu vida, tras tus huellas, incansable, pidiéndote como un mendigo, siquiera la limosna de tu amistad.

Hasta que un día... (siglos habían pasado para mi corazón), tú me dijiste que me amabas. Entre el anhelo enfermizo con que había aguardado estas palabras, la revelación esperada me sobresaltó extrañamente. ¿Qué sería ahora de mi pobre vida, tan aferrada a tí, aun antes de poseer tu amor? Mas, la

padeo de los lejanos astros, todo hacía estremecer mi corazón, tenso como la cuerda de un arpa, atormentado por sus caprichosas sensaciones, ora triste, ora alegre, siempre martirizado, porque la copa de su amor, era de muy frágil cristal...

Lejos de la vida, ajena al tiempo, seguía amándote profunda, religiosamente. Una tarde dorada y cálida te aguardaba junto a la ventana bañada de sol. En el dulce aire de primavera, las campanas del Espíritu Santo resonaban con voces claras, serenas: ¡Din! ¡Don! ¡Din! ¡Don!, rompiendo el silencio.

Tú entraste tan cautamente que casi no oí tus pasos; los ojos esquivos huían de mis miradas y al fin, con vagas palabras que forzabas a emocionar, falsamente, buscabas cómo matar mi corazón.

Acaba de publicarse

EL ALMA DE MIS HORAS

Poesías por

RICARDO ARÁMBURU

Un volumen en 8.º, con un retrato del autor y primorosas tricomías publicado por la CASA FRANCO-IBERO-AMERICANA, de París

PRECIO: \$ 8 m/n.

DE VENTA: En la Agencia General de Librerías y Publicaciones, Rivadavia 1573, Bs. As., y en las principales librerías.

esclavitud que entreveía, no ahuyentó mi pasión.

Desde entonces mis horas se deslizaron como en un sueño fantástico, entre destellos de luz, entre sombras de inquietud y un constante temblor en el corazón, que desfallecía cuando no estabas a mi lado.

Tenía breves treguas mi angustia sin nombre: era cuando estaba contigo, perdida, toda entera, en el murmurio acariciador de tu voz, en el profundo mirar de tus ojos; parecíame, entonces, tocar la eternidad, llegar al infinito, calmada por instantes la sed turbulenta que acrecías con tu querer, y el grave silencio que nos rodeaba, se impregnaba del cándido perfume de las blancas lillas y de los jazmines, aromas que aún persisten en rodearme hoy, ya pisoteado, destruido, el divino romance.

Me había encerrado en mi amor como en una celda. El mundo no existía para mí; separada de él por las murallas altísimas de la pasión, el alma se embriagaba en ella, agitada por la ternura, temblando de inquietud, unida a tí por mil lazos invisibles.

La música despertaba la dulce tristeza que me rodeaba, tristeza de amor, envuelta en las ondas misteriosas, enervantes, de su querer; las voces ocultas que cantan en las brisas de los atardeceres, el par-

Palabras, palabras pálidas, vacías e incoloras con las que querías conmovir mi sensibilidad, despertar mi compasión hacia aquella mujer que necesitaba de tí y de tu nombre, palabras que mordían las fibras más ocultas de mi pecho, que desgarraron mi alma en míseros jirones.

Creí entonces que mi dolor era engendrado por tu vileza, que rompió, con brutal violencia, el velo de mi ciega adoración; mas, no, era que comprendí que aun cuando tú fueras el último hombre del mundo, perverso o bueno, no podría arrancarte de mi corazón; y ante mi cobarde debilidad, convulsivamente, con un esfuerzo sobrehumano, sin una queja, sin una lágrima, te señalé la puerta.

Como un ladrón, con la cabeza baja, tú saliste, llevándote en la loca llamarada de mis ojos, toda mi impotente desesperación. Pero cuando la puerta se cerró tras de tí, aniquilada mi falsa energía, deshecha, rota mi pobrísima alma, oleadas de llanto, llanto de resignación, amargo, como todas las miserables desilusiones de la vida, subieron a mi garganta y caí sollozando, besando el frío suelo que hollaron tus pies.

La Vida continúa su curso. Va luciendo, inmutable, indiferente al humano dolor, sus mañanas pensa-

tivas, sus crepúsculos de oro, sus noches infinitamente bellas.

Y el muerto corazón sigue latiendo, al igual que las campanas serenas, siguen diluyendo sus sonos en las pálidas tardes: ¡Din! ¡Don!, ¡Din! ¡Don!, con sus claras voces de cristal...

Cómo curar ciertas heridas de los árboles

Una herida cualquiera practicada en un árbol puede ser peligrosa, a causa de una cicatrización difícil o incompleta.

Monsieur Chavastelon, decano de la Facultad de Ciencias de Clermont-Ferrand (Francia), indica el medio de conseguir una cicatrización completa y una conservación de la madera que queda al descubierto hasta que se forma el tejido mencionado. Este medio consiste en pintar las heridas, inmediatamente después de practicadas, con una solución de bicromato de cobre, que se obtiene mezclando soluciones hechas en caliente y enfriadas después, de bicromato de potasio o de sodio al 6 por 100 y de sulfato de cobre al 6 por 100 también. La mezcla compleja contiene sulfato de cobre no descompuesto, sulfato de potasio o de sodio y bicromato de cobre.

Las sustancias albuminoideas de las células abiertas o heridas, coaguladas e inmovilizadas por los bicromatos, contribuyen también a la acción preservativa, completando la especie de corteza imputrescible formada por el bicromato de cobre.

Los cortes anchos o largos practicados en diversos árboles, albaricqueros, melocotoneros, ciruelos, cerezos, manzanos, perales, nogales, etc., han evolucionado normalmente después del tratamiento, y la cicatrización ha sido siempre completa.

Tanto para la preparación, la manipulación y la conservación del bicromato de cobre como para la disolución del bicromato y la del sulfato de cobre, no deben emplearse más que recipientes de madera, de barro barnizado, de greda o de cristal.

Mi hijita Sarita

(Para FRAY MOCHO).

Cual rosa que a la mañana se abre al soplo de la aurora en eclosión seductora son tus dos labios de grana.

Tu mirar, que se engalana con la luz deslumbradora del astro Rey, creo que añora alguna estrella lejana.

Tu decir dulce y gracioso, es ritmo y melodía de pajarillo cantor.

Y, con tu correr gozoso, parece a mi fantasía, ave, astro, niña y flor.

Francisco G. Sarmiento.

NOVIOS FELICES



Resultaron todos

NOVIOS FELICES

los que compraron sus

Anillos de Compromisos

Cintillos y Alhajas Finas con Brillantes

— en la —

CASA SCARINCI

Florida 142

Buenos Aires

JUEGO de dos Anillos de Oro 18 K., macizos, lo más moderno, \$ 20; 25; 30; 35 y 40.

JUEGOS de dos Anillos con Cintillo de Oro 18 K., y Záfiro Blancos, a \$ 38; 45 y 50.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro 18 K., Diamantes Finos, \$ 60. Con Cintillo de Tres Brillantes Finos, y 2 Záfiro Colibrí, desde \$ 75; 85; 95; 115; 125 y 150.

JUEGOS de dos Anillos Compromiso y Cintillo de Oro y Platino Fino, con 5 Brillantes Finos, desde \$ 95; 115; 125; 150 hasta \$ 500.

Nota importante:

Al efectuar sus pedidos sírvase mencionar «FRAY MOCHO»; tendrán el 10% sobre estos Precios.

Dirigir carta a NICOLAS SCARINCI, Casa Longines, Buenos Aires, Florida 142.

En el partido de San Isidro, en terrenos de propiedad de una descendiente del general don Juan Martín de Pueyrredón y a pocas cuadras del pueblo, se levanta, solitario y majestuoso, un ombú; que pasa inadvertido para los pobladores actuales del antiguo pueblo de la costa, y que debe su origen a un sueño de un capitán madrileño (1).

De este árbol, que como decimos, ignoran la historia los pobladores del partido, aparece aquí su vista, inédita hasta el presente. Es bellísimo, aun cuando en otras épocas haya sufrido podas. Sus gruesas ramas se extienden en todas direcciones, formando una copa preciosa y su sistema radicular es enorme, calculándose su edad en más de trescientos años (2).

Cedamos ahora la palabra a un pariente del mismo general, quien al hablar sobre los recursos de antaño del dueño y señor de esos parajes, dice, refiriéndose a este coposo árbol:

"Los generales San Martín, Pueyrredón y Guido se encaminaban por la calle de los nogales hacia el ombú de la esperanza, hermoso y gigantesco árbol que se eleva todavía solitario cerca del camino real, y

(1) Doña Florentina Sáenz Valtente de Vivot.

(2) El nombre científico de este árbol, cuyo origen tanto se ha discutido, es "Pleurnia Phytolacca Dioica".

Arboles históricos

El ombú de la esperanza

Por Enrique Udaondo

dentro de la chacra que fué del mismo Pueyrredón.

"Ellos le bautizaron así, porque sentados en su enorme tronco, juraron consumar la obra de la independencia. Guido leía un rato, San Martín dibujaba y Pueyrredón hacía algunos tiros al vuelo.

"Trancurrían dos o tres horas en estos ejercicios de lectura, pintura y caza; se comentaba la página leída por Guido; se aplaudía o se criticaba la viñeta dibujada y colorida por San Martín, o se festejaban los certeros y siempre felices disparos de la segura y relumbrosa escopeta morisca del dueño de la casa" (1).

Los tres personajes nombrados, campeones ilustres de la independencia americana, son por demás conocidos para que mencionemos su actuación descolante; basta sólo recordar que el juicio imparcial de las posteridad, ha reconocido en San Martín al más grande de los criollos y la gloria más pura de América; en Pueyrredón un gran

patriota que tuvo la fortuna de conquistar en su admiración los más hermosos laureles que ostenta la corona de la patria; en Guido, un militar y diplomático que actuó con brillo en la emancipación sudamericana.

Sobre el tronco de este árbol, ha dicho un escritor, que Belgrano también meditó, sentado en él, con Pueyrredón, sus planes en víspera de la gran revolución, pues es sabido que este ilustre patricio frecuentaba San Isidro. En 1814, hallándose en desgracia, se retiró allí a la chacra de su cuñado, don Agustín Lizaur, casado con su hermana doña María Antonia Belgrano, y el cabildo le fementió con oficio un par de pistolas en reconocimiento del triunfo de Salta.

Muchos años después de los hechos que referimos se construyó un rancho próximo al ombú, que habitó una numerosa familia criolla, la cual pereció toda durante la terrible epidemia del cólera morbus que azotó a Buenos Aires y su campaña el año 1867. Desde entonces quedó deshabitado, pues nadie se animaba ni a pasar por la proximidad du-

rante la noche, pues la imaginación popular forjaba toda clase de cuentos de aparecidos... (1).

Actualmente habitan en varios ranchos una familia de chacareros que han cubierto el tronco, lo cual es una lástima, pues impiden verlo en su base, y por otra parte, ese amontonamiento de leña atrae roedores que pueden dañar al bellísimo árbol que tantos recuerdos encierra para los argentinos.

Este hermoso ejemplar mide treinta metros de circunferencia en sus abultadas raíces y de ellas parten ocho ramas, una de las cuales, a tres metros de la superficie, mide tres metros, ochenta y cinco centímetros de diámetro. Su copa cubre una superficie de cincuenta metros de circunferencia, brindando una gran sombra. Su altura es de quince metros.

En 1914, el ingeniero don José Moreno fué encargado por la Sociedad Forestal Argentina para colocar en el árbol y en nombre de la misma, una placa con esta leyenda: "Ombú histórico llamado de la Esperanza, bautizado así por los generales San Martín, Pueyrredón y Guido, porque sentados en su tronco juraron consumar la obra de la independencia nacional".

(1) Aquí encontró razón la superstición, por aquello del refrán criollo: "Casa con ombú acaba en tapera".



(1) "Glorias argentinas", por Mariano A. Pellisa, Buenos Aires, 6.ª edición.

El amante de la luz

Por Francisco Caravaca

—Me sorprende, querido Augusto, tu indiferencia por esa hermosa muchacha, que hace dos meses constituyó tal vez tu mayor ilusión... No me explico un cambio tan radical en tus sentimientos con respecto a Sara, pues no me negarás que estabas plenamente enamorado. Todavía recuerdo tus exaltadas ponderaciones de su belleza extraordinaria: el rubio de oro de sus cabellos, la tersura de su cutis, de lo armonioso de su charla discreta y sutil, y, singularmente, de su bondad de sentimientos, de sus inclinaciones...

Mi excelente amigo Augusto Suárez sonreía con aquella su fina y doliente sonrisa, que parecía velar toda la melancolía de su vida; tendíome sus manos pálidas, siempre agitadas de un convulso temblor nervioso, y lentamente, como quien descubre con sus palabras el más íntimo de los secretos del corazón humano, me respondió:

—Amigo: lo que yo quiero decirte tiene harta trascendencia en mi vida para que puedas suponer que es una broma o una pesadilla... Sospecho que tú has de comprenderme, y sabrás disculpar mi conducta con esa mujer, a la que he querido mucho en poco tiempo, pero a la que hoy ya no amo, desde que descubrí que adoro a mi nueva amante, mucho más bellas, más pura, más inteligente que Sara... ¡Mi nueva amante es divina!...

Esta vez fui yo quien sonreí de una manera imperceptible, casi irónica. Aquellas palabras de Augusto eran para mí como una revelación; eran la existencia de su alma y la mía en una identidad de sentimientos.

Ciertamente que yo podía comprender las disquisiciones sentimentales de mi amigo.

Sin embargo, le pregunté:

—¿Dónde y cuándo has conocido a esa criatura imponderable?

Tornó a sonreír Augusto y me contestó:

—Vas a saberlo, pues mi amante de hoy es una vieja amiga que siempre vivió a mi lado. Hasta el presente, sólo fué para mí eso: una vieja amiga, una hermana; pero hoy he descubierto que es algo más grande, más hermoso para mi existencia... ¡Es mi amante!...

—Hace algunos años — prosiguió Augusto, — yo estuve enfermo, muy enfermo: al borde de la muerte. La ciencia declaróse a sí misma impotente para combatir mi mal terrible, un mal espantoso que laceraba mi vida de un modo horrendo... ¡Y esto a los veinticinco años!... ¿Tú te imaginas, amigo mío, lo que es sentir que una mano oculta, poderosa y acerada va desgarrando lentamente nuestra existencia, va poniendo la turbidez de la consunción en la mirada sin brillo, va invadiendo con su laxitud los miembros y quitándonos la alegría, cuando sólo se tiene veinticinco años y la vida es tan hermosa, la luz, ese

sobre nuestro lecho de dolor, un sentimiento de infinita conmiseración, exento de toda ira, de toda rebeldía, invade el corazón del hombre; y al despedirse de la vida, del aire tan necesario a sus pulmones, de la luz tan preciosa a su vista, de la Naturaleza toda, quisiera, en un supremo abrazo, intenso, lleno de amor, de angustia, de vértigo y tristeza, abarcar toda la vida, todas las humanas emociones, todo lo que hay de más bello, de más esplendente... Y después, morir... ¿Qué importa al fin esta vida terrena, donde todo es dolor, comparado con esa otra vida inmortal, donde la luz diamantina del infinito ha de verse toda sobre nuestra existencia?...

Un día, ya avanzada la enfermedad y muy próximos mis últimos instantes, se me habló de un esfuerzo último y definitivo... Una operación. Era preciso seccionarme el estómago; probablemente, moriría en la operación — ¿no habías morido de todos modos? — pero había una remota posibilidad de

El pastor y la mar

Apacentando un pastor su rebaño en las orillas del mar tranquilo, picóle la comezón de hacerse comerciante. Al efecto, y como la travesía era breve, metió las ovejas en una barca, púsose al remo, y en la costa vecina vendió el ganado, empleando su importe en ricos dátiles africanos. Pero al volverse a su playa, levantóse bramadora tormenta, y, gracias al alijo de toda la carga, pudo el pastor ponerse en salvo a duras penas. Sin comercio y sin rebaño, sollozaba después un día, cuando cierto transeunte le dijo:

—Tranquila está la mar, buen hombre: ¿por qué no te arriesgas a sacarle algún provecho?

—Desengáñate, inocente — contestóle el pastor: — cuando está así, es que quiere dátiles.

bendito tesoro, ilumina los claros y primeros destellos de la inteligencia del hombre?... ¿Puedes tú suponerle lo espantoso que es esto de sentir que la vida se escapa por momentos, que el corazón muere, que la savia se seca y la inteligencia adquiere esa ficticia lucidez morbosa de la muerte próxima?... ¡Oh, no, no puedes suponértelo!... Sin embargo, escucha:

Yo me consideraba muerto; una úlcera, mil veces combatida y mil veces reproducida, consumía mi estómago con lentas mordeduras de serpiente... Los diagnósticos facultativos eran terminantes: no tenía cura. Cuando el hombre sabe que está irremisiblemente condenado a morir; cuando él mismo escucha su sentencia; cuando nada se puede hacer para evitar la muerte, que cierne sus sombríos plumajes

vación...

Sin vacilar acepté. ¿Quién hubiera vacilado en mi caso?...

Y una hermosa mañana, una de esas mañanas perfumadas de primavera en que la Naturaleza muestra toda la fuerza pujante de su belleza, yo me despedí de los míos, de mi madre, de mis hermanas, para someterme a la operación. La creencia de que iba a morir estaba tan firmemente arraigada en mi espíritu, que al besar a los míos por última vez, creí notar que mis labios estaban ya fríos como los de un cadáver!... ¡Y la mañana era tan hermosa!... ¡Qué triste morir en primavera!, ¿verdad, amigo?...

Con firmeza estoica subí a la mesa de operaciones; se me cloroformizó y empezó la operación... Ahora, querido amigo, atiende bien a lo que voy a decirte: el cloroformo

Acaba de aparecer

LLAMA INTERIOR

Últimas poesías de
Félix B. Visillac

En venta en todas las
— librerías —

mo anestesió mis miembros y mis sentidos; pero en una especie de vago ensueño, en una soñolencia desconocida, yo guardaba una noción imprecisa de lo que conmigo se hacía... Y, de improviso, en esa esotérica vida, ajena al dolor, en ese edén del narcótico, yo percibí claramente unas palabras: ¡Se ha salvado!...

Sí, amigo mío; volví a la vida, a la hermosa vida que yo creía abandonar para siempre...

El día que torné a la realidad, sano de mis dolencias, tuve la sensación contundente de que yo nacía entonces, de que toda mi existencia anterior no era sino una amarga pesadilla... Mi vida empezaba entonces... ¡Qué hermoso era el cielo aquel día!... ¡Qué amable, qué dulce la vida!... Todo era para mí bello: los rostros de las personas que me rodeaban, el verdor de los árboles de mi jardín, todo, todo... Las más insignificantes expresiones tenían para mí una rara musicalidad, un encanto delicioso... Con frecuencia lloraba silenciosamente, copiosamente, sin motivo... Sin motivo, no; era la plenitud de vida que rebosaba en mí; era el agradecimiento infinito a la vida lo que me hacía llorar como un niño... ¿Y qué era yo sino un niño?... Era mi adoración suprema, el fervor místico que sentía hacia aquella bendita luz que iluminaba mi espíritu...

Y el recuerdo de mi resurrección o renacimiento ha quedado grabado en mi alma con tan indelebles rasgos, que hoy comprendo, amigo y hermano, que no hay belleza como la de la vida, que no hay mujer ni amor como la vida, que no hay nada tan intenso ni radiante como la luz...

Por eso yo no puedo amar a esa mujer, porque tengo una amante purísima... ¡La luz, la divina luz!

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 13 y de 14 a 18

U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre. . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre. . . 5.00	Semestre. . . 6.00	Semestre. . . 4.00
Año. . . 9.00	Año. . . 11.00	Año. . . 8.00
N.º suelto. . . 20 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.	
N.º atrasado. 40 "	N.º atrasado. 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande. cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico. " " "	8.—	3.—
Tapas sueltas " " grande. " " "	9.—	2.—
" " " chico. " " "	6.—	1.50

«Como el incienso...», poesías por Aurora Estrada Ayala. Guayaquil.

El la lírica ecuatoriana, la poetisa Aurora Estrada y Ayala está a la vanguardia de los escritores de aquel país, por la fantasía de sus poemas y la emoción.

Su libro recientemente dado a la publicidad con el título de estas líneas, es el exponente más sincero de las condiciones intelectuales de la distinguida apolonida.

Sin apartarse de las formas consagradas, la poetisa Estrada y Ayala nos brinda el néctar de sus canciones, donde resaltan en primer término la armonía y el color. No son sus rimas sencillas como esas flores que perfuman, porque tienen la sonoridad de una cuerda en tensión, y esa musicalidad intrínseca de cada poema, es lo que nos habla en dulce idioma, del vuelo de su pensamiento y de su imaginación.

Se destacan en su libro: "Cuando llueve", que es una evocación al paisaje que la poetisa siente, mientras el rezo de la lluvia se escucha y sumerge a su espíritu en una vaga inquietud.

"La Sombra", es una de las canciones donde la emoción suplente a la sonoridad, es decir, donde el alma de la poetisa asoma a flor de los endecasílabos y en "Yo tengo un poeta pálido", uno de los poemas más bellos del volumen; la poetisa siente el acercamiento del alma de un poeta pálido que llega en la penumbra perfumada y con sus manos diáfanos la orientan a la moda.

Todo el libro de la poetisa Estrada y Ayala, es bello y sonoro como un vaso cristalino y se hace más simpático, porque aquella que lo dedica a su señora madre, le dice: "He crecido sintiendo en alma y carne tu dolor; él me ha hecho ver la vida de otro modo y soy, quizá por él, triste, sincera y poeta. Gracias por tales dones!"

Así es como juzgamos este libro que nos trae del trópico todo el fuego de un espíritu celeste que canta por ley natural y nos conmueve con su música.

F. B. V.

«Vidas perdidas», por Leónidas Barletta.

La novela "Vidas Perdidas", que la Editorial Tor ha puesto en circulación es de esos libros que acompañan al lector a través de su propia vida y le sirven de término comparativo.

"Nada enseña tanto a los hombres como ver el destino de los hombres". Esta es la única cita que hace Leónidas Barletta y alrededor de esta sencilla máxima ha construido su formidable novela. Es decir, ha mostrado unas vidas en la esperanza, quizás, de que estas sirvieran de ejemplo a todos aquellos que buscan a tientas la felicidad humana.

Porque esta es la tragedia de Eduardo Monje y es también la de Marta y la de Elba, principales pro-

PAPEL Y TINTA

tagonistas de la obra. Durante toda su vida no hicieron más que perseguir la felicidad y la tranquilidad espiritual y no lo consiguieron o no lo supieron conseguir y les ocurrieron mil peripecias y aventuras y dieron mil vueltas y finalmente vinieron a parar en el mismo punto de partida. Pero entonces la vida había pasado y estaban viejos y el paisaje interior que se extendía ante sus ojos estaba yermo. No había ya conquistas posi-

«Sombras vivas», por F. Orlando Rossi,

La vida provinciana, muy contadas veces ha sido llevada a la novela. Los escritores, rehuyendo las descripciones que requieren siempre una información directa y prefiriendo los falsos fulgores de la vida metropolitana a las ricas y jugosas pinceladas de la existencia mediterránea, han olvidado injustamente la pintura de ambientes ca-

tino, esta vez ha querido destacarse más aún en la edición de "Sombras vivas", ha hecho gala de un lujo y una técnica gráfica dignas de encomio.

«Martin Fierro», de José Hernández. Corregida y anotada por Santiago M. Lugones.

La librería de A. García Santos, que se viene destacando por las selectas obras que publica, acaba de editar el popular y hermoso poema de Hernández.

Esta nueva publicación se destaca entre las similares por su seriedad y por estar anotada y corregida por el conocido escritor nacionalista Santiago M. Lugones.

Precede a la obra una breve nota bibliográfica y un prólogo en el que el señor Lugones confiesa su admiración por la obra, a la vez que explica en forma acertada las expresiones criollas.

«Los fragmentarios», por Pedro Sondereguer

Fué esta obra que ahora reedita corregida y aumentada la Editorial Tor, la que más sólidamente afirmó los prestigios de Pedro Sondereguer como escritor pulcro y como ensayista de positivos méritos. Libro ameno y bellamente concebido, tiene, empero, toda la contextura propia y característica a aquellos trabajos de crítica literaria que son producto de la serena meditación y del estudio metódico y concienzudo.

Libro dilecto, que habla a nuestras más caras predilecciones ideológicas, con diáfana claridad de concepto y hermosa sencillez de forma, orienta, define y, lo que es aún más notable, nos brinda aspectos hasta hoy desconocidos de la obra de pensadores fragmentarios que son como los precursores de la moderna modalidad literaria. No en vano cuando Sondereguer publicó estos ensayos por vez primera, el público y la crítica acogieron con tanto agrado y fruición; no sin justicia, a este escritor y pensador de raza, cada vez que se le designa es con el agregado de "autor de "Los Fragmentarios".

Noticias literarias

Editado por la casa J. Lajouane y Cia., aparecerá a fin del corriente mes o principios del entrante, el libro titulado "Inquisiciones acerca de Rosas y su época", del cual es autor el colaborador de FRAY MOCHO, señor Ramón de Castro Esteves.

La obra que nos ocupa constará de varios capítulos, entre los cuales merecen citarse los siguientes: "Manuelita", "El concepto de patriotismo y el de humanidad"; "Crueldad y justicia"; "Rosas, innovador de un estado social"; "La Mazorca"; "El plan de gobierno atribuido a Mariano Moreno"; etc.

Por lo expuesto, se comprenderá que la aparición del libro de referencia, ha de despertar justificado interés.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SAN 117 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATIENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPHTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 P. M.
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 218
U. T. 88, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIA MONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Seibeleu (Paris)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1376 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SEÑORAS
B. MITRE, 1266. U. T. 422, Adrogué
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
RIVERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. Chacrita 2612

bles y la amargura se apoyaba sobre sus corazones.

Antes habían hecho nobles esfuerzos por rescatar su personalidad, sacrificándolo todo, rompiendo con todo prejuicio, proponiéndose una sinceridad consigo mismo que atendiera solamente los dictados del corazón. Y con todo, no había resultado nada de provecho. Siempre tendieron las manos después que la felicidad había pasado. Siempre tarde cayeron en la cuenta de lo que habían perdido.

Novela de pasiones, de amor no satisfecho y de amargura.

Desde el conventillo hasta el palacio de la aristocracia, desde el estibador hasta el estudiante que vive de las rentas de su madre, todo el Buenos Aires nocturno, la mala vida y la crápula están descriptos en este libro.

En buena hora, cuando casi se teme la decadencia de la novela criolla, mientras se publican novelas sobre caballos o gauchos, llega este libro humano y doloroso.

racterísticos, feraces en situaciones e incidencias pintorescas y no menos ricos en personajes novelescos poseedores de las más extraordinarias variedades psicológicas.

Por eso, el señor F. Orlando Rossi al publicar esta su novela sobre la vida de la provincia de Entre Ríos, se hace merecedor de los más sinceros elogios, ya que ha afrontado situaciones verdaderamente difíciles para quien no posea una habilidad y maestría más que consumadas.

Y, es así como con trazo certero y abundante en color, el autor, en "Sombras vivas", nos va presentando toda una serie de personajes arrancados de la vida real que brinda a los lectores, destacándose sobre el fondo de algunos rincones de Entre Ríos, en los que ha derramado todo su arte de paisajista y de observador metódico y hábil.

La Editorial Tor, que tanto hace por la dignificación del libro argen-

EL AMPLIFICADOR A RESISTENCIAS

Otro de los tipos más usados para amplificación, es el llamado a resistencias, debido a que la amplificación de las señales se obtiene por medio de las resistencias adecuadas, que se colocan como cuplaje entre las lámparas de amplificación.

Este tipo tiene características especiales, no tanto en su funcionamiento, que es similar a los restantes sistemas, sino en cuanto a la realización práctica y al volumen y claridad de las señales obtenidas con él. En efecto, la amplificación de las señales que salen de la lámpara detectora, se obtiene debido al siguiente hecho (ver diagrama 2): cuando las señales que salen de la lámpara anterior o de la detectora, se encuentran con una resistencia del valor adecuado, producen entre ambos extremos de la resistencia, una diferencia de voltaje que es la que se aplica a la grilla de la lámpara amplificadora, la cual a su vez amplifica estas señales de acuerdo a sus características y las envía ya sea a otra lámpara o al teléfono o altoparlante.

La amplificación de este tipo, como su nombre lo indica, está compuesto por resistencias, pero ellas deben de tener el valor adecuado, para que la amplificación sea efectiva y la calidad de la música superior, esto de la calidad de la audición, es uno de los puntos más importantes en el asunto, pues dada la forma de construcción, de amplificador de este tipo, está plenamente comprobado que todas las frecuencias de las señales, es decir, los tonos altos y bajos, se amplifican de una manera similar; así por ejemplo, si los tonos bajos se amplifican 8 veces, los tonos altos se amplifican también 8 veces, lo cual asegura que la audición se producirá sin distorsión, cosa algo difícil de obtener con los otros tipos de amplificadores.

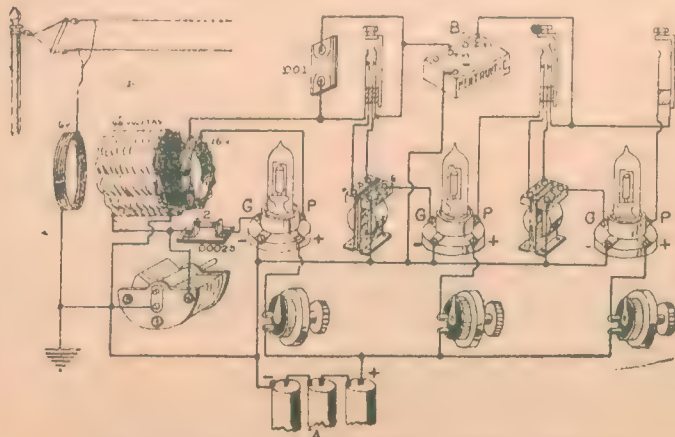
Respecto al valor correspondiente de las resistencias, se ha probado técnica y prácticamente, que para obtener una amplificación de alto valor y exenta de distorsión, se necesita que las resistencias aplicadas

RADIOTELEFONIA

RADIO

EL RECEPTOR CIRCUITO "PERRY O. BRIGGS" (DE POCAS PERDIDAS)

El más sencillo, selectivo y de más rendimiento de todos, para cubrir cualquier distancia y para toda longitud de onda.



LO ARMARA BIEN Y FACILMENTE, COMPRANDO UN EQUIPO MENTRUYT

Vendemos a título de reclame, el conjunto de todos los accesorios, de la mejor calidad extranjera, para que cualquier persona, aun sin conocimientos de radio pueda armarlo, con planos y manual detallado de instrucciones.

EQUIPO N.º 1.—Todas las piezas para armar el "Perry" de 1 lámpara (alcance mínimo 500 kms., con teléfono); incluso caja fina de roble, ebonita, las bobinas especiales, condensador variable moderno de pocas pérdidas, condensadores fijos Freshman y todos los demás complementos, hasta el último tornillo. Precio de todo el equipo (sin lámparas ni pilas) ... **37.—**

Precio del mismo, con lámpara Micro p. usar con pilas secas, pilas de filamento y batería 45 volts. ... **48.—**

EQUIPO N.º 2.—Todas las piezas p. el "Perry" de 2 lámparas, (1 etapa de ampl. de baja) como para oír estaciones locales con altoparlante o hasta 800 o más kms. con teléfono. Además de los componentes anteriores, los necesarios p. la amplificación, con jacks, etc. Precio del equipo. ... **56.—**

El mismo, con 2 lámparas Micro, batería 90 volts y pilas p. filamento. ... **76.50**

EQUIPO N.º 3.—Todas las piezas para el "Perry", de 3 lámparas (2 etapas de baja), para oír a cualquier distancia, con teléfonos o para altoparlante; con caja grande de roble, jacks, etc. Precio de todo el equipo. ... **73.—**

El mismo, con 3 lámparas Micro, batería 90 volts y 3 pilas p. filamento. ... **99.—**

Por 3 \$ más, enviamos la ebonita, ya completamente perforada. Indíquese para qué longitud de onda se desea: 40 a 150 metros, 95 a 370 ó 160 a 450 metros.

A los pedidos del Interior debe adjuntarse 2 \$ para la encomienda. **VENDEMOS TAMBIEN ARMADOS, FUNCIONANDO, TODOS LOS TIPOS DE RECEPTORES "PERRY". — PIDA FOLLETOS Y PRECIOS.**

SOLICITE NUESTRO NUEVO CATALOGO DE ACCESORIOS DE RADIO

Mentruyt & Cía. BOLIVAR 181 BUENOS AIRES

su valor sea exacto, pero sí que sean de buena construcción, por lo que se recomienda que su adquisición sea hecha sólo en los de buena marca. Los valores, como hemos dicho, no son críticos, por lo cual se podrán aplicar en la mayoría de los casos, salvo contraindicación de la fábrica de las lámparas, la cual deberá de seguirse atentamente.

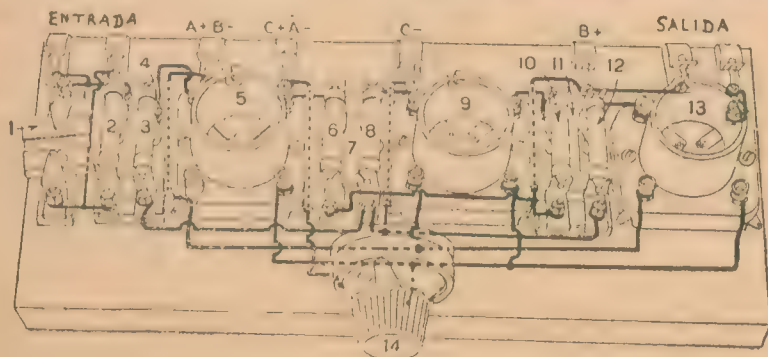
El asunto lámparas es el más delicado, pues hay que advertir que en general, no todas las lámparas son susceptibles de ser empleadas con eficacia, en un amplificador de este tipo; en principio, todas las lámparas de consumo mínimo, (0.006 amp. o similares), no son apropiadas, debiéndose emplear las de gran potencia, como los últimos tipos de Philips, UX-112 ó UX-171, etc., las cuales si bien es cierto que tiene un consumo elevado de corriente, pueden aguantar un fuerte voltaje en la placa, lo que permite utilizar la corriente de alumbrado de 220 continua, aparte de que su gran valor de amplificación permite subsanar en parte el defecto de estos amplificadores que es su poco volumen, pues debe hacerse notar, que en general debe aceptarse, que el volumen de un amplificador a resistencias de tres lámparas es igual al de uno de dos lámparas a transformadores.

En resumen, a pesar de los inconvenientes anotados, el amplificador a resistencias es el indicado para obtener una reproducción exacta de los sonidos, cuando no se desea un volumen muy grande.

Informaciones útiles

Se estima por los especialistas en radio que el noventa por ciento de las perturbaciones están producidas por baterías muertas. Generalmente es la batería B que se ha consumido. El primer síntoma de que la batería B está al final de su vida se observa por una disminución en el volumen del sonido, acompañado de ruidos.

Para probar la batería B, el mejor procedimiento es emplear un voltímetro, pero si no hay posibilidad de disponer de uno, puede probarse la batería con ayuda de una bombilla eléctrica de diez vatios. Debe unirse un pedazo de flexible eléctrico a uno de los terminales de la batería, como se indica en el grabado; se coloca la bombilla eléctrica sobre el otro terminal y se



3, 8 y 12, resistencia de grilla. — 2, 6 y 10, resistencia de cuplaje. — 4, 7 y 11, condensadores de bloqueo. — 1. Condensador de paso.

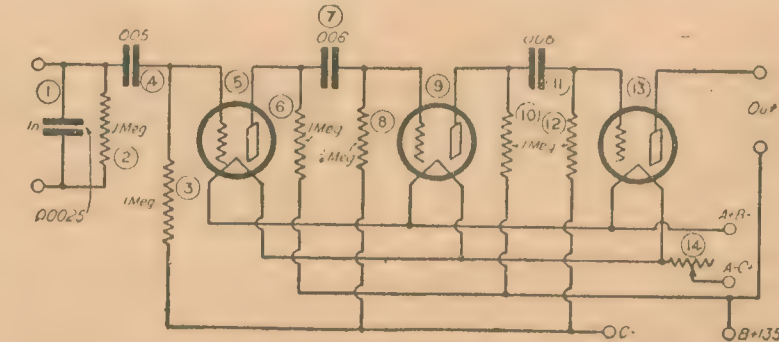
al circuito tengan un valor correspondiente a cuatro veces la resistencia interior de la lámpara, por lo cual se recomienda, cuando se desea construir un amplificador, que se averigüe bien en el prospecto que acompaña a cada lámpara, cuál es el valor de la resistencia interna de cada una, para poder así aplicar el valor exacto de las resistencias del circuito.

Las indicaciones que se dan en el diagrama que acompaña a estas páginas, corresponde a las lámparas tipo americano, por lo tanto, si se

desea cambiar de lámpara deberá verse el prospecto.

Respecto a las resistencias, es necesario hacer la advertencia, que a pesar de que entre cada lámpara hay dos de ellas, el valor es diferente y lo que es peor que varía en cada etapa, por ello es necesario ceñirse exactamente a las indicaciones de los diagramas que se dan en cada caso para la construcción de los amplificadores a resistencias; es de hacer notar, que en la mayoría de los casos, las fábricas dan una serie de diagramas, para cons-

truir con las lámparas de su tipo, que serán una gran ayuda para la construcción; sin embargo, por todo lo dicho anteriormente, no debe creerse que la construcción del mismo sea una cosa difícil, sino que simplemente indicamos la forma a seguir, para que las cosas resulten en forma, pues el amplificador en sí, no es difícil de construir y de



funcionar medianamente.

Analizando el diagrama, es fácil ver una serie de condensadores, los cuales sirven en gran parte para bloquear el alto voltaje, de la grilla de la lámpara siguiente; estos condensadores, no es indispensable que

aproxima el flexible al casquillo de la bombilla.

La bombilla eléctrica lucirá con la mitad de su brillantez normal. Si luce con un rojo oscuro o decae por completo la luz, es señal de que necesita una nueva batería.

Un hombre sentenciado a muerte. Lo salva una mujer por remordimientos de conciencia

Hace pocas semanas, debió ser ejecutado en la prisión de Atlanta (Estados Unidos), un hombre llamado Mell M. Gore, quien en el mes de diciembre último penetró con otro en la casa del tendero William H. Cheek, y ordenándole que levantara los brazos apuntándole con revólvers, le robaron cuanto dinero y objetos de algún valor poseía. Como quiera que el robado diera voces en demanda de auxilio, uno de los dos bandidos le disparó un tiro y le causó la muerte.

Las investigaciones de la policía dieron por resultado la detención de uno de los criminales, que era Mell M. Gore, y éste fué condenado a muerte. Pero cuando debía ser cumplida la sentencia, una mujer que se encontraba también reclusa en una prisión de Georgia, llamada Ruby Ray, declaró a uno de los vigilantes que la verdadera autora de la muerte del tendero William H. Cheek, era ella.

El jefe de la prisión de Georgia se apresuró a comunicar al de la de Atlanta la confidencia que había recibido su subordinado, y el hecho fué puesto en conocimiento de las autoridades judiciales.

Estas, en cuanto recibieron la noticia, dieron orden de que suspendiese la ejecución de Mell M. Gore hasta tanto se sustanciara el incidente provocado por la declaración de la mujer presa en Georgia.

Esta manifestó que el hombre que iba con Mell cuando robaron y dieron muerte al tendero de Atlanta, era ella disfrazada. Ya con anterioridad, Mell había dicho que él no había asesinado al tendero, sino la persona que le acompañó en el hecho, y que se llamaba Jack Wilson.

Parece, según ha manifestado Ruby Ray, que lo ocurrido en el establecimiento de Atlanta fué que ella y Mell entraron pidiendo que les sirvieran una libra de azúcar. En el instante en que mister William estaba sacando el género pedido, hallándose presentes la señora y una hija de aquél, los ladrones les mandaron que levantaran los brazos. Las dos mujeres obedecieron en el acto, pero mister William, ocupado en sacar el azúcar, no los alzó con la presteza requerida, y por esta causa Ruby Ray le hizo el disparo que le privó de la vida.

En consecuencia de esta declaración, los tribunales han comenzado una investigación suplementaria, que tendrá por consecuencia el que Ruby Ray sustituya en el patíbulo a su compañero Mell M. Gore.

Ruby ha manifestado que su conciencia no le permitía consentir que ajusticiaran a Mell por un crimen que sólo ella había realizado.

El castillo encantado de Dinamarca

El conocido sacerdote danés, dean Martensen Larsen, refiere lo acaecido durante una visita que realizó

al castillo de Drangsholm, el cual pasa en el país por una residencia habitada solamente por las almas del otro mundo, a la cual nadie se atreve a acercarse por temor a las iras de los fantasmas que por la noche acuden a pernoctar en ella.

El dean Martensen no quería dar crédito a los relatos de sus compañeros y de personas muy serias de la región. Para ello tenía en cuenta la credulidad de los aldeanos, quienes, desde que Shakespeare escribió el "Hamlet", en cualquier incidente natural ven fenómenos extraordinarios. Para comprobar su escepticismo se trasladó a la residencia de los espectros.

Acompañó al dean Martensen Larsen, el propietario barón Zytten Adeler. Este le contó que cierta tarde que se encontraba como en esta ocasión, haciendo los honores de su castillo al conde Carlos Moltke de Nerager, éste oyó que en el patio del palacio entraba un carruaje, mientras varios perros ladraban desaforadamente. El conde dijo al dueño del castillo: "Ahí vienen más visitantes". Entonces ambos se levantaron de sus asientos para asomarse a una ventana y ver quién era el que llegaba, y observaron, con asombro, que el vehículo que había penetrado en el patio era una vieja carroza arrastrada por cuatro caballos negros, de la cual descen-

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

día un caballero vestido a la antigua y que se parecía al marido de la reina María de Escocia.

El propietario de la casa y el conde descendieron al patio y en él no hallaron ni rastros del coche ni del caballero.

En el momento en que el barón Zytten refería estas particularidades al dean Martensen, ambos oyeron el rodar de un vehículo que entraba en el patio del castillo. Los dos se pusieron en pie, pálidos y emocionados, por la semejanza entre lo acaecido durante la visita del conde Carlos Moltke y en este momento, y se apresuraron a asomarse también a la ventana que daba al patio.

Y como en la historia referida vieron que de un carruaje arrastrado por cuatro caballos negros descendía Bothwell, el marido de la reina María de Escocia. La noche se echaba encima, y el dueño del castillo manifestó que era prudente retirarse para que los nuevos huéspedes tomaran posesión de la residencia.

A los pocos instantes observó el dean, que tras la sombra del esposo de la reina María entraban otras de los antiguos prisioneros que fueron ejecutados en aquellos lugares hace muchísimos años.

La llegada de los carruajes que los conducían anunciábase siempre por el ruido de las ruedas y el ladrar de perros invisibles.

Un ladrón "gentleman"

Durante la Exposición Internacional de Policía, recientemente efectuada en Berlín el jefe de la Seguridad Pública pronunció un discurso en el que, entre otras cosas, anunció que estaba detenido el famoso Fritz Wald, conocido por el "ladrón gentleman", quien por espacio de mucho tiempo, primero en Berlín, en 1924, y después en Hamburgo, en 1925, sembró el terror entre las clases bien acomodadas.

Se calcula que durante el ejercicio de sus trabajos logró robar joyas por valor de medio millón de dólares y dinero por una cantidad similar. Lo curioso del caso es que alhajas tasadas en dólares 125.000 que fueron robadas por Fritz Wald se exhiben en la Exposición, porque nadie se ha presentado a reclamarlas y se ignora quiénes sean sus verdaderos propietarios.

Wald penetraba en las casas por los balcones, vestido siempre de frac o de smoking.

Algunas de sus aventuras fueron

sión que sufriera su esposo, que padecía del corazón, acabaría con su existencia precaria.

El elegante ladrón replicó que aquella devoción que sentía por su marido era acreedora a una recompensa y acto continuo devolvió a la señora las sortijas y demás joyas de que se había apoderado, a cambio de que ella guardara el secreto de lo ocurrido.

Descubrimiento útil para las señoras

En una revista de Medicina, la profesora Meta Rheimbolt, de Leipzig, reputada especialista en dermatología, ha publicado un curioso artículo acerca de la limpieza de la piel.

Sabido es que el procedimiento habitual de limpieza (agua y jabón) perjudica a muchas personas, cuya dermis es excesivamente sensible.

Aunque se han ensayado varios productos a base de aceites vegetales para sustituir al agua y al jabón, es lo cierto que todos resultan insuficientes para librar la piel de las impurezas que en ella se acumulan.

La señora de Rheimbolt propone un medio, que llama "Lavado a la mayonesa".

Se trata, en efecto, de una verdadera salsa mayonesa, puesto que la persona que emplea este medio mezcla en el hueco de la mano unas gotas de aceite y yema de huevo crudo, hasta formar una mixtura en extremo adherente, con la cual se frota la piel hasta dejarla bien impregnada. Hecho esto, sigue su lavado con agua fresca, que deja la piel tersa y brillante.

En el cine

La noche estaba fría y tempestuosa. Los árboles, azotados por el viento, formaban fantásticas e intangibles sombras negras que llenaban de terror a la pobre niña que, extraviada, marchaba tambaleándose, agotada por el cansancio y sin saber a dónde dirigirse. Parecía ver monstruos espantosos dispuestos a lanzarse sobre ella al amparo de la oscuridad. ¿Qué era aquello? Detrás de ella, como una pantera, un hombre se deslizaba furtivamente. La claridad le hubiese revelado como un individuo de horrible catadura; su cara reflejaba todas las innobles pasiones que anidaban en su alma. Su víctima, entre tanto, continuaba trabajosamente su camino, inconsciente del peligro que la amenazaba. El hombre se fué acercando a ella cautelosamente y cuando estaba casi encima levantó un pesado objeto que llevaba en la mano; iba a dejarlo caer sobre la cabeza de la niña, y...

Una voz infantil, salida de entre los espectadores, gritó angustiadamente: "Marujita, mira para atrás".

"LAS MUJERES DE LACUESTA", de PASO y LOIGORRY, MUSICA DEL MAESTRO GUERRERO, EN EL AVENIDA.

El anuncio del estreno de una pieza musicalizada por el maestro Guerrero, cuyo prestigio artístico se consagró con "Los gavilanes", tenía que despertar un gran interés en el público, mayormente cuando la presentación estaba a cargo de una compañía como la del Avenida, que cuenta con un conjunto de primeras figuras de primera y otros elementos que contribuyen eficazmente al relieve que alcanzan todas las obras que vienen representándose en esta lucida temporada.

"Las mujeres de Lacuesta" afrontó el juicio público ante una sala totalmente llena. Ese numeroso público aplaudió con tanto entusiasmo como justicia, tanto las bellezas abundantes de la partitura como la interpretación inobjetable que tuvo la pieza por parte de los cantantes.

El libreto de "Las mujeres de Lacuesta" es un libreto de zarzuela en cuanto al argumento: una cosa sencilla y trivial como para no prestarle mayor atención en el curso de los acontecimientos, que no tienen ni importancia ni originalidad. El libreto de esta zarzuela, como el de la mayor parte de ellas, no es más que un andamiaje para unos cuantos diálogos y otros tantos cantables, dependiendo de estos exclusivamente la buena o mala fortuna de la obra. En este caso fué buena la fortuna. La obra tiene situaciones de eficacia y están bien aprovechadas en sus diversos aspectos. En cuanto a la música, lleva bien la marca de fábrica. Entre los números que alcanzaron mayor éxito figuran un schotis, un charleston y la canción final. El charleston fué bailado o mejor dicho, dislocado, despanzurrado o estropiciado por el boxeador Kid Charol, del color de las noches tropicales en día nublado.

La obra fué presentada con toda propiedad. Los decorados, sencillos pero sin esa pobreza que suele caracterizar a las compañías veraniegas. El vestuario, lujoso y de buen gusto.

Las buenas voces con que cuenta esta compañía encontraron oportunidad para su lucimiento. Enriqueta Torres, María Hernández, y los actores Fernández Montero Mata y Rubio, cosecharon carradas de aplausos, así como el charolado bailarín, que hubo de repetir hasta tres veces su dislocado charleston.

"DE LA TIERRA A LA LUNA", de IVO PELAY, EN EL NUEVO.

Todo el mundo conoce o hace como si conociera la famosa novela de Julio Verne "De la tierra a la luna". Nosotros figuramos en el segundo grupo, porque a la edad en que los chicos suelen leer las novelas de aventuras, a nosotros nos daba por vivirlas. Sin embargo, tenemos referencias como para asegurar que la pieza de Pelay se parece tanto a la novela de Verne como una lapicera a la característica del Nuevo. No se ha pretendido en esta fantasía lírica ninguna reproducción ni adaptación teatral, sino simplemente divertir al público con una serie de episodios cómicos y a ratos grotescos, sin lógica ni verosimilitud. El propósito ha sido logrado, puesto que el público se entretiene con las ingenuas incidencias de la pieza y ríe largamente en muchas de sus partes. Los nú-

TEATROS

meros de música escritos por Payá no están muy por encima de la letra, pero acompañan y facilitan el éxito, especialmente un cantable del primer cuadro a cargo de Lea Conti, que se lució.

Los demás intérpretes hicieron lo posible por resultar simpáticos, trabajando con empeño su papel.

DENTRO DE UN DRAMA, OTRO DRAMA

A Manuel Dalmau, protagonista, afectuosamente.

En la ciudad de Neuquén, una noche de verano, una mala compañía de buenos aficionados, daba una función de gala (aunque yo no ví ni un galo), y ante un gentío entusiasta estaban representando un espeluznante drama con todo calor (¡es claro!), que se titulaba: "El crimen de los duendes del palacio de los duques de Cienfuegos" o "El martirio de un soldado".

Todo iba bien al principio y el público emocionado, se iba tragando los versos,

"EL SECRETO DE MISTER HOPE", de ELISEO GUTIERREZ, EN EL ARGENTINO.

La acometividad productora de Eliseo Gutiérrez, se ha manifestado una vez más en la pieza bandoneónica del epígrafe. Y decimos bandoneónica, porque se trata de una pieza-fuelle que se estira y se encoge a voluntad del autor. Tuvo primero tres actos, después se plegó en uno y ahora ha sido estirada otra vez a tres. Creemos que el último proyecto de Gutiérrez, según un íntimo de él, es dividirla en dos obras: una cinematográfica y la otra con música de jazz-band. La pobrecita quedará después de eso desfigurada. Es posible también que Rossi la vierta al "quichua" o Spaventa al esperanto.

Parra ha dado esta pieza como último número de su programa del año. Así por lo menos se anunciaba, fijándose el final de la temporada para estos días. Se ve que el gran bufo tenía ya el proyecto de continuar sus representaciones en el Concejo Deliberante. De la obra no se puede decir que esté mal, pero tampoco nos animamos a asegu-

o una escena caricaturesca que haga reír de buena gana. Se ha notado esa diferencia en la revista "Para todos los gustos", donde la parte espectacular y coreográfica están muy por encima de la dialogada.

Con todo, los cuadros titulados: "El moderno Cyrano", "El alma de las calles", "No me hable de Mar del Plata", "Bajo la luna de Hawái", y "La chacarera gitana", constituyen buen material para una revista que puede responder al título de la que nos ocupa.

Los numerosos elementos del Maipo consiguieron dar brillo a sus papeles y recibieron la favorable sanción del público. Desde luego, Gloria Guzmán en primer término y después Tita Merello, Inés Murray, Quintanilla, Casaravilla, Clement y la pareja de bailarines Solange Landry and Julls.

OJEANDO LAS CARTELERAS

—En el Buenos Aires debe reemplazar a Muñio una compañía de zarzuela española.

—"Las Corsarias", una novedad y "La verbena de la paloma", otra novedad, llevan mucha concurrencia al Mayo, lo que no es ninguna novedad.

—Platea, \$ 0.60 m/u. por sección. En el San Martín hacen este milagro y así se explica que gusten "La revista azul" y "La mujer en punta", con delirio, porque está bien. A ese precio no se puede ser exigente.

—Siguen en el Ateneo las obras picarescas. Con esa picazón y el calor reinante, ha aumentado mucho el consumo de cerveza.

—Clara Weiss en el Sarmiento, no es la Clara Weiss del Coliseo. Es decir, ella es la misma, pero el público es otro. Es el público de los éxitos y de los aplausos.

—Fué repuesto en el Nacional "El organito", de Armando Discépolo. No hay que decir que fué bien acogido.

—Marconi. — De Angelis. — Opera italiana. — Buenas voces. Contra estos factores, el calor no hace nada. Irá público al Marconi, aunque tengan que sacarlo de allí en cazuelita y echando humo.

—Se anunciaba que el 1.º del corriente debutaría la compañía realista de Casamayor en el Smart. En el número próximo daremos el comentario.

GRAN SPLENDID

Esta sala aristocrática, una de las más frescas de la capital, cuenta siempre con una concurrencia numerosa y selecta, tanto por las comodidades que ofrece como por sus programas atrayentes y novedosos. El concurs de tangos continúa siendo un éxito.

CAPITOL

En este cine serán pasadas esta semana las últimas atracciones del film.

CINE PARC

El público de Palermo, familias especialmente, concurre a esta sala todas las noches y se deleita con sus interesantes programas de las mejores marcas.

ANÉCDOTA

Un día, el mariscal de Bassompierre hablaba con la reina de la virtud de las damas de la Corte—asunto delicado.

—¿Créeis, pues—le preguntó María de Médicis,—que todas las damas son de costumbres fáciles?

—Todas—contestó Bassompierre.

—¿Y yo?—apuntó ella, un poco picada.

—¡Vos, señora, vos sois la reina!

y así pasaron dos actos.

Al comenzar el tercero, el galán, o sea don Fabio, tiene que decir: "Don Segis, con la espada con que os mato ya maté diez caballeros, seis damas, cuatro archipámpanos, un concejal comunista, dos batacianas y un gato.

Sacaré raudo la espada, que más que espada es un rayo, y con ella sin demora bien habré de atravesaros".

Tira el actor de charrasca, pero el sable está oxidado y no sale de la vaina por más que tira en menguado. Por fin se le rompe el cuero del cinturón, que es delgado, y empuñando sable y vaina le grita desesperado:

"No te atravieso esta vez porque este cuero malvado no deja salir la espada; al comprarlo me engañaron dándome un cuero falluto, pues yo en cuero nada valgo.

Pero no te has de librar de un soberbio linternazo, que si no es igual la causa será el mismo el resultado".

Y así diciendo, le dió mandoble tan esforzado, que el otro cómico al punto cayó al suelo desmayado.

Desto hace un año y estoy oyendo aún los aplausos.

PINCHO.

rar ninguna otra cosa. Parra encarnó con su gracia habitual un papel de irlandés, sentimental y cómico, haciendo reír mucho al auditorio. Los demás bien.

"PARA TODOS LOS GUSTOS", de BOTTA Y CAIRO, EN EL MAIPO.

La última revista estrenada en la catedral del género, parece denotar la intención de los autores de explorar el gusto del público, presentándole un largo menú de diversos platos correspondientes a todas las cocinas y de acuerdo con todos los paladares, a fin de cerciorarse si la mayoría está aún por el desnudo más o menos artístico o si prefiere los cuadros hablados. Si eso iban buscando los autores, se habrán podido convencer de que al público, no en su mayoría sino en su totalidad, le agrada el buen desnudo bien vestido y los cuadros de diálogo en los que campea el ingenio. El primer aspecto lo tenía desde hace tiempo dominado la empresa del Maipo. Lindas mujeres y bellos trajes han sido exhibidos en todas las anteriores revistas, sin dejarse pisar el poncho por otros espectáculos del género. En cuanto a los cuadros de letra, valga el disparate, ya es otro cantar. No es tarea fácil bosquejar en las reducidas proporciones de uno de estos números de revista, una situación que interese

Últimas creaciones de la moda femenina



1. **MODELO EUGENIE Y JULIETTE.**—Traje para "soirée" de gala, confeccionado en terciopelo negro, guarnecido con gruesas perlas dispuestas en cascadas.—
 2. **MODELO EUGENIE Y JULIETTE.** — Traje para la tarde, de encaje rosa con tablas de muselina de seda rosa, perlada cristal y oro. Largas alas de tul rosa sujetas en la espalda. — 3. **MODELO ALICE BERNARD.**—Traje para baile, compuesto de una vaine de tafetán amarillo azufre, velado con tul amarillo del mismo tono, formando una falda muy volantada. Cinturón de seda rosa. — 4. Traje para comida, de terciopelo muselina color negro, drapeado en los costados, debajo de una parte del terciopelo, forrado con moiré rosa. En la espalda, una flor de dalia cactus ejecutada con terciopelo, pétalos de moiré rosa forrados con terciopelo negro.

Thais

Por sus altas cualidades nutritivas y porque su masa, liviana y delicada, las hace también eminentemente digestivas, estas galletitas son especialmente recomendables para niños.

Pero esta indicación no significa negar los méritos que tienen para ser servidas en toda circunstancia, ya sea con el té, como con café y licores.

Pídalas hoy a su proveedor. A sus niños confiamos así, de este modo, la misión, que nacerá en ellos espontánea, de formular muchos y más convincentes elogios en favor de las "THAIS".

Se venden en todo el país.

Terrabusi Hnos. & Cia.

ESTABLECIMIENTO MODELO
San José 1060 — Buenos Aires

